

Y... ESTE PRETÉRITO DIFUSO

ERMELL STEVEN MÁRQUEZ NARVÁEZ

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2019**

Y... ESTE PRETÉRITO DIFUSO

ERMELL STEVEN MÁRQUEZ NARVÁEZ

Trabajo de grado

ASESOR

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2019**

Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor.

Artículo 1º del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, julio ____ de 2019

AGRADECIMIENTOS

Al esfuerzo, al sacrificio, a las ilusiones, al trabajo incansable de este excéntrico soñador.

Al Todopoderoso, por permitir la culminación satisfactoria de este trabajo.

A la Universidad de Nariño, por abrir sus puertas, acogerme, brindarme los instrumentos necesarios para el crecimiento intelectual, profesional y la formación humana y permitir culminar con satisfacción este proceso.

Al Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, sincera gratitud, por excelente maestro y pedagogo durante el transcurso por la academia y, finalmente, como asesor en este Trabajo de Grado.

A mi hermana Nancy Liliana Márquez, un agradecimiento especial por su apoyo incondicional durante este proceso.

A mi madre, por su apoyo, por sus incontables bendiciones y oraciones desde la distancia.

A mi padre, a mis hermanas y hermanos, a toda mi numerosa familia, que siempre estuvo ahí en todo momento y, especialmente, en los más difíciles.

A Luis H. Oviedo B. “Quinde”, por el diseño de las ilustraciones de los capítulos de esta obra.

Finalmente, a mis compañeros, amigos y a todas las personas que formaron parte de la realización y culminación de este trabajo.

RESUMEN

Y... este pretérito difuso es un relato breve, resultado de la experiencia creativa del autor, propia de la estrecha relación experimentada en el entorno rural y urbano, desde donde se registra y aprovecha el material biográfico, para llevarlo a la ficción a través de la narrativa. Al ser consciente de que ese material biográfico ha acaecido, se logra darle y mantenerlo vivo mediante el uso de la palabra escrita. Sin duda, la experiencia de escribir y, en este caso en particular, de la novela, es la experiencia propia sobre la vida misma.

Los espacios rurales y urbanos cobran importancia cuando se registran las historias humanas a través de la narrativa, con utilización del lenguaje, la estética y la función poética, para revivir personajes y sucesos experimentados en espacios y tiempos lejanos, como elementos propios de la narrativa.

Así mismo, *Y... este pretérito difuso* evidencia la degradación y la indiferencia de la sociedad ante las problemáticas que aquejan a los sujetos, quienes se hallan inmersos en ella y en las instituciones sociales, al constituir allí una parte dinámica y pasiva.

Finalmente, *Y... este pretérito difuso*, también, lleva a caer en la cuenta que, pese a estar rodeados de cientos de semejantes, al final, la persona siente y descubre que simplemente está sola. De igual manera, esa soledad y aislamiento evidencian las afectaciones negativas que provocan en el sujeto que los experimenta.

Palabras claves: autoficción, educación, formación, literatura, novela, taita o curaca, yagé.

ABSTRACT

Y... este pretérito difuso is a short story, the result of the author's creative experience, typical of his close relationship in the rural and urban environment, from where the biographical material is recorded and used to take it to fiction through the narrative. The author, aware that this biographical material has happened, manages to give it and keep it alive with the written word. Undoubtedly, the experience of writing and, in this particular case, the novel, is the own experience about life itself.

Rural and urban spaces become important when human stories are recorded through narrative, using language, aesthetics and poetic function, to relive characters and events experienced in distant places and times, as elements of the narrative.

Likewise, *Y... este pretérito difuso* evidences the degradation and indifference of society regarding the problems that afflict the subjects, who are immersed in it and in the social institutions, to constitute a dynamic and passive part there.

Finally, *Y... este pretérito difuso*, also, leads to the realization that, despite being surrounded by hundreds of others, in the end, the person feels and discovers that she is simply alone. In the same way, this solitude and isolation show the negative affectations that they provoke in the individual who experiences them.

Keywords: autofiction, education, literature, novel, training, taita or indian chief, yage.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	10
BIBLIOGRAFÍA	16
Y... ESTE PRETÉRITO DIFUSO	21
CAPÍTULO I. Cuando la calamidad es superior a cualquier dogma e ideología	24
CAPÍTULO II. ¿Formación o adoctrinamiento?	37
CAPÍTULO III. ¿Héroes o serviles resignados?	52
CAPÍTULO IV. Inmersión	76
CAPÍTULO V. Claustro	93

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Ritual	23
Figura 2. Ilusión	36
Figura 3. Asolamiento	51
Figura 4. Consumación	75
Figura 5. Delirio	92

PRESENTACIÓN

Respecto a generalidades de la novela, se dice que su origen se halla estrechamente relacionado con el género literario más antiguo: la epopeya, que es un relato narrativo extenso de sucesos significativos, en el que, por lo general, se rinde o establece un homenaje a un héroe clásico, que tiene mucha importancia y valor para un pueblo.

Según lo planteado antes, no está demás decir que una de las primeras obras que podría llegar a denominarse novela es la *Odisea*, de Homero, sin dejar de lado y hacer de menos a obras como *Dafnis y Cloe*, de Longo, *El Satiricón*, de Petronio, *Las metamorfosis* o *El asno de oro*, de Apuleyo, y, sin duda, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, novela de caballería y algo picaresca que, en su conjunto originó la “verdadera” novela, con sus diferentes temáticas y sus más ambiciosos experimentos, para consagrarse como uno de los prototipos novelescos fundamentales a seguir.

Respecto a su definición, novela es un término que proviene del italiano y significa noticia; pese a no existir una definición exacta de lo que se puede considerar una novela, sobre todo en la contemporaneidad, por las grandes posibilidades en cuanto a su producción, se dirá que se trata de una obra literaria, en prosa, que narra acciones parcial o totalmente correspondientes a un mundo ficticio. Este término también se relaciona con situaciones que tienen que ver con la realidad y que, debido a sus características, parecerían vinculadas con la ficción o la falsedad, en general.

El escritor español Manuel García Viñó expresa que novela, más bien “no es un arte, sino un testimonio de la sociedad o la historia”,¹ pero, luego, tras citar unas cuantas definiciones en una misma página, y al decir que sus autores las han tomado prestadas de otros, se anima a decir que:

Novela es una obra de arte literario en la que se suscitan valores estéticos por medio del lenguaje escrito, creando un segundo mundo con expresividad y consistencia, con su tiempo, su espacio, y la debida composición del conjunto.²

Luego, entonces, también decide denominar a la novela obra de arte, pese a su posición inicial; así que, indiscutiblemente, novela es una obra de arte por excelencia. Ya se decía que es una narración en prosa, de larga extensión, que posibilita el surgimiento de nuevos mundos, producto de la simulación de la realidad; es decir, se basa en hechos reales, parcialmente reales o producto de la sutileza de su autor, aunque cabe aclarar que, por más que se tratase de ser original, los hechos no pueden lograrse como inéditos en su totalidad. Decía Jorge Verdugo Ponce: “todo texto no es más que un mosaico de otros textos”; es

¹ García Viñó, Manuel. *Teoría de la novela*. Barcelona, Anthropos, 2005, p. 27.

² *Ibid.*

innegable que todo texto siempre va a ser el resultado de un cúmulo de aprendizajes y experiencias a lo largo del tiempo y, de alguna manera, los influirá una serie de antecedentes.

En cuanto a sus componentes, la novela debe contar con el tiempo y el espacio. El marco escénico es un contexto temporal y físico, en el que se desarrollan los hechos. Estos elementos posibilitan el desarrollo de la historia, es decir, un orden cronológico, de diversos hechos, que presenta un narrador a un lector u oyente.

Los personajes que la integran se convierten en los hilos conductores de la historia, se relacionan, originan el diálogo, crean lazos de amistad, de amor, de lucha, de conflicto... y, con esas diversas relaciones, permiten el desarrollo de la historia; es decir, viabilizan su acción.

De igual manera, otro componente que integra a la novela es su narrador, quien cuenta la historia desde varios puntos de vista, ya fuera constituyendo parte de ella o no. Aquí será indispensable mencionar los tipos de narradores que se pueden presentar en las obras novelescas: narrador omnisciente, observador, protagonista..., como en el caso de la novela, en particular, denominada: *Y... este pretérito difuso*, que se presenta en las páginas siguientes, que cuenta con narrador: testigo-protagonista, y que, además, es: testigo-presencial, ya que narra hechos pasados, presenciados personalmente y, en general, en primera persona, lo que lo convierte en personaje principal de la historia referida.

En cuanto a su estructura, en general la novela se divide en capítulos; sin embargo, la estructura, también, se puede constituir por varias secciones, conocidas como partes. La estructura de la novela objeto de este trabajo consta de, o se divide en, cinco capítulos.

Se han intentado diversas clasificaciones de la novela; para ilustrar, ahora se presentan algunos de los principales tipos y características de cada una de estas novelas:

No.	Novela	Característica
1	Policial	Investigación de un crimen, a cargo de un policía o detective, como <i>El halcón maltés</i> , de Dashiell Hammett.
2	De aventura	Por lo general, refiere un viaje, un ir y regresar, o un episodio lleno de emoción en torno a un personaje, como <i>La isla del tesoro</i> , de Robert Louis Stevenson.
3	Sentimental	Pasión, erotismo, aventuras o desventuras amorosas experimentadas por unos personajes; a veces, en tono quejumbroso y estilo retórico, como <i>Cárcel de amor</i> , de Diego de San Pedro.
4	De terror	Hechos siniestros, misteriosos, terroríficos..., que impresionan al lector, como <i>Drácula</i> , de Bram Stoker.
5	Psicológica	De sucesos presentes en la mente de los personajes, que juegan con la psiquis del lector, como <i>Crimen y castigo</i> , de Fiodor Dostoievski.
6	Filosófica	Texto cargado de reflexiones trascendentales o existenciales, como <i>El corazón de las tinieblas</i> , de Joseph Conrad.
7	De ciencia ficción	A partir del impacto de la ciencia y la tecnología en la sociedad, sobre

- | | | |
|---|----------------|--|
| | | todo, con la formulación de vaticinios respecto al futuro, como de Julio Verne. |
| 8 | De caballería | Aventuras y luchas contra ejércitos y monstruos, por parte de un caballero, como <i>Amadís de Gaula</i> , de Garci Rodríguez de Montalvo. |
| 9 | De autoficción | Narración a partir de hechos reales del autor, de uno o varios personajes, ya fuera de forma parcial o total, como <i>Hijos</i> , de Serge Doubrovsky. |

La novela: *Y... este pretérito difuso*, en su forma, obedece al tipo de novela de autoficción; según Serge Doubrovsky (1977): “Ficción, de acontecimientos y hechos estrictamente reales. Si se quiere, autoficción, haber confiado el lenguaje de una aventura a la aventura del lenguaje en libertad”,³ o, como la definiría Manuel Alberca, las autoficciones son “hijas menores” de las novelas autobiográficas.⁴

Para contextualizar aún más la temática que se trabaja en la obra que se presenta, no está demás nombrar las tendencias temáticas de la novela actual: novela de intriga y terror, de ambientación histórica, lírica o intimista, testimonial, autoficción; al tomar en cuenta que el autor de la novela: *Y... este pretérito difuso*, en el momento de su proceso de textualización goza de juventud, se debe mencionar, además, la novela que trabaja la temática juvenil, como: *Fragmentos*, de Yesid Niño Arteaga; *El despertar sexual*, de Anna Burns Milkman, entre otras. Para cerrar este aparte, se dice que la experiencia de escribir y, en este caso, la escritura de la novela, es la experiencia sobre la propia vida, expresada a través de lo estético y del lenguaje.

Del mismo modo, la escritura, y en el caso particular, la escritura de la novela, es el resultado intelectual del lado sensible, propio de la subjetividad del sujeto, cuyo resultado se inicia a gestar en el instante en que un suceso quebranta la práctica tradicional; en este caso, la escritura de una obra novelesca; la novela se ha producido, se produce y se seguirá produciendo a lo largo de la historia, en sus diferentes temáticas y sus más ambiciosos experimentos, para crear nuevos universos a partir de la ficción; como Silvia Adela Kohan señala: “la ficción nos permite trabajar con la mentira para contar una verdad”⁵, y es precisamente eso lo que se pretende hacer en la obra que aquí se presenta.

Y... este pretérito difuso es una de las primeras experiencias de producción literaria del autor. Es un relato breve, mejor conocido como novela corta; en su forma, obedece a las características de una novela de autoficción.⁶ El espacio narrativo va desde lo rural hasta lo urbano de los parajes nariñenses. En ese espacio, los personajes ficticios y reales recrean

³ Chloé Delaume. El grito del reloj de arena. Disponible en: http://www.arenalibros.com/fichas_libros/Ficha_Relej_Arena_Delaume.htm

⁴ Manuel Alberca. El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción. Disponible en: www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/amo-inigo-0/

⁵ Kohan, Silvia Adela. *Cómo se escribe una novela*. 4ª ed. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1999.

⁶ Neologismo que acuñó Serge Doubrovsky, en 1977, para nombrar su novela *Fils*.

escenas de la cotidianidad, con alteraciones propias de la narrativa, junto al testigo-protagonista que las vive, las ve y las cuenta. Además, por supuesto, existe una estrecha relación entre tiempo pasado y presente, que fusiona los acontecimientos vividos, las experiencias y/o el material biográfico, para llevar a que la escritura fuera la mejor experiencia sobre la vida misma.

Si bien es cierto la obra trabaja la autoficción, y el dilema del aislamiento que el ser siente, paradójicamente, al vivir rodeado de cientos de sujetos, resulta inevitable el tratamiento de sucesos que los personajes vivieron y a ellos les sucedieron, personajes que han rodeado al narrador, que van desde lo hostil y dramático hasta su compleja psiquis.

Como la literatura y la narrativa constituyen un abanico de posibilidades, también se intentan evidenciar, a través de ellas, las voces que permanecen calladas, que siguen ocultas y que no denuncian lo que efectivamente está mal. Todo aquello que acontece y que, en el peor de los casos, permanece en el anonimato en las instituciones delimitadas por las macabras fronteras murales e invisibles de una sociedad degradada.

Los diferentes escenarios, tanto rurales como urbanos, se hallan invadidos de multiplicidad de saberes y de recursos narrativos, que posibilitan la producción literaria. De ahí que la labor recayera sobre el narrador-escritor, despertara su lado sensible y lo llevara a que aprovechara al máximo esos recursos, para tornar a la escritura el resultado intelectual de su sensibilidad. Con mayor razón, si su vocación y ejercicio profesional se van a encaminar al campo educativo; pues, sin duda, la escritura constituye la principal herramienta en la consolidación del conocimiento y el quehacer pedagógico, indispensables en el rol como educador.

Si bien, es cierto que, en la actualidad, en “la Educación Nacional, a veces se interviene como formador de docentes, a veces como escritor”,⁷ se debería intervenir de manera decisoria en ambos aspectos, para contribuir a fortalecer y consolidar, de manera más efectiva, la labor docente, donde fuese posible y se considerara al educador como sujeto pensante, crítico, constructor y transformador de la sociedad y la Historia.

El ejercicio de la escritura, “permite el desarrollo de la conciencia que se tiene sobre la propia existencia. Da forma a las preguntas, le da un lenguaje a la interioridad, permite objetivarla, distanciarla, socializarla.”⁸ De ahí la necesidad de fomentar la cultura de su práctica y su constante ejercicio, para aprovechar al máximo las reflexiones propias de quienes poseen vocación, destrezas e intereses por la producción escrita.

⁷ Alain André. La relación de los docentes con la escritura. En: Gonzalo Jiménez Mahecha. *Márgenes de la formación docente*. Pasto: Universidad de Nariño, 2019, p. 41.

⁸ André, *art. cit.*, en Jiménez Mahecha, *Op. cit.*, p. 50.

Así mismo, la escritura es una herramienta extraordinaria, que permite legitimar la “vida socio-profesional. Posibilita informar, capitalizar. Legitima a su autor”.⁹ Como lo consideraba el abuelo de Jean Paul Sartre, esa idea extraordinaria de que la verdadera inmortalidad se halla en lo que uno escribe; en consecuencia, resulta que el acto de escribir no es para nada malo; por el contrario, será la mejor opción para interiorizar y escarbar en la memoria, activar la conciencia y expresar, a través de la palabra viva, el verdadero significado de la existencia; escapar de la monotonía de la vida diaria y re-oxigenar el alma.

Así, pues:

La escritura constituye una herramienta importante para la constitución de la cultura. Aquel que habla de cultura se refiere, si no a raíces, por lo menos a arraigos. Allí interviene la literatura, como legado. Ella permite ubicarse, a través de la identificación y, para los que escriben, para inventar sus propias historias.¹⁰

Y así, a través de la narrativa de las propias historias, se coadyuva al fortalecimiento de la cultura, la enseñanza y, ¿por qué no?, a forjar el propio legado literario.

El arte de la escritura es tan complejo como el mismo acto heroico que efectúa la hembra para traer al mundo una nueva vida, pero, precisamente, esa complejidad reta, para que cada escritor atrape y agrupe palabras, les dé un sentido y las escriba, palabras que, en su unidad, expresarán un sentido interesante, que puede despertar el interés en alguien más, aparte del autor. Así, surge la idea de escribir este trabajo, que incluirá, como ya se mencionó, temas principales, como la autoficción y el estado de la soledad; el primero permite, a través de la experiencia, narrar acontecimientos experimentados y vividos en estos años de vida, y, el segundo, a través de esas experiencias ha llevado a preguntarse, buscar explicaciones y plantear posibles respuestas a las problemáticas que afectan a la vida y la psiquis de los otros y las del escritor mismo, quienes se encuentran sumergidos en el aislamiento y la aparente monótona cotidianidad. Dentro de esos dos ejes temáticos, se tratan subtemas como el estudio, las prácticas erradas y negligencias de las instituciones; en consecuencia, se plantea una leve crítica a algunas de esas instituciones que tornan al individuo un ser enajenado, servil y obediente; lo convierten en una mercancía para sus intereses lucrativos y útil para el objetivo rentable del capitalismo consumista.

Así mismo, se tratan temas como el transcurrir de la vida en la ruralidad y la urbe; la afectación que se experimenta, quizá no en forma directa, a partir de los conflictos internos del país; las problemáticas a las que se enfrenta el foráneo arrojado a la vida de la urbanidad, la formación personal y profesional, las enfermedades, el claustro y hasta la misma muerte.

⁹ *Ibid.*, p. 51.

¹⁰ *Ibid.*

Igualmente, es necesario referirse al entorno como elemento de comunicación, que le ofrece, al narrador, la posibilidad de relacionarse con el contexto, en el que hallará herramientas que intervendrán de manera complementaria y decisoria en su formación potencial como educador. Y, precisamente, ahí, en el entorno, reside una forma de enseñar literatura, ya que allí se contemplan, se registran y se narran las historias que promueven y enriquecen el quehacer de la enseñanza y el aprendizaje, mediante el lenguaje oral y escrito.

De ahí la importancia del vínculo docente-escritura. La labor del verdadero docente no se da por una suerte de azar: “no se deviene docente universitario sin haber realizado una tesis... La escritura, en definitiva, constituye la medida individual del valor profesional en el mercado de trabajo”,¹¹ lo que implica un compromiso serio, una práctica constante, una aplicabilidad efectiva y un fomento activo de este ejercicio, en todos los campos que se desempeñara y, en lo fundamental, como ya se dijo, en el quehacer docente.

Sin duda, la escritura es una herramienta de cambio potencial. Por consiguiente, el reto del docente será trabajar en forma incansable sobre la cultura y la relación escritura-lectura, lo cual va a exigirle un verdadero compromiso con el cambio en las prácticas pedagógicas tradicionales, lo que le posibilitará llevar a cabo el desarrollo efectivo del proyecto personal, que tendrá efectos positivos en la colectividad.

Por último, a través de la palabra escrita, y más exactamente la narrativa literaria, se logra establecer un sutil eco con las palabras que permanecen calladas, se las retoma, se las trae a la luz y al juicio de los demás.

¹¹ *Ibid.*, p. 51.

BIBLIOGRAFÍA

Alberca, Manuel. El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción. Disponible en: www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/amo-inigo-0/

Alzate Quiceno, Jaime A. *Autoficción e identidad en la novela “El mundo” de Juan José Millás*. Trabajo de magister. Universidad Santo Tomás, Bogotá, 2018. Disponible en: <https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/11914/2018jaimealazate.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Amícola, José. Autoficción, una polémica literaria vista desde los márgenes (Borges, Gombrowicz, Copi, Aira). *Olivar*. Vol. 9. No. 12. (2008): 181-197. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/12261/Documento_completo_.pdf?sequence=1&isAllowed=y

André, Alain. La relación de los docentes con la escritura. En: Gonzalo Jiménez Mahecha. *Márgenes de la formación docente*. Pasto: Universidad de Nariño, 2019.

Atxaga, Bernardo. Escribir novelas. Disponible en: http://itacaescueladeescritura.com/sites/default/files/cuaderno_no_4_-_escribir_novelas.pdf

Auster, Paul. *Experimentos con la verdad*. Disponible en: [http://assets.esppdf.com/b/Paul%20Auster/Experimentos%20con%20la%20verdad%20\(11669\)/Experimentos%20con%20la%20verdad%20-%20Paul%20Auster.pdf](http://assets.esppdf.com/b/Paul%20Auster/Experimentos%20con%20la%20verdad%20(11669)/Experimentos%20con%20la%20verdad%20-%20Paul%20Auster.pdf)

Bajtín, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*. 10ª ed. México: Siglo XXI, 1999. Disponible en: <https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2012/10/estetica-de-la-creacion-verbal.pdf>

Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*. [Madrid: Taurus, 1989]. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/111357149/Teoria-y-Estetica-de-La-Novela-Mijail-Bajtin-Libro-Completo>

Barthes, Roland. *La preparación de la novela*. [México: Siglo XXI, 2005]. Disponible en: <https://somoslxpiratas.files.wordpress.com/2016/07/la-preparacion-de-la-novela-roland-barthes.pdf>

Benoliel, Jack. Reflexiones: El escritor y su oficio de la palabra. Disponible en: <http://www.fcpolit.unr.edu.ar/redaccion1/2003/06/16/reflexiones-el-escriptor-y-su-oficio-de-la-palabra/>

- Boschi, Silvana. Ser escritor, el oficio de lo incierto. Disponible en: https://www.clarin.com/literatura/debate-escritor-oficio-incierto_0_HkzDXlkhPXx.html
- Carrión, Jorge y Meruane, Lina. La resurrección eterna de la novela. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/la-resurreccion-eterna-la-novela>
- Castaño Arenas, María Alicia y Doncel Calderón, Simón Enrique. *El Rito del Yagé: Aproximación al Mito entre las comunidades Inganas del Caquetá*. Trabajo de Maestría. Universidad de Nariño/Universidad de la Amazonía, Pasto/Florencia, 1996.
- Chimal, Alberto. *Cómo empezar a escribir historias*. [México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012]. Disponible en: <http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/taller-fugaz/pdf/EscribirHistoriasAC.pdf>
- Delome, Chloé Delaume. El grito del reloj de arena. Disponible en: http://www.arena-libros.com/fichas_libros/Ficha_Relej_Arena_Delaume.htm
- Faix, Dora. La autoficción como teoría y su uso práctico en la enseñanza universitaria de la literatura. Disponible en: https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/publicaciones centros/PDF/budapest_2013/14_faix.pdf
- Forster, Edward. Envío 28. Disponible en: http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques/FORSTER_envio28.pdf
- Frank, Thaisa y Wall, Dorothy. Cultiva tu talento literario. Disponible en: https://urano.blob.core.windows.net/share/i_avance/001000306/avance.pdf
- Frías, Roberto. La escritura de la novela. Disponible en: <http://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/la-escritura-de-la-novela/>
- García Márquez, Gabriel. El oficio de escritor. *El correo de la Unesco* (feb., 1996):4-7. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0010/001025/102554so.pdf>
- García Viñó, Manuel. *Teoría de la novela*. Barcelona, Anthropos, 2005.
- García-Valiño, Ignacio. Así se escribe una novela... a la manera clásica. Disponible en: http://www.excelencialiteraria.com/2005-2006/imagenes/conferencia_de_ignacio_garcia_valino.pdf
- Gardner, John. *Para ser novelista*. [Barcelona: Ultramar, 1990]. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/9613578/Gardner-John-Para-Ser-Novelist-CV>
- Gil, David B. Guía inútil para escribir una novela. Disponible en: <https://davidbgil.com/2012/09/30/guia-inutil-para-escribir-una-novela/>

Guerrero Mora, José. *Piano, piano, pianoforte*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, Pasto, 2007.

Hernández Rosales, Helmer. *El Empautao*. Trabajo de Maestría en Etnoliteratura. Universidad de Nariño, Pasto, 1995.

Ingermanson, Randy. El método *snowflake* para diseñar una novela. Disponible en: <http://comoescibirnovelas.com/articulos/el-metodo-snowflake-para-escribir-una-novela/>

Jacanamejoy, Mercedes y Vivas, Clara. *La mujer inga y el yagé*. Trabajo de Maestría en Etnoliteratura. Universidad de Nariño, Pasto.

Jiménez Portillo, Alex Dairo. *Al sur de la locura*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2013.

King, Stephen. Mientras escribo. Recuperado de: <http://www.itvalledelguadiana.edu.mx/librosdigitales/Stephen%20King%20-%20Mientras%20escribo.pdf>

Kohan, Silvia Adela. *Cómo se escribe una novela*. 4ª ed. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1999.

Kohan, Silvia Adela. *Escribir sobre uno mismo*. Barcelona: Alba editorial, 2002

López Sánchez, Carolina. *La carroza de Bolívar, una historia de silencios que proviene del pasado, que solo se pueden mostrar en el carnaval*. Trabajo de maestría. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 2017. Disponible en: <https://repositorio.uptc.edu.co/bitstream/001/1947/1/TGT-706.pdf>

Mittelmark, Howard y Newman, Sandra. Cómo no escribir una novela. Disponible en: <https://fiuss.files.wordpress.com/2016/04/como-no-escribir-una-novela-howard-mittelmark.pdf>

Montilla Cuéllar, Nicolás Yeltsin. *La demolición*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2015.

Moussong, Lazlo. *Aprendiz de novelista*, de Humberto Guzmán. Disponible en: http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/93_94_oct_nov_2006/casa_del_tiempo_num93_94_97_100.pdf

Murakami, Haruki. De qué hablo cuando hablo de escribir. Recuperado de: http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/cuando_hablo_de_escribir.pdf

Nasif Arciniegas, Jalal Othman. *El agujero*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, Pasto, 2011. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=84852>

Niño Arteaga, Yesid. *Fragmentos*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño/Licenciatura en Filosofía y Letras, Pasto, 2011]. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=86015>

Niño Arteaga, Yesid. *Rock perro de frontera*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño/Magíster en Etnoliteratura, 2014. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=90124>

Perilli, Carmen. La novela como máquina de lecturas y escrituras: Carlos Fuentes. Disponible en: http://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D4230%2526ISID%253D270,00.html

Perilli, José. Manual de técnicas narrativas. Disponible en: <http://comoescibirbien.com/wp-content/uploads/2014/12/MANUAL-DE-TECNICAS-NARRATIVAS.pdf>

Riaño, Peio H. Cortázar enseña a escribir la 'novela 10'. Disponible en: https://www.elconfidencial.com/cultura/2013-10-08/cortazar-ensena-a-escribir-la-novela-10_38483/

Sánchez Soler, Mariano. Cómo se escribe una novela negra. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/132402.pdf>

Steele, Alexander. (ed.). Escribir ficción. Disponible en: [http://assets.espapdf.com/b/Gotham%20Writers%20Workshop/Escribir%20ficcio%20\(10432\)/Escribir%20ficcio%20-%20%20Gotham%20Writers%20Workshop.pdf](http://assets.espapdf.com/b/Gotham%20Writers%20Workshop/Escribir%20ficcio%20(10432)/Escribir%20ficcio%20-%20%20Gotham%20Writers%20Workshop.pdf)

Sullà, Enric (ed.). *Teoría de la novela (Antología de textos del siglo XX)*. [Barcelona: Crítica, 1996]. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/219337289/Teoria-de-la-novela-Antologia-de-textos-del-siglo-XX>

Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. [Madrid: Gredos, 2000]. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/356631572/Tacca-Voces-Novela-pdf>

Unamuno, Miguel de. Cómo se hace una novela. Disponible en: http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/articles-107071_Archivo.pdf

Ynduráin, Domingo. Hacia la novela como género literario. Disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/hacia-la-novela-como-genero-literario/html/a0f7038e-a101-11e1-b1fb-00163ebf5e63_5.html#I_0_

Uscátegui Narváez, Alexis. *En el corazón de la América virgen* de Julio Quiñones: una alternativa en la novelística colombiana. *Estudios de literatura colombiana*. No. 39. (2016):61-77. DOI: 10.17533/udea.elc.n39a04as que permanecen calladas, se las retoma, se las trae a la luz y al juicio de los demás, pese a lo difuso que pudiera parecer el pasado.

Y... ESTE PRETÉRITO DIFUSO

No he parido,
y con certeza sé que eso jamás sucederá;
sin embargo, me atrevo a expresar que,
con el difícil arte de la escritura,
estoy padeciendo algo similar.

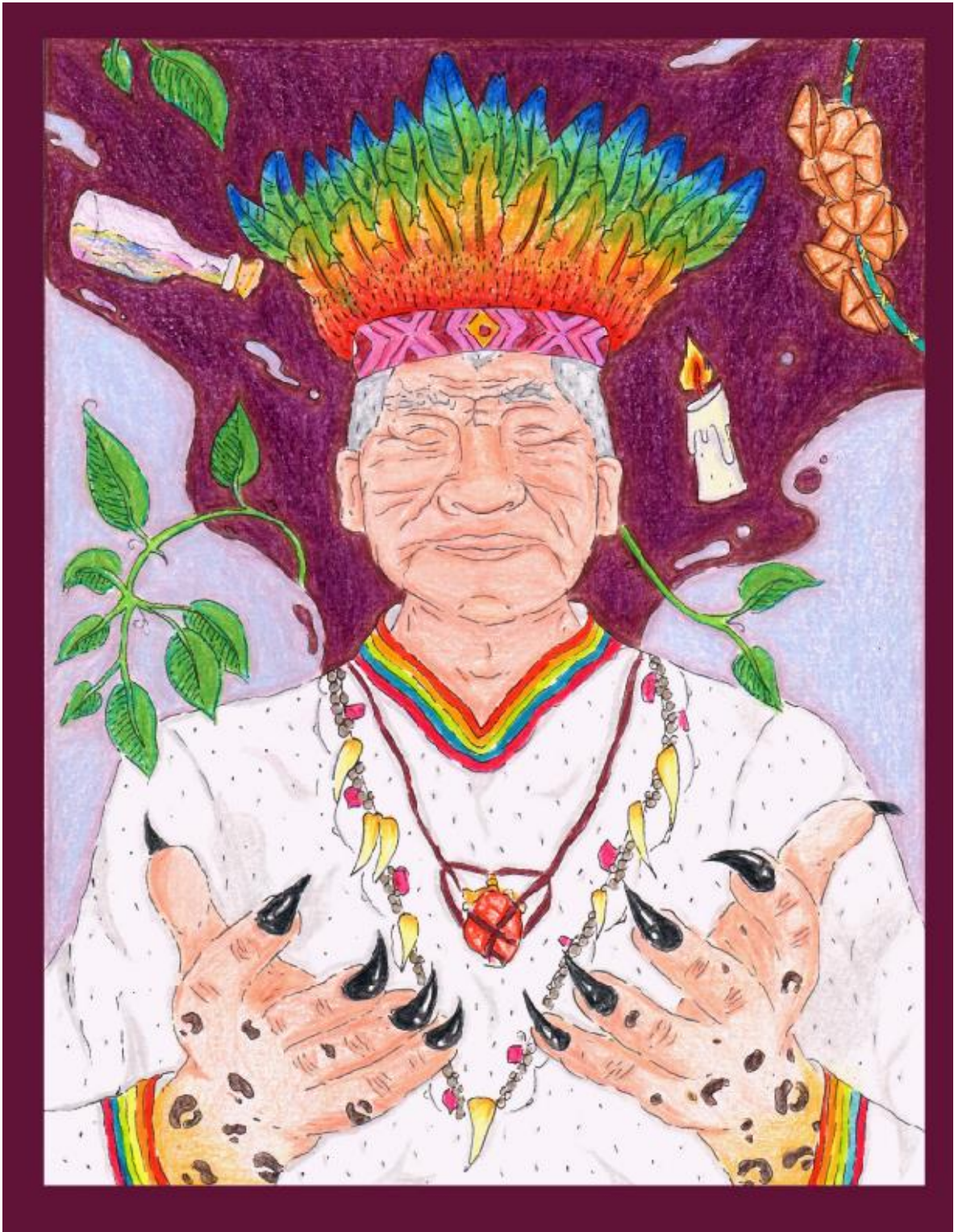


Figura 1. Ritual. Lápiz de color sobre Cartulina Durex.

CAPÍTULO I

CUANDO LA CALAMIDAD ES SUPERIOR A CUALQUIER DOGMA E IDEOLOGÍA

Madre, Maestra y Doctora Ayahuasca. Aleja de mi mente, de mi corazón, de mi espíritu y de mi cuerpo todas las cosas que me puedan hacer daño a mí y a los demás, protégame. Haz que las cosas difíciles sean fáciles a mi entender.

Maestra Ayahuasca, llévame a tu Mundo Mágico, dame mucha sabiduría, mucho amor y mucha fortaleza. Cúrame lo que tengas que curarme, enséñame lo que tengas que enseñarme, guíame donde tengas que guiarme. Madre, Maestra, Doctora Ayahuasca.

Hay cosas que merezco saber y hay cosas que merezco ignorar, todo es merecimiento.

Protege a mis seres queridos y protégame. Y que tu buena fuente no se desvanezca de mi ser.

Que así sea - Vieja Sabia.

Joel Jahuanchi

—Mira, allá hasta donde tus ojos alcanzan a contemplar ese valle virgen y prometedor, ese te recomiendo conquistar; pues tus años apenas empiezan a florecer, eres joven y lleno de vitalidad. Un hombre alto, corpulento y soñador; así que, de seguro, muchas cosas lograrás hacer. Obvio no será fácil la conquista, pero tampoco será imposible... —Así recomendaba el longevo experimentado, a Chepe, el hombre joven, a quien sus amos habían despedido de sus haciendas por el hecho de ser un tanto rebelde y no querer continuar más como un lacayo bizantino.

Así que, Chepe, el personaje hercúleo y de estatura considerable, un cierto día reflexionó sobre el consejo del veterano. La recomendación del longevo se empezó a gestar en su mente. La vida no era nada fácil para éste. En primer lugar, porque era muy joven y, en segundo lugar, porque tenía que dar de comer a doce bocas; ¡válgame Dios! ¿Acaso Chepe no sabía hacer otra cosa que no fuera hacer hijos?...

Al verse en esos ajustes, la idea de tomar una posesión sobre el valle virgen no era mala idea. Así que, un cierto día, habló, a sus dos hermanos y a otros cuatro hombres, sobre la idea de colonizar el valle y, al mismo tiempo, tomar posición del mismo. Así lo hizo y, en

seguida, los invitó a que lo acompañasen en este reto. Sus dos hermanos y los otros hombres respondieron afirmativamente y, un 12 de octubre, entre la primera y segunda década de 1900, iniciaron su aventura.

—Allá, cuando el cielo no tenía consuelo,
las espesas nubes cubrían cada espacio,
las bestias salvajes eran tu única compañía,
el rugir de las aguas enfurecidas te coreaban desde cada rincón,
el fuego de los leños verdes luchaba por abrigarte;
cuando hervías y hervías el agua esperando eliminarle un poco la insipidez;
cuando las gigantes hojas de “bretaña”¹ intentaban protegerte de las tempestades,
luego, las remplazaste por hojas de la caña panelera,
tiempo después por hojas de astilla de madera partidas con el hacha,
posteriormente se las sustituiría por hojas de zinc,
y, finalmente, por hojas de eternit.
Cuando tus extremidades eran el único medio de transporte
y cruzabas caminando desafiando el agreste páramo;
allá donde el humo daba testimonio de dónde estabas,
el aroma de tu cuerpo ponía la evidencia de tu presencia
y la escasa luz del sol anunciaba el transcurrir del día...
Allá, en la Pampada, apenas todo comenzaba...”

Mis paralizados ojos prestaban total atención; mis oídos atentos auscultaban las narraciones del hombre de las mil historias, de discursos poéticos eternos, de diálogos y testimonios, contados con gran fluidez y encanto. Se sabía todas las historias habidas y por haber sobre sus ancestros, los primeros colonos de la Pampada.

En lo personal, me deleitaba con sus exquisitas narraciones. Instantes atrás, otro de los descendientes de Chepe intervino; igual, lo hizo de la mejor manera, robándose toda la atención de los asistentes, y narró, entre otras cosas, el por qué se conoce como Pampada al hermoso valle:

—En un principio, a este territorio no se le conocía con el nombre de Pampada, sino con el nombre de Monopambo; según me contaba mi papá abuelo, dizque porque era un territorio invadido a más no poder por monos. Según me dijo, de su aspecto físico se derivaba aquel nombre; dizque eran grandes y bien anchos, así que, debido a eso, así le bautizaron a este hermoso valle, poniéndole por nombre: Pampada; la pampada de los monos. — Misteriosamente, al hombre de las mil historias, en medio de este discurso emotivo, su voz se iba apagando. Aquel hecho surgió el día en que se celebraba, con bombos y platillos, el primer centenario de la fundación de la hermosa Pampada.

¹ Una planta.

De sopetón, desperté e intenté responderme las mismas cuestiones que todos se hacían. En ese entonces, no encontré respuestas; peor ahí, en medio de tanto murmullo.

Desde entonces, vivía solo, ermitaño, era dueño y señor de su universo. Seguramente sus maravillosas narraciones las seguía recreando cada vez que las contaba; sin embargo, solo se deleitaban sus más íntimos adentros. Para ser honesto, perdí la cuenta de cuánto tiempo llevaba en las mismas circunstancias. Fue, es y seguirá siendo doloroso. La disminución de las emociones y los comportamientos se hicieron cada vez más evidentes. Tras el cese de su voz, su rostro también daba fe de la ausencia de interés por la vida.

Así inició una larga travesía en busca del porqué de esta situación. La búsqueda fue tan intensa y múltiple, que incluso llegó a superar las fronteras. Inclusive, superó las mismas ideologías y creencias.

Más allá de las fronteras, ante la angustiada desesperación de buscar una pronta salida a la situación, cierto día, un curandero se atrevió a asegurar que Franjú estaba poseído por los duendes y un espíritu de monte muy viejo; que, por lo tanto, por una parte sería muy difícil liberarlo y, por otra, se tardaría mucho tiempo en realizar dicha liberación. ¿Qué no hace uno con tal de ver a sus seres queridos librarse de las dolencias que los agobian? Así que entregamos a Franjú, en manos del curandero.

Cierto día, observé cómo Franjú se resistía a ingresar a una habitación, desde donde el curandero zalameramente lo llamaba. Después de tanta insistencia, por fin logró que Franjú entrara. Adentro, en la habitación, yerbas disecadas, botellas con líquidos de varios colores, una camilla improvisada, Franjú sobre ella. El curandero ponía unas piedras distribuidas así: una en la frente, dos sobre cada pecho, otras dos en los brazos y, finalmente, otras dos en cada extremidad inferior. Luego, con una piedra más pequeña, pendida de un hilo, procedió a hacer unos movimientos pendulares sobre todo su cuerpo. En ese momento dio su diagnóstico:

—Está poseído por un espíritu de monte. —Baños, sahumeros, rezos, barridas con velas, medicinas que él mismo recetaba, facturas gordas que cita tras cita cobraba, pero nada que surtían efecto... Tantos intentos, los mismos fallidos.

—Necesito que Franjú ponga de su parte, todo depende de su voluntad; yo solo no lo puedo lograr. El duende que lo tiene poseído no lo quiere abandonar, ya que él no se deja ayudar. Si él no hace el esfuerzo, ¡hasta aquí llego yo!, —concluyó el curandero, mientras terminaba de realizar, por enésima vez, el mismo rito de liberación. Allá, lejos de la patria, con los bolsillos silbando, el misterioso mal que aquejaba a Franjú igual que antes; había que apresurarse a regresar, antes de que cayera la noche.

—Al caer la tarde de los viernes, —decía un hombre de avanzada edad—, es el día y la hora adecuada para iniciar el ritual.

Un abuelo de aproximadamente unos 83 años, de espalda encorvada, que dejaba en evidencia que los años le pesaban; tenía una calvicie pronunciada, que disimulaba muy bien con un gorro de color café; bueno, de eso me pude dar cuenta a su llegada, cuando cruzaba el umbral de la puerta. Era de mediana estatura, de tez trigueña, estómago enorme; llevaba puesto un enterizo color hueso a manera de bata, en cuyos extremos del cuello, las manos y los filos inferiores, se podían apreciar unos hermosos bordados con hilos de todos los colores; en sus pies llevaba puestas unas chanclas, que se asemejaban a las que se conoce como alpargatas; además, sobre su cabeza reposaba una corona de plumas de guacamaya que, más adelante, vería cómo irradiaban deslumbrantes colores a la luz de las velas. De su cuello pendía un collar de cuarzos y colmillos de animales silvestres; bueno, eso suponía, para no entrar en falsas deducciones. Así, en esos términos, el anciano alistaba todos sus implementos para dar inicio a la ceremonia que traería de vuelta a la “realidad” a Franjú y que, además, explicaría las consecuencias del cese de su voz. En ese entonces, me hallaba lleno de dudas, asombro y curiosidad; creo que estaba experimentando lo mismo que revelaban los rostros atónitos de todos los que participaríamos en dicho ritual: el de Omar, Manuel, María, Ana y, por supuesto, el de Franjú que, como era natural, era el rostro menos afectado; se lo notaba tranquilo y desinteresado.

El abuelo hizo que nos sentáramos y formáramos un semicírculo frente a Él, que acogía un altar improvisado con un cuadro de la Virgen de las Lajas, un Cristo de madera, una vasija negra, que ardía y emitía un olor agradable a incienso y pegote de panales de abejas, que sahumaban todos los espacios de la maloca; una botella transparente, con una especie de bebida compuesta, en cuyo interior, aparte del líquido, se notaban unas piedrecitas de colores y unas ramas de varias formas y tamaños; un “puro” de color café que, por lo que pude suponer, se hallaba lleno y pesado, pues el anciano lo había traído cargado a la espalda en una mochila y le costó bajarlo; Omar se ofreció ayudarlo, pero éste se negó. Tres velas también acompañarían el ritual que, en el momento, ya se hallaban encendidas, cuyas llamas se mecían suavemente por la brisa que dejaba entrar la puerta de dos hojas de madera, que se encontraban semiabiertas.

—Hay que dejarla abierta, para que el remedio entre, —decía el abuelo, mientras entre todos nos miramos y dejamos que nuestros rostros liberaran unas leves sonrisas. Por último, también vi que el anciano sacó de su mochila unas vasijas de color negro:

—Estas se llaman totumas, son de vegetales disecados, —expresó el abuelo. Finalmente, explicó a todos de lo que se trataba, de lo que posiblemente íbamos a experimentar, del respeto con el que se debería realizar, de la posibilidad de recuperar la voz de Franjú y

saber el por qué se encontraba en ese estado y que deberíamos tener a la mano unos recipientes, que los íbamos a necesitar después.

Ana se levantó de su lugar,

—Afuera, en la repisa del lavadero, tengo unas de plástico que colecciono; son de jabón, ¿sirven?, —le preguntó al anciano.

—Sí, —le respondió—, y ella se apresuró a ir por los recipientes. Mientras Ana salió, Omar dijo a todos que el abuelo, o anciano, que hasta entonces así lo considerábamos, era el “Taita”, pues Omar ya había tratado antes con él y lo conocía muy bien. Hablé para mis adentros y me dije:

—¡Ah, éste es un curaca! —Por un momento me traicionó la conciencia y miré al instante hacia el Taita; tuve la sensación que me estaba escuchando o que estaría adivinando mis pensamientos. Ana tardó solo unos instantes, mientras iba por los recipientes, y volvió en seguida a ocupar su lugar. El Taita, entre sus cosas, también había traído un manojito de ramas, a manera de abanico. No pude con la curiosidad y pregunté:

—¿Y esas ramas qué son?

—Son hojas de chontillo, —repuso el Taita, y agregó—, a su tiempo sabrá para qué son.

—¡Gracias!, —expresé, en medio de la mirada algo molesta de Omar.

El Taita se puso de pie y balbuceó unas cuantas palabras, casi imperceptibles para nosotros y mucho menos entendibles, y terminó haciéndose tres veces la señal de la cruz, a la vez que nos invitó a que hiciéramos lo mismo y todos lo hicieron; solo una cruz, hice yo. En ese entonces, el Taita nos había sugerido utilizar unas batas o pijamas; según él, era para estar más cómodos durante toda la noche, y así lo hicimos, en la medida de lo posible. Omar que ya lo sabía muy bien, estaba vestido con una bata recta color blanco, que le llegaba a los tobillos, con cuello en “V”, ceñido a la cintura con una faja de colores, y con chanclas negras. Era un tipo alto, delgado, trigueño y con barba abundante; se me asemejaba al Cristo de madera que se hallaba en el altar improvisado.

Después del balbuceo, el taita cogió la botella, la destapó y, al instante, un olor invadió todo el espacio. Me trajo a la memoria los olores eternizados en la habitación de la abuela Encarnación:

—Vení, vení, vení, no te quedarás, —me repetía, al curarme de los espantos; igualaba mis pies, con una mano me los sostenía, al tiempo que con la otra hacía ligeras presiones sobre mi abdomen:

—Mire, están desiguales, —le decía a mi madre, mientras ella trataba de hallarles la anomalía. Ingería bocados de la bebida, que invadían su habitación, y procedía a chuparme por todo mi cuerpo, mientras mi madre hacía el llamado:

—Vení, vení, vení, no te quedarás, —pues así le recomendaba la abuela que lo hiciera, antes de tomar los bocados de la bebida. En su habitación, había una ventana amplia; por ella sobresalían unas flores gigantes de dalias rojas y le recomendaba a mi madre que agarre un manojo de las que ya se hallaban marchitas, para que diera golpes desde la entrada de la puerta hasta donde nos hallábamos, mientras recitaba el vení, vení...

Debo reconocer que esto me producía algo de gracia. La abuela repetía tres veces, como de costumbre, lo mismo en cada curada; al finalizar cada una, escupía fuerte por la ventana que daba hacia el exterior, por en medio de las dalias. Finalmente, de nuevo me igualaba los pies y decía:

—¡Ya están igualitos!

—¡Verdad!, —afirmaba mi madre.

Para finalizar, me ponían de pie y, dándoles la espalda, en la puerta abierta que daba a la sala, me soplaban; esto lo hacía para concluir la curación. Yo me solía distraer, para no sentir esa sensación tan fea, ante un cuadro de la pintura de los abuelos, que colgaba en la pared de la sala.

Sentí una brisa helada, fuerte y olorosa, que golpeaba mi rostro. El Taita acababa de lanzar sobre mí un bocado del líquido compuesto que había observado antes, en la botella transparente. Con un sobresalto, regresé al semicírculo donde estábamos todos. Esto lo hizo con todos; para mi desgracia, fui el primero. Al mismo instante que soplaban, el Taita, con su abanico de chontillo, hacía sonidos fuertes agitándolo a nuestro alrededor y, al finalizar, lo agitaba aún más fuerte sobre la cabeza de cada uno.

Pude ver el rostro soliviantado de Franjú, gracias a la luz de las tres velas. Era su turno. Recibió la descarga del soplo del Taita y se estremeció; pude sentir el mismo frío que lo invadió, pese a que ya antes lo había experimentado. Terminada la barrida, —que así se llamaba esto—, según nos dijo el Taita, cogió el puro, quitó la tapa improvisada, era una tusa de mazorca de maíz, cogió las totumas negras, las ubicó en forma de media luna e inició a verter un líquido en cada una. Era un líquido de color amarillento; bueno, al menos eso me permitió percibir la escasa luz de las velas. Por lo que pude apreciar, en cada totuma no había más que unos tres bocados grandes. Cuidadosamente, nos fue pasando la totuma a cada uno y repitió que esperaran su orden para ingerirlo. Yo fui el penúltimo en recibirla, ya que él, o sea el Taita, también se sirvió la suya y, en relación con la cantidad que nos habían servido, la suya era el doble.

Se sentó frente a nosotros, dejando el altar en medio; levantó su totuma, la elevó, cerró los ojos e inició a hacer una plegaria; bueno, eso supuse que era, como invocando la presencia de alguien. Pasados unos instantes, hizo la última aclaración:

—Después de beber el remedio, es probable que, pasado un tiempo, les produzca deseo de vomitar; para eso son los recipientes que Ana trajo desde afuera —y ordenó tomarlo todos al instante.

¡Madre mía!, qué sabor más amargo invadía mi lengua y mi garganta; era un sabor soso, fuerte y simple; recordé lo que dijo el Taita sobre el deseo de vomitar después de un tiempo, pues, a mí, casi me pasa al mismo instante de ingerirlo. Entre esos sabores, casi no pude ver la reacción de los demás; sin embargo, puede ver que el que más había afectado era el de María; en contraste, el de Omar, el más sereno; igualmente, el de Manuel y, casi en los mismos términos, el de Franjú.

El Taita empezó a cantar y a danzar alrededor nuestro, improvisando una música con el abanico de chontillo y unos cascabeles, hechos de frutos secos de árboles amazónicos:

Leireirei-rei-rei-rei
rei-rei-rei-leireirei
Venga, venga yagecito,
Cure, cure yagecito.
Leireirei-rei-rei-rei
rei-rei-rei-leireirei,
Venga, venga remedito,
Cure, cure yagecito.
Leireirei-rei-rei-rei
rei-rei-rei-leireirei...

Al cabo de un momento, como el Taita lo había anticipado, pude ver cómo Ana fue la primera en trasbocar; a ella la siguió Omar; después de unos instantes, lo mismo hicieron Manuel, Franjú y María. Yo fui el único que no lo hice, aunque, como lo expresé al principio, casi lo hice en el mismo instante en que lo ingería y, ahora con mayor razón, al ver que todos trasbocaban en los recipientes, mas no por el efecto del “yagecito”, como le oía decir al Taita en su canto.

El Taita seguía entonando el particular canto y prestaba cautelosa atención a cada uno. Debieron pasar unos diez minutos aproximadamente, luego del vómito, y el Taita se dirigió a todos:

—La primera pócima es muy semejante a un purgante, por eso la reacción del vómito, — enfatizó y recuerdo que procedió a explicarnos que esta primera pócima de yagé actúa en el organismo como un remedio que limpia el organismo de todo agente extraño; que, por eso, es importante al menos seis horas antes de ingerirlo no comer alimentos pesados; que lo

mejor era comer algo liviano, algo líquido: como colada sin leche, cebada o avena con panela; se debe evitar el consumo de carnes, lácteos, bebidas alcohólicas, entre otras cosas.

—¡Bonita la hora de decirlo o recomendarlo!, —me dije, en silencio.

—Ahora, pasamos a tomar la segunda pócima del remedio, —escuché que dijo el Taita. Al instante puede volver a experimentar ese sabor desabrido y amargo en mi paladar, sin haberlo tomado. El Taita, antes de continuar, me preguntó:

—Y tú, ¿cómo te sientes?

—Bien, bien, —repliqué en seguida. Supuse que lo de la pregunta se debía a que fui el único que no vomitó; bueno, eso creí.

El Taita aclaró que, así como hay tantos organismos, los efectos en cada uno también son diferentes. En seguida, procedió a dar una breve explicación de lo que podíamos experimentar, al tomar esa pócima, entre otras consideraciones:

—El yagé es un brebaje curativo, tanto para las dolencias físicas como para las emocionales; genera la auto-organización de la psiquis. Su nombre viene del quechua, herencia de los ancestros, y, a la vez, es un homenaje a ellos. De su constante consumo se extraen buenas enseñanzas; además, se experimentan visiones que son alegorías de la propia vida, sirven como fortalecimiento del carácter y del espíritu; permite la organización de sí mismo; ayuda a evocar el pasado, a enderezar el presente y a planificar mejor lo que sucederá en el futuro.

—Así es, —subrayó Omar, pues él ya era una persona de viejo recorrido en estos rituales.

—Así que ahora, con la segunda toma, todos experimentarán algo respecto de lo que he dicho; Franjú se recuperará y podremos saber los porqués de su estado; no se vayan a alterar, independientemente de cuál sea su experiencia; para eso, la sabiduría y la experiencia de este anciano está con ustedes; adicional a ello, está lo sublime del canto, la invocación divina al remedio que ayuda a anclar perfectamente todas las piezas durante el ritual; además, no se debe desconocer que el canto constituye una correspondencia directa, para alcanzar la embriaguez del saber y el pensamiento. Estos sucesos son el punto más excelso de toda la ceremonia, de ahí que se deberá hacer con el mayor respeto, creencia y fe, para alcanzarlo. En nuestro lenguaje chamánico se llama: *pinta*, —concluyó el Taita, mientras ordenaba nuevamente las vasijas en forma de media luna, para llenarlas del líquido amarillento que, ahora, era más abundante, por lo que pude darme cuenta, respecto de la primera toma. Todos guardábamos silencio, atención y respeto, pues, en ese entonces, ya todos habíamos comprendido que se trataba de algo muy serio y sagrado. Pude deducir que el canto es el gesto más grandioso al invocar al yagé, para ser dignos de su extraordinaria presencia.

De una en una, todas las vasijas llegaron de manos del Taita a las nuestras. Por un instante, dudé en recibirla y, con mayor razón, en beberla, pero, en seguida, la recibí. El Taita agarró la suya y, como la primera vez, la elevó hacia el cielo, vociferó de nuevo la plegaria, que solo él la sabía; se hizo por segunda vez las tres cruces, ordenó que lo hiciéramos nosotros y así le correspondimos.

—Al centro, pa' dentro, fondo blanco y a su salud, —dijo, en seguida, en medio de una sonrisa, como para romper el silencio que nos acompañaba.

—¡Salud!, —escuché un coro y, casi al mismo instante, todos bebimos la pócima.

El Taita reinició su canto. Podía escuchar perfectamente la música de los cascabeles y el manajo de chontillo, al igual que la invitación que le hizo a Omar; le pedía que interprete la dulzaina, que a este nunca le faltaba. Así lo hizo. Una música casi celestial hacía danzar la luz de las tres velas, al igual que a todos los cuerpos de quienes participábamos de la ceremonia. La corona de plumas del Taita irradiaba luces espléndidas de todos los colores y él danzaba en el aire al son de los instrumentos. ¡Vaya, rayos, vaya luz que me invadía! Sentí un leve mareo, al tiempo que me trasportaba por uno de los rayos que se desprendía de las plumas silvestres. Miré a Ana cómo me tendía su mano más adelante; ella seguía el mismo camino del rayo.

—Allá está, allá está, allá está Luis; él me llama, —le oí a una voz fatigada. Ana estaba mirando a Luis, un vecino que había fallecido, hacía ya más o menos unos cinco años. El Taita le preguntó:

—¿Qué le dice?, ¿le pide ayuda?

—Sí, —le respondió Ana con una voz desesperada, mientras el Taita le daba instrucciones para que le ayudara.

—Ayúdele, ayúdele, dígame que todo está bien, que estás con él, que le ayudarás a ver la luz. —Por lo que deduje de allí, Ana así lo hizo, ya que su fatiga y desesperación se fueron suavizando—. Los viajes psicológicos con el remedio, la mayoría suelen ser buenos y constructivos, —puntualizó el taita.

Omar seguía tocando la dulzaina, al tiempo que danzaba con su música. Observé a mi derecha y allí se hallaba María, recostada en el piso sobre una sábana blanca, como sumergida en un sueño profundo. Al lado opuesto se hallaba Manuel, que tenía la mirada detenida en el tiempo, sumergido en el Olimpo infinito, en tanto Franjú, sentado y arrimado a la pared, sostenía su quijada, inmerso en su silencio.

Un ligero mareo inundaba todo mi cuerpo. Quise hacerle el quite y traté de disimular que eso estaba pasando. Para eso, me levanté suavemente y me uní a Omar, para acompañarlo

en la danza. El Taita ayudó a Franjú para que abandonara la pared y lo ubicó frente a las tres velas. ¡Qué placentera danza experimentaba! Jamás la había sentido. El baile lo hacíamos girando en torno al altar, a Franjú y los cuerpos inmóviles de Ana y María. Mis ojos observaron que salía, de entre la sombra que proyectaba el cuerpo de Franjú, un nuevo danzante.

En ese entonces, eran aproximadamente como las tres de la mañana. Digo aproximadamente, porque, en esta experiencia, el tiempo parece correr lento, rápido; en fin, la noción del tiempo no es muy clara. El danzante tenía una apariencia entre hombre y otro ser; a esa altura de la ceremonia, me era muy confuso apreciar claramente de qué se trataba; sin embargo, no me produjo miedo. El anclaje que se establecía entre la bebida, la armonía de la música y la danza, llevaba a que me sintiera seguro y pleno. El ágil bailarín tenía un color amarillento, similar al de la bebida; además, unas ligeras rayas, más opacas, se podían apreciar por todo su cuerpo; creo que eran los efectos de los rayos oscuros que se introducían por medio de los palos rollizos desde el exterior.

Por primera vez, en mucho tiempo, vi cómo a Franjú le llamó la atención la agilidad y la destreza con que danzaba el nuevo invitado; con su mirada, perseguía cada uno de sus gestos y movimientos. Desvié la mirada de Franjú, para conducirla hacia las compañeras: observé que las dos seguían sumidas en un éxtasis profundo. Omar no se cansaba de interpretar y danzar; yo, en cambio, sentí un leve cansancio, una sudoración desbordada, una pesadez en el cuerpo, que me llevó a tomar asiento.

—María, María, —le susurré al oído.

—Dime, te estoy escuchando, —expresó.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, eso creo, —concluyó. Ana dio un giro inconsciente, como para cambiar de posición, suspiró y continuó extasiada. La madrugada iba expirando, en tanto el frío se acrecentaba.

—La vida es un abanico de posibilidades, pero tú te empeñas en hacerles quite, elegir el facilismo y malgastarla en trivialidades. Eres un ser negativo, pesimista, incrédulo, poco ambicioso y antisocial. Ocultas tus actos negativos bajo la máscara exterior, que el otro ve maliciosamente. Incluso ni al verte al espejo eres capaz de percibirlos, ¡qué bien te las tienes guardadas, qué gran actor eres! Ocultar una realidad, te condena a ser infeliz e irrealizable. Si tú mismo eres tu vergüenza, ¿cómo no será experimentarla al verte observado por el otro, pues el otro es ese ser que te conoce? Entonces, ¿por qué el miedo a conocerte? ¿Por qué apelar a la doble moral? Si vagaras solo por el mundo, perfecto; ¿qué

importa el exterior? Pero no, no estás solo; tienes que luchar contra ese tú, contra ese otro que te cosifica, contra ese otro tú, que es tu propio enemigo interior, tu mala conciencia.

Tú estás obligado a realizarte; por tanto, obedecerás a tu buena conciencia. Tú no tienes derecho a cuestionarte por qué naciste, por qué viniste al mundo; peor, a atentar contra tu vida, ya que perderías una batalla sin ni siquiera haberla luchado, pues la muerte solo es la aniquilación de tus posibilidades. Tu responsabilidad es asumir una actitud responsable y libre respecto de lo que ya eres.

Desecha tus malos hábitos, tus altanerías. Pide perdón a todo aquel que hayas ofendido; seca las lágrimas que laceran las mejillas de tu madre, pídele de rodillas su perdón, que su corazón rebosa de abundancia, pese al tamaño mayúsculo de tus malas acciones. No seas más miserable que el que pide; mejor, tiende tus brazos y regala abrazos cálidos, junto con sonrisas sinceras.

Tantos semejantes hay como arenas en el desierto; tanta gente hay como estrellas en el firmamento y tú ¿solo? No te tengo lástima, pero sí siento pena ajena. Que la soledad no haga metástasis en tu existencia, que tu poca confianza no te arrebatase las utopías; que este acto del cual hoy tomas parte, te controle el ego, te desnude el alma, te disuelva, te conecte con el universo, con el pasado y lo orgánico, para que te puedas transformar en ese hombre jaguar que danza a tu alrededor... —Y un relámpago inesperado, deshizo la poca oscuridad que quedaba de la madrugada y al hombre jaguar que danzaba libremente.

Levanté la mirada ágilmente y observé la luz por entre los espacios de los palos rollizos que anunciaban la mañana; al instante miré a todos mis compañeros: Omar me daba la espalda bajo el umbral de la puerta; el Taita hacía una especie de cierre del ritual, apagando uno a uno los escasos pedazos de las velas, que le habían ganado a la noche. Franjú tenía la mirada puesta en el tejado de la maloca, mientras Ana y María recogían las sábanas, las lonas y los recipientes.

Salí al patio, ubicado contiguo al lavadero de donde Ana había llevado los recipientes la noche anterior y reflexioné sobre lo que, atento, había escuchado durante largos minutos. Teológicamente hablando, fue como una especie de sermón; una conclusión, expresada por un psicoanalista, después de la intervención al inconsciente; un sabio consejo de un Taita, como resultado de la conexión con los ancestros; la redacción de un texto, para un literato que se dedica a vivir de la ficción; el llamado desesperado del pastor, tras la rebeldía y la pérdida del rebaño; la reflexión y la interpretación de un fenómeno, para un filósofo...

Tardé sólo unos instantes en esta reflexión. Di media vuelta y regresé al lugar donde había concluido la ceremonia. Encontré apenas una habitación vacía, con piso de madera roído por la polilla; era de forma rectangular, daba la impresión de llevar mucho tiempo abandonada, estaba empolvada y húmeda. Cruzé el umbral de la puerta de doble hoja y

alcancé a observar, al lado derecho de esa habitación, una fotografía deteriorada que dejaba ver claramente el registro de un ritual.



Figura 2. Ilusión. Lápiz de color sobre Cartulina Durex.

CAPÍTULO II

¿FORMACIÓN O ADOCTRINAMIENTO?

Lo único que interfiere con mi aprendizaje, es mi educación.

Albert Einstein

—Sin duda, las mejores experiencias las vives en la academia. Amigos, primeras ilusiones, ingenuidades, juegos, ocio, paz, nulas preocupaciones.

Las letras, aún sin una inclinación definida; las gráficas, cuyos rayones transgreden las fronteras; los mapas, fiel copia; los esferos de múltiples colores masticados en sus extremos a falta de goma; las páginas ordenadas o dobladas las esquinas y amarillentas por la constante manipulación; los libros reciclados, el horario de clases de tu autoría, el escritorio y la silla improvisados y la cartilla *Coquito*, clásico heredado, son tus primeras herramientas que, pasivas, esperan las maniobrarán y aprovecharán al máximo, para cumplir con los quehaceres que los demás esperan de ti.

A veces te ves obligado a hacer lo que los demás te ordenan, a vestir las prendas adecuadas y de los colores que la sociedad ha determinado para ti, a actuar respecto de convenciones sociales anticuadas, a escribir lo que los demás quieren leer. Al parecer, uno no tiene mayor importancia respecto de lo que quiere expresar, lo que permite concluir que uno resulta ser igual o peor que un ente; sin embargo, la única opción será, al menos, intentar escribir. Reflexionar sobre esto revive ciertos recuerdos y viene a la memoria lo que el gran maestro Jean-Paul Sartre aprendió de su abuelo, esa sabia idea de que la verdadera inmortalidad se halla en lo que uno escribe, lo cual permite concluir que el escribir no resulta ser malo; por el contrario, será la mejor opción para escapar del diario vivir, de la demoledora monotonía y re-oxigenar el alma, donde lo aparentemente imposible resulta ser posible y, con ello, se contribuye a conservar el legado de la palabra viva. Entonces, un 15 de agosto de esta segunda década del siglo en curso, en cuya tarde la brisa soplaba con mayor rigor, nace la idea de escuchar y escharbar en los más adentros y plasmar un escrito, a ver si algún día es posible, al menos, merecer, aunque sea una partícula minúscula del átomo, respecto de la inmortalidad.

No existe la certeza de lo anteriormente expresado. Al parecer fue un sueño, quizá una reminiscencia o una reflexión de un ilustre maestro. Espero que no se me esté dificultando diferenciar entre la vigilia y el sueño.

Junto a los atardeceres grises, los días tristes y lluviosos, el rechinar de los tejados heridos por los vendavales, el craquear de las gotas que golpean el sediento suelo, la humedad fastidiosa, enfrentaba las vicisitudes de mis experiencias, durante el período de escolaridad. Vacaciones. Vacaciones quizá no deseadas y mal bautizadas, pues era cuando más había que luchar para poder continuar con el siguiente período académico. Junto a las mañanas frías, pasadas por lluvia, trabajo apenas por iniciar, compañeros de lucha que, escasamente, saludaban con un:

—¡Hola!, —entre dientes, mal pronunciado. Exclamaciones hirientes de un jefe dando órdenes y delegando tareas. Coros afligidos de aves pasmadas, olor tibio de semovientes apenas levantándose, mugir de becerros hambrientos, ecos de riachuelos furiosos tras la lluvia de noches enteras; otro no podía ser el panorama de mis días perennes.

Franjú, un hombre frío, atado a las ideas clásicas de que el trabajo rudo es lo único que sirve en la vida; casado con las anticuadas formas de ver el estudio, no se interesaba por apoyar ni dar el visto bueno a los proyectos que rondaban en mi cabeza que, obvio, eran totalmente opuestas.

—Hacer múltiples oficios resulta ser más conveniente que aprender a trazar rayas inútiles, —le oía que murmuraba.

De pronto, un grito me sorprendió; en seguida, un sobresalto me llevó a que regresara. Al frente un jardín descolorido se sobreponía a mi ligera mirada. Un maestro elegante veían mis ojos, una voz aguda e intimidante escuchaban mis oídos; ese era el llamado para pasar al atrio clásico, ubicado a una altura exagerada, que solo podían pisar los maestros ilustres y aquellos a quienes ellos autorizaban a hacerlo. El grito hizo que un sobresalto invadiera mi débil cuerpo y me empujó a dirigirme hacia el eco de ese grito. Entre mis manos veía una página de material no muy común, en la cual estaba mi nombre plasmado y, en otras letras, un mensaje que poco entendía: “Mención de honor al primer lugar en creación de cuento”. Una sarta de aplausos llenó el pequeño salón y otros tantos intentaban escapar por los ventanales, como si se fuesen a asfixiar por el tumulto de los curiosos. Mis manos sudaban, mi corazón latía con mayor intensidad, mi rostro se tornaba de un color no muy común.

Mi primer reconocimiento, por escribir una historieta, había cumplido con los requisitos exigidos por el jurado del Concurso de cuentos de mi Escuela y se había impuesto sobre las propuestas de otros tantos participantes que, con miradas asombradas, no muy conformes, me llegaban de todas direcciones, como si desaprobaran el veredicto. Además, una nota con fecha abril 23, una serie de números que la encabezaban, una caja de colores, y aplausos, quizá no unánimes eran, entre otros, los reconocimientos por la pequeña proeza.

Así, entre saltos, trotes y golpes, disfrutaba de los juegos del lado derecho de mi institución. El girar veloz del trompo, el rechinar del columpio oxidado, acompañaban los espacios de ocio.

Cierto viernes, en la tarde, observé hacia el portón que daba justo a la calle, que se ubicaba hacia el mismo lugar por donde se ponía el sol. Entre los rayos de la inclemente tarde, se dibujaba una silueta. ¡Vaya silueta! Por primera vez, mis ojos contemplaron a quien sería mi mayor felicidad, pero, al mismo tiempo, mi peor desventura. El columpio lentamente se iba deteniendo como se detenía mi respiración. Ojos enormes, piel de porcelana, nariz pronunciada, cabello ondulado, peinado de izquierda a derecha; manos enormes, pero, a la vez, delicadas y una mirada hechicera, que se proyectaba de sus profundos ojos negros, rodeados por unas gigantescas pestañas, que se unían hasta sus pobladas cejas. Intuí que iba hacia uno de los columpios libres, pero opté por entregarle el mío.

—¡Gracias!, —y oí que una música angelical invadió mis oídos. Me ofrecí para impulsar el columpio, aceptó; suavemente, empecé a impulsarlo. Tras un lapso largo, pregunté:

—¿Cuál es tu nombre?

—Soledad, —respondió.

—Hermoso nombre, —repliqué. Desde ese entonces, juro que perdí la cuenta de las tantas noches que soñaba entre sus brazos. La maldita fantasía me roía. Una nueva, primera y última ilusión nacía para mí. Entre lecciones, tareas, juegos, gritos, tristezas y alegrías, estaba Soledad conmigo.

En el polideportivo de la escuela, al lado inferior, jugueteábamos como de costumbre. Cierta día, estaba agarrado a la malla que separa la escuela de la calle. Ahí estaba el ser de la silueta y de la estatura perfecta. Hablábamos de todos los temas habidos y por haber, sin importar que entre ellos no hubiera continuidad ni ningún orden específico; sin importar el tiempo. Yo le coqueteaba, le evidenciaba el innegable interés que tenía por ella; sin embargo, no me correspondía; me devolvía con la apertura de otro tema, me evadía con reminiscencias de anécdotas o me hablaba en silencio por largo tiempo.

Cierta día, la maestra de castellano, llamada Claudia, me sorprendió prestando más atención a los encantos de Soledad que a su clase de gramática.

—¡García!, —oí muy fuerte.

—Las clases de sustantivos son: comunes, propios, contables, no contables... Para mañana, me traes treinta páginas escritas con la palabra “ubicar”, —interrumpió bruscamente mi lección.

—Sí, maestra, —le repliqué, agitado ante la mirada de todos, la mirada disimulada de Soledad y la mirada indignada de la maestra, al tiempo que se desencadenó una rechifla, que encabezaba Samuel; quedé pasmado y sonrojado. Bastaron solo instantes para que el timbre anunciara el fin de la jornada y, entonces, me dije:

—¡Salvado por la campana!

Años y más años y la misma situación. ¡Qué jartera! ¡Vaya!, la escuela parecía el hato del abuelo Diógenes; lo suelo acompañar a cambiarlo de potrero y con qué destreza la maneja. Lleva sal y, con solo indicarles, las vacas siguen detrás suyo, sin poner resistencia; es más, sin ni siquiera hacer desorden. Oír, obedecer y hacer; jamás refutar a la autoridad, a la profesora sabelotodo. Siempre me ha inquietado ¿cómo relacionarme con el otro? O, mejor, con la otra, ¿la maestra Claudia? ¿Hasta qué punto debe llegar la relación de la otra, la profesora Claudia, y yo, el estudiante? ¿Hasta qué punto la profesora se debe afirmar como tal y el insignificante estudiante dejarse negar? ¿Cómo me afirmo, desde qué punto y código lo hago? Creo que, si hiciera lo contrario a lo que la maestra me dice, seguro, en la escuela, me castigarían y ni qué decir en casa. Peor refutarla, pues, a veces, soy consciente de que comete errores, o las cosas no son tal como ella las expone. Esta cultura, nos tiene jodidos.

Bueno, con respecto a cómo afirmarse: la profesora se afirma en tanto razón; es decir, respecto del conocimiento que cree poseer, el poder que tiene. Creo que, al menos para algo me sirvió la filosofía para niños que un profesor, sudoroso, maloliente, de melena y barba larga, me impartió por allá en la primaria. Supe, después, que si la maestra Claudia se afirmaba, como ya dije, en tanto razón, eso se traducía en poder, según Foucault. El negar o legitimar al otro, según recuerdo, constituye el código de valoración. Ahora bien, el poder conduce a la represión, al dominio; por tanto, se lo deberá evitar a toda costa. Es que, por lo que he podido darme cuenta, el discurso educativo es precisamente eso: la eliminación del otro; es decir, la maestra Claudia trata o me elimina.

Consideraría seriamente, en el futuro, ser profesor. Parecía genial eliminar a los demás, sin necesidad de descargar ráfagas de fusil. Luego, supe que él, yo, tú, la maestra Claudia... somos seres culturales. Para que hubiera una armonía entre los culturales, es decir, un diálogo fraterno, entre el yo y la maestra cultural, se debía apostar a la aceptación de la diferencia. Si ya no existiera la maestra Claudia, como la única conocedora de la verdad, es decir, como la unidad, el todo, el centro..., sería posible la relatividad. Eso posibilitaba, sin duda, la realización, la existencia auténtica, el yo ideal.

¡Oh!, genial, ¿verdad?... ¡Je, je! Pues, sí, es decir escaparse del poder, de la autoridad, de la imposición; no pensar cómo piensa la maestra Claudia, eludir a como diera lugar la inautenticidad, como —lo supe después— diría el maestro Heidegger. Precisamente este gran maestro lleva a reflexionar con respecto a este concepto. La existencia inauténtica,

sencillamente, la crea el otro. En este caso, yo no debía ser un vil reflejo de la maestra Claudia; no, para nada, ni mucho menos de los discursos neoliberales que se imparten en la academia; peor aún, de los medios de comunicación parcializados; de ser así, me perdería en el anonimato, perdería mi conciencia; no debo solo obedecer y hacer lo que ellos quieren que haga.

Es que la maestra Claudia y los demás, (nos y) me veían como ente, sujeto, ser meramente trascendente. Para salirles por la tangente, (nos y) me debo ver y pensar en tanto verbo. Verbo, vaya clases de verbos; no le voy a quitar méritos a la maestra Claudia; debo reconocer que es una exquisitez estar en sus clases de conjugación de verbos; pero ¿qué pasa maestra? Hay que practicar y aplicar. El verse y pensarse en tanto verbo despierta y desarrolla la conciencia en tanto ser. Estas actitudes, obviamente, van a contrastar y marcar diferencia con el rebaño pasivo del abuelo Diógenes. Así, no defraudaría al ilustre Heidegger y posibilitaría el arte de mi realización. ¿Oye?, ¿sigue ahí?... Cualquiera diría que me la he fumado verde. ¡Ja! Verdad que en los colegios se la pegan, pero yo no; ¿me cree?...

Desde afuera, el ruido ensordecedor y desbordado del timbre, invadía cada espacio del colegio. Allá en el exterior, frente al jardín de heliconias, de espaldas, me esperaba Soledad. Sentía pesados y torpes los pasos, al dirigirme hasta donde Soledad se hallaba. Faltando escasos dos o tres pasos, Soledad giró y me ayudó con los que me faltaban. Estaba apenado, sinceramente no sabía que decirle. Ella habló por mí, con un fuerte abrazo. Siempre supe que los dos éramos el uno para el otro: “es increíble que en el mundo existan tantas personas parecidas a uno, almas gemelas; pero aún más increíble es tenerla tan cerca”... —recordé lúcidamente un escrito que guardo celosamente. Salimos del colegio, agarrados de la mano, hablando, como siempre, de múltiples cosas, pero de ninguna en concreto. Pasados unos cuantos minutos, llegamos hasta el patio de su casa; siempre la acompañaba.

—Mi madre riega el jardín, —me advirtió Soledad, en voz baja.

—Sí, yo termino el trabajo en grupo y mañana lo llevo, —le dije, para corresponder a la advertencia. Nos despedimos, mientras hablábamos con las miradas. Ella, sobre el umbral de la puerta de su casa, me observó, como siempre, hasta cuando doblaba la esquina.

—¡Las benditas treinta páginas!, la tarea de la maestra Claudia, —me grité internamente. Recordé la palabra, pero no sabía su correcta escritura. ¡Vaya dilema!, pues carecía de un diccionario; por tanto, recurrí a buscar ayuda. A cuatro o cinco cuadras de mi casa, rentaba una habitación mi profesor de biología. Me dije:

—Él es tu salvación y el más indicado. —Era un hombre alto, fortachón, de piel blanca, de duro carácter. Por lo que tenía entendido, era ingeniero de profesión, pero, por cosas de la

vida, jamás ejerció esta disciplina. Siempre me había inquietado esta situación: ¿Por qué el quehacer docente tenía que ser el escampadero de otras profesiones? ¿Será que, en un futuro, si llego a ser docente, me permitirán ejercer como ingeniero? Por cosas como estas y otras tantas incoherencias, ¿será que la situación está cómo está?... En fin...

Salí. Afuera, la lluviosa tarde, llevaba a que todos se inclinaran hacia adelante y caminaran con más prisa. Con la misma expresión y a la misma velocidad, saltando de piedra en piedra, me dirigí a la casa del profesor Marco. Cuando faltaba media cuadra, observé que el profesor se hallaba en la ventana de su habitación, con la mirada estática, viendo llover. De pronto, entre los vidrios nostálgicos y húmedos, vi como me saludaba, agitando la mano; a los pocos segundos, salió a abrir la puerta.

—Profesor, buena tarde, —dije por costumbre, pues no tenía nada de buena.

—Buenas tardes, García, —replicó, en seguida—. Y eso, ¿qué te trae por acá, que ni la lluvia fue impedimento para que salieras?

—Las tareas, las tareas..., —le respondí, con una sonrisa zalamera y guiñándole el ojo.

—Bueno, dime ¿en qué te puedo ayudar?

—Profesor, es algo fácil; bueno, para usted, —le aclaré.

—Dime.

—Profesor, pues, por estar despistado en la clase, la maestra Claudia me dejó de tarea escribir treinta páginas con una palabra, que no sé si se escribe con *h* o sin *h*.

—¿Cuál palabra?

—*Ubicar*, —le respondí. El maestro, con una sonrisa y seguro de sí, respondió:

—Se escribe con “*h*”.

—¡Ah, ya!, —y, obviamente, no iba a poner en tela de juicio su seguridad y sabiduría.

—Eso era, profesor. Le agradezco mucho, como siempre, y ahora regresaré a casa a realizar esa tarea.

—Bueno, García.

—Hasta mañana, nos vemos mañana en el colegio, —le dije.

—Hasta mañana, ¡éxitos con tu tarea!, —concluyó el maestro.

Al despuntar el día siguiente, con mi tarea bajo el brazo, estaba en el patio de la casa de Soledad, como de costumbre. Siempre puesta la mirada en la ventana de su habitación, veía, entre la cortina vaporosa, su silueta y los gestos delicados de los últimos retoques que le daba a su cabellera. Seguido, abría media cortina para observarme y me saludaba con una reluciente y fresca sonrisa. Mi corazón rebosaba de complacencia. Era evidente cómo la madre de Soledad, todos los días, desde la otra ventana, siempre espiaba mi llegada; lo podía sentir, sin ni siquiera verla. Siempre esperaba, ansioso, el ruido que hacía la puerta al quitar el seguro, pues esa era la señal de que, en seguida, Soledad aparecería sonriente, oliendo exquisito, con su cabello húmedo meciéndose con la brisa. Sentía celos de ella, pues era la primera que la acariciaba.

—Buen día, complemento mío.

—Buen día, —y oía una voz melodiosa. Disimulaba cualquier acción que evidenciara ante la madre el interés que se gestaba por su hija, mientras esperaba que el giro a la cuadra jugara en mi favor. Después, un abrazo inocente, carente de malicia y malas intenciones, intercambiábamos con Ella.

—Y, ¿cómo le acabó de ir con su tarea?

—Bien; ¡gracias por preguntar!, —contesté a su pregunta. Mientras llegábamos al enorme portón del colegio, las miradas y sonrisas hacían lo propio por nosotros. En contados instantes, el aparato estridente hacía correr con más prisa a los chicos, a sus padres y acompañantes, a Soledad y a mí, antes de que el conserje autoritario cerrase el portón. Al interior, las paredes guardianas eran testigos del ir y venir, en todas direcciones, de los estudiantes presurosos en busca de sus aulas.

Ese último día de la semana, a primera hora, mi grupo tenía castellano, por lo que las treinta planas con la palabra encargada por la profesora Claudia debía estar lista y entregarse. Soledad y yo siempre nos ubicábamos juntos, en la primera fila y ocupábamos los dos puestos de la parte superior derecha. Pasaron segundos y la puerta se abrió; todos de pie y al unísono:

—¡Buenos días, maestra Claudia!

—¡Buenos días! Pueden tomar asiento.

—¡Gracias!, —y el coro inundaba el aula.

Samuel, como de costumbre, siempre se adelantaba en todas, menos en sus obligaciones.

—Tus planas, García, —oí a mis espaldas; como cosa curiosa, siempre se ubicaba tras mío. Al instante, la maestra Claudia dijo:

—¿Me permites la tarea?

—Sí, claro; aquí está. —Entregué mi trabajo con un aire de satisfacción y seguridad. La profesora lo revisó y, casi al mismo instante, me devolvió una mirada molesta. Samuel estaba atento a los gestos de la maestra, por lo que lanzó un cuestionamiento inmediato:

—¿Qué pasó profe? ¿García no pudo ni con eso?, —mientras esbozaba una sonrisa sarcástica. Creo que la maestra fue un tanto apresurada, pues se dirigió al tablero y escribió, en letras enormes, “Hubicar” y preguntó:

—¿Ustedes creen que esta palabra está escrita correctamente? —Algunos callaron, otros vociferaron, pero no percibí lo que expresaban, pues mis dudas y el bullicio ya habían logrado que me aturdiese; Samuel lanzó una respuesta casi humillante, entre carcajadas:

—¡Ubícate vos! ¡Estás en el lugar equivocado! ¡Eso te pasa por andar enamorado!... — Sentí que un calor insoportable inundó mi rostro, mientras la mayoría del grupo festejaba por mi desgracia. Soledad me lanzó una mirada sincera y breve de apoyo, pero no fue suficiente para sosegar ese mal rato. Sí, efectivamente había cometido el gigantesco error de escribir las treinta páginas con la palabra erróneamente. Recordé que busqué apoyo, ante mi ignorancia y duda, pero no dije nada. Bueno, tras unos instantes, la profesora puso orden en su clase y el escándalo se fue serenando.

Hago memoria que faltaba una semana para que terminara el año escolar. Ahora, el error con mi tarea se multiplicaría; de eso estaba seguro y, sin duda, así fue. Para la siguiente clase, las treinta páginas pasaron a ser un cuaderno entero de planas, en que se repitiera la misma palabra. Era una semana muy difícil, pues, como ya se dijo, era la última del año escolar. Entregar trabajos, presentar evaluaciones, entregar cuadernos, en fin. Mientras hacía memoria de esto, la maestra elaboró un bosquejo de la última clase y, para finalizar, también recordó el cronograma de las actividades finales. De nuevo, el ruidoso aparato jugó en mi favor y lo oí que sonaba a lo lejos. ¡Bendita la hora en que repiqueteó, se terminó la clase! Miré a Soledad, ella hizo lo mismo y le insinué con la mirada que esperáramos a que todos salieran, para luego hacerlo. Ella me conocía tan bien, que me entendió.

Afuera, sentados en las amplias escaleras que sabíamos frecuentar, no tocamos el tema de lo que había sucedido en el aula. Así era nuestra rutina. Evadíamos lo que nos podía hacer daño, no le dábamos importancia a lo que no merecía nuestra atención. Volábamos libres en nuestros sueños, pintábamos juntos nuestras ilusiones, mientras otros entorpecían su tranquilidad con trivialidades y se dejaban absorber por las malas rutinas de las colectividades.

Esa mañana, Soledad me relató, por largo tiempo, que los maestros la habían exonerado de trabajos, evaluaciones y todo lo demás. Sin duda, se lo merecía, pues era una chica muy

aplicada y responsable. Hablamos tanto, y de tantas cosas importantes para nosotros, que ya poco nos importó el resto de la jornada.

Poco a poco, las paredes del colegio se habían ido relajando, pues, ya no oía sus respuestas inmediatas a los ruidos y escándalos de los chicos. Esas estructuras gigantescas se notaban desiertas, frías y vacías. ¿Sería posible que las instituciones pudieran ser más que estructuras rudas de concreto? ¿Habría la posibilidad de que marchasen sin sus normas obsoletas, sus servicios selectivos, sus reglas antiquísimas, sus usuarios convertidos en mercancías, sus investiduras autoritarias, sus quehaceres pasivos antes las políticas estatales, donde solo le den prioridad al oír y obedecer?... Pues sí, la escuela tiene que ser más que eso, más que estructuras de concreto, más que paredes con límites asfixiantes, donde a los aprendices no debieran tratarlos como mercancía y que estuvieran libres de estereotipos; donde la vocación estuviera por encima de los intereses económicos, donde el otro no fuera sinónimo de maquinaria de poder, donde la educación no fuese más que un dispositivo reproductor, donde la educabilidad respondiera a ser educado en tanto formación; que la praxis se preguntase por el ser; que el profesor amara su profesión y fuera el profeta que diera testimonio verdadero de la realidad y que enseñara a los educandos los caminos de la emancipación, la sana revancha, la resistencia, la lucha sana; que el docente posibilitase y fortaleciera el carácter crítico ante la cultura dominante, para que fuera artífice y combatiente activo contra la estupidez humana. Finalmente, que orientara a registrar y a fortalecer el lado humano y que poseyera magia en abundancia, que es el componente imprescindible que permite crear cosas a través del lenguaje.

Una mano enorme y pesada descansó sobre mi hombro derecho; era la del conserje, que me indicaba que ya era hora de abandonar las instalaciones de la escuela. Soledad descansaba en mis brazos, tenía los ojos cerrados, por lo que supuse dormía, de modo que busqué la forma más sutil de despertarla. Un beso suave sobre su frente hizo las veces de alarma; abrió los ojos y, en ellos, vi cómo la tarde nos había sorprendido.

—Vamos, es hora de salir, —le dije. Ella, que disimulaba que había estado ausente por largo tiempo, me sonrió y correspondió a mi llamado.

—Vamos, —le oí que decía en su voz opaca, que escapaba de entre sus labios.

Paseé ligeramente la mirada a mi alrededor, ya todo estaba desierto, como desierta estaba mi mente, pues me hallaba igual o más confundido que la ausencia innegable de Soledad; sentía pena y temor, porque quizá no respondí, no negué o aprobé, lo que hubiera podido platicarme. Solo a lo lejos, justo a la entrada del aula de docentes, vi de espaldas al profesor Marco, que aseguraba el salón; quise salir apresurado y relatarle lo que había sucedido en la mañana con la tarea, pero me contuve.

En ese entonces, puede ver que el conserje había traído consigo nuestras pertenencias hasta la entrada, por lo que, en seguida, nos dirigimos hacia allá. El conserje nos entregó nuestros bolsos, las chaquetas azules marinas del uniforme de Educación Física y el paraguas de Soledad, que se combinaba en dos colores, azul y blanco, divididos verticalmente en partes iguales. Recibí las pertenencias, cargué cruzados los dos bolsos, pues eran de manos libres; el de Soledad era de una marca reconocida en tanto el mío era solo una mochila tejida en hilos de color negro y color hueso. Así, nos despedimos del conserje que, cosa rara, nos despidió con amabilidad, pues siempre tenía un carácter fuerte y su mirada solía estar oculta bajo una gorra negra, desteñida por el sol por el transcurrir del tiempo.

—Hasta la próxima semana, —le dijo Soledad.

—Hasta el martes, niña hermosa, —le contestó el conserje—. Recuerden que el lunes es festivo, —agregó, mientras el ruido del portón iba dando por terminada la despedida.

Afuera, la sangrienta tarde se filtraba por entre los cañales, mientras ondeaban con la suave brisa. Calor, sofocante calor emanaba de la tierra desértica de las calles. Olor, exquisito olor de panela fresca, penetraba en nuestras narices durante efímeros segundos y anunciaban, a la distancia, que el labriego ya casi terminaba con su larga y dura jornada. El cielo rojizo cobijaba toda la Pampada, al mismo tiempo que un grupo de gallos de roca andinos pasaban fugaces y clausuraban el día y, a lo lejos, el eco del canto de las pavas de monte le rendía homenaje a la agónica tarde.

Noté una ligera intranquilidad en el semblante de Soledad; no indagué, pero estaba claro que le preocupaba que la tarde nos hubiera sorprendido y, para tornar mayor la preocupación, estaría pensando en su madre, su impaciencia, su ansiedad, y en cuáles serían las respuestas a sus preguntas. Para ayudarle con la zozobra, le propuse que apostáramos al que reuniera más orquídeas y heliconias, mientras llegábamos hasta su casa. Su respuesta fue afirmativa y, con ello, el retorno fue más ligero y tranquilo. Una cuadra antes de llegar a su casa, resultó evidente que Soledad había ganado la apuesta; tenía entre sus brazos una gran cantidad de flores; yo tenía un poco menos, pero había seleccionado las mejores orquídeas de todos los colores. Advertí, en mí interior, que la madre de Soledad estaría atenta a nuestra llegada y así fue. Cuando faltaba una media cuadra para llegar, observé que ella podaba su jardín, aunque era evidente que poco lo necesitaba. Permití que Soledad se adelantara e hiciera lo propio con su madre. Pasaron unos instantes y vi que gesticulaban pacíficamente; Soledad recibió un beso en la frente y, en seguida, entregó el ramo de flores a su madre, que entró a su casa, y Soledad me devolvió una mirada, junto con una sonrisa; me acerqué y pude ver que, ahora, su rostro revelaba tranquilidad y descanso.

—¿Todo está bien?, —le pregunté.

—Sí, no te preocupes, —repuso, serena.

La noche deshizo la poca luz que aún permanecía. En el patio de la casa de Soledad, había unos bancos de madera rolliza, cortados con una sierra, que tenían espaldar, eran muy cómodos y caían bien a cualquier hora. Sentados, durante largo rato, fue más amplio el mutismo que la charla que entablamos. Un manto negro y helado, con luces temblorosas, nos cobijaba desde lo alto; sin embargo, en ese largo mutismo, Soledad, me relató lo que una de sus amigas le había dicho, algo respecto de su personalidad; claro, no me dijo el nombre y, como yo le conocía unas tres amigas de confianza, no supe de quien se trataba. Para ser sincero, me moría de curiosidad por saber quién sería y todo lo que le había confiado, sin omisiones; no obstante, no fue posible.

Por lo que Soledad me dijo, esto había sucedido un 23 de enero, a las afueras del pueblo, cerca de una cascada, con el canto de las aves, junto al verde de las montañas, entre débiles centellas filtradas por entre las copas de los árboles de caucho, los hojarascos frondosos, las palmeras imponentes que besaban el cielo, los cedros majestuosos, los yarumos blanquecinos, con la música de fondo del murmullo del riachuelo.

—Mi amiga me advirtió que la oyera con atención y que no la interrumpiera, al tiempo que espantaba con una hoja seca a las abejas fastidiosas: “Las confesiones suelen ser un tanto embarazosas. Desde siempre he querido contarte algo que me sucede, respecto de mi personalidad; siempre lo he intentado, pero jamás me había atrevido, pero hoy ha llegado el día... He inventado una personalidad que no obedece a mi verdadero ser y ya con eso te digo mucho. Creo que es hora que lo sepas; eres una de las pocas personas en quien confío y, para hablarte con la verdad y serte honesta, debo hacerlo. Después de que sepas de lo que se trata, espero que tú también me hables con la verdad y me digas qué piensas de eso y si en adelante puedo seguir contando contigo, como hasta ahora... Es una cuestión que me atormenta desde que tengo uso de razón. No sabes lo difícil que es vivir con esta carga a cuestas, con esta maldita disyuntiva; con esta asfixiante angustia, que me consume lentamente; es un absurdo sin sentido... Lo he padecido por muchos años, pero esta situación ya no la soporto. A veces, quisiera salir corriendo, gritarle al mundo lo que me pasa y restregarles en la cara que me importa un carajo lo que ellos piensen... pero esto es más poderoso que mi fuerza de voluntad; luego, me ata, me atrapa, me hace más inútil... ¡Repugnante sociedad excluyente!...”

—¡Soledad!, —gritó a toda voz la madre de la niña de piel porcelana desde el interior de la casa. Ese grito nos sorprendió y nos dejó más helados que antes, pues la noche nos había arropado por completo. Soledad me miró, entre la oscura noche, y pude percibir una mirada difusa y un adiós profundo. La abracé delicadamente, mientras le entregaba el ramo de orquídeas y heliconias y, entre sus perfumes, intercambiamos un hasta pronto.

Cuando estaba a su lado, el tiempo parecía no existir o, por lo menos, era lo que menos nos importaba. ¡Al diablo el tiempo físico y metafísico! Bienvenido el tiempo *Da-sein*, yo soy

el tiempo, nada me determina, yo construyo mi ser. Soledad y yo somos seres en el mundo, en tanto seres existenciales, porque nos pensamos como tales y eso es lo único que importa. Sin embargo, el tiempo físico y metafísico parecen ineludibles. Supe que era la una de la madrugada, porque, al llegar a casa, la mujer de estatura pequeña, piel blanca, cabello claro, y de rostro evidentemente marcado por los años, me lo dijo. Ella, como siempre, se desvelaba detrás de la cortina de su ventana; custodiaba fielmente mi regreso. Me sentía un miserable, responsable de las huellas en su rostro, de sus párpados cansados. Era como un vaticinio, aquello que un día había experimentado: "... seca las lágrimas que laceran las mejillas de tu madre, pídele de rodillas su perdón, que su corazón rebosa de abundancia..." ¡Vaya congoja, vaya culpabilidad que me desgarraba!; sentía un escalofrío inexplicable; sin embargo, recurrí a un impulso casi agonizante y corrí a abrazarla con fuerza. Un beso en la frente y tres gestos de cruces me arroparon por el resto de la noche.

Fue un fin de semana interminable, más aún por el puente festivo; tuve que soportar tres días eternos, para volver a ver a Soledad. Sin embargo, el día esperado llegó. Martes, a primera hora, cuando escasamente rayaba el día, estuve en el patio, frente a la casa de Soledad. Ansioso, esperaba ver su silueta por la ventana y recibir su saludo. No obstante, la tardanza fuera de lo común me empezaba a inquietar. Esperé lo suficiente, pero todo continuó igual. En tanto tiempo de hacer lo mismo todas las mañanas, nunca me había atrevido a llamar a la puerta; esta vez sucedió, así lo hice. Muchos intentos, pero no obtuve respuesta y, como contaba con el tiempo justo para entrar a clases, decidíirme apresuradamente. Mientras dejaba atrás la distancia que separaba la casa de Soledad del colegio, supuse que ya ella se había adelantado, aunque esto jamás solía suceder.

—Buenos días, —saludé al conserje.

—¡Buenos días! —escuché una voz de alguien que no me daba la cara.

—Señor, ¿usted me da razón si ya Soledad ingresó?... —El conserje se giró y me dijo:

—Es verdad que soy un hombre aún lúcido, pero no me pida que tenga en cuenta a una sola persona, entre los cientos de chicas y chicos que ingresan.

—Dispense, su merced; tiene razón, —respondí, mientras terminaba de ingresar. Me apresuré hacia el bloque donde se ubicaba mi aula; iba rápido y un tanto despistado, por lo que, al girar la esquina, choqué de frente con un grupo de estudiantes de otro grado.

—¡Disculpen!, —solo eso expresé, mientras que ellos, alborotados, murmuraban muchas cosas al tiempo; igual, no les presté atención y seguí mi camino. Llegué al aula 203 e ingresé; mi primera mirada no vaciló y se dirigió hacia los puestos que solíamos ocupar con Soledad; el suyo estaba vacío, lo que me impactó y me inquietó aún más, tanto así que ni siquiera saludé. Ya todos los demás se encontraban en el aula, incluso el profesor. De

espaldas al tablero, el profesor Marco comenzaba a escribir sus primeros apuntes; era martes y los martes, a primera hora, teníamos Biología. Ocupé mi lugar y traté de serenarme, para evitar cualquier comentario mal intencionado.

—Y, ¿qué es de tu princesita?, —le oí a una voz entre dientes, que llegaba a mis espaldas. Era el imprudente Samuel, que no se perdía una. Simplemente, omití la pregunta y seguí haciendo el esfuerzo de prestar atención a la clase del maestro, como si nada sucediera. Digo haciendo el esfuerzo, porque, a lo largo de la clase, me la pasé pensando en lo que podría haber pasado con Soledad. Finalmente, le di una respuesta a mis pensamientos. Recordé que el último día de clases, de la semana inmediatamente anterior, Soledad me contó que la habían exonerado de evaluaciones y trabajos debido a su buen promedio, por lo que supuse que a eso se debía su ausencia.

Así transcurrió el día martes, el miércoles y todo el resto de la semana. Iba a clases, con la esperanza de encontrar a Soledad en el colegio; de verla en las mañanas en su casa, en las escaleras que solíamos frecuentar, pero nada. Su casa se notaba sin vida y en silencio absoluto. Esta situación me estaba consumiendo. El viernes en la tarde, último día de clases, observé desde las escaleras como todos celebraban el fin de la secundaria. Chicas y chicos que iban y venían, se abrazaban, se felicitaban; rayaban sus sudaderas, pero Soledad nada que aparecía. Desolado, en las escaleras de siempre, guardaba celoso su espacio, para que llegara a ocuparlo... No obstante, no lo hacía. De pronto, se acercó una de sus tres amigas y me entregó una nota. La verdad me negaba a abrirla y, peor, a leerla. Más tarde, entre interrogante, suposiciones e inquietudes, decidí hacerlo.

Hola,

En primer lugar, te expreso y te envío un saludo afectuoso; espero y deseo te encuentres bien. Supongo estarás algo desconcertado por qué no he vuelto al colegio, ¿verdad?...

En segundo lugar, paso a contarte que mis padres, y su imposición absurda de que haga lo que ellos quieren, la madrugada del sábado, luego de que estuvimos en el patio de mi casa, inmediatamente ingresé, ya todo estaba preparado; pues, decidieron mudarse a la ciudad y no hubo poder humano que los hiciera cambiar de parecer... Te imaginarás cómo me encuentro, destrozada, mis alas trasquiladas, sin sueños...

¡Perdóname! y nunca me olvides...

Hasta siempre,

Soledad.

Quedé pasmado e impotente..., mis piernas no soportaron que me pusiera de pie, por lo que decidí continuar en el mismo lugar, en el que ya llevaba largo rato. Fue como si el aire se me acabara; como si la vida, para mí, terminara... Me sentí vacío, inútil, solitario... Desde

entonces, en aquellas escaleras, donde todo era hermoso, alegría, plenitud... y ahora es silencio, vacío, frío y ausencia... espero su regreso.

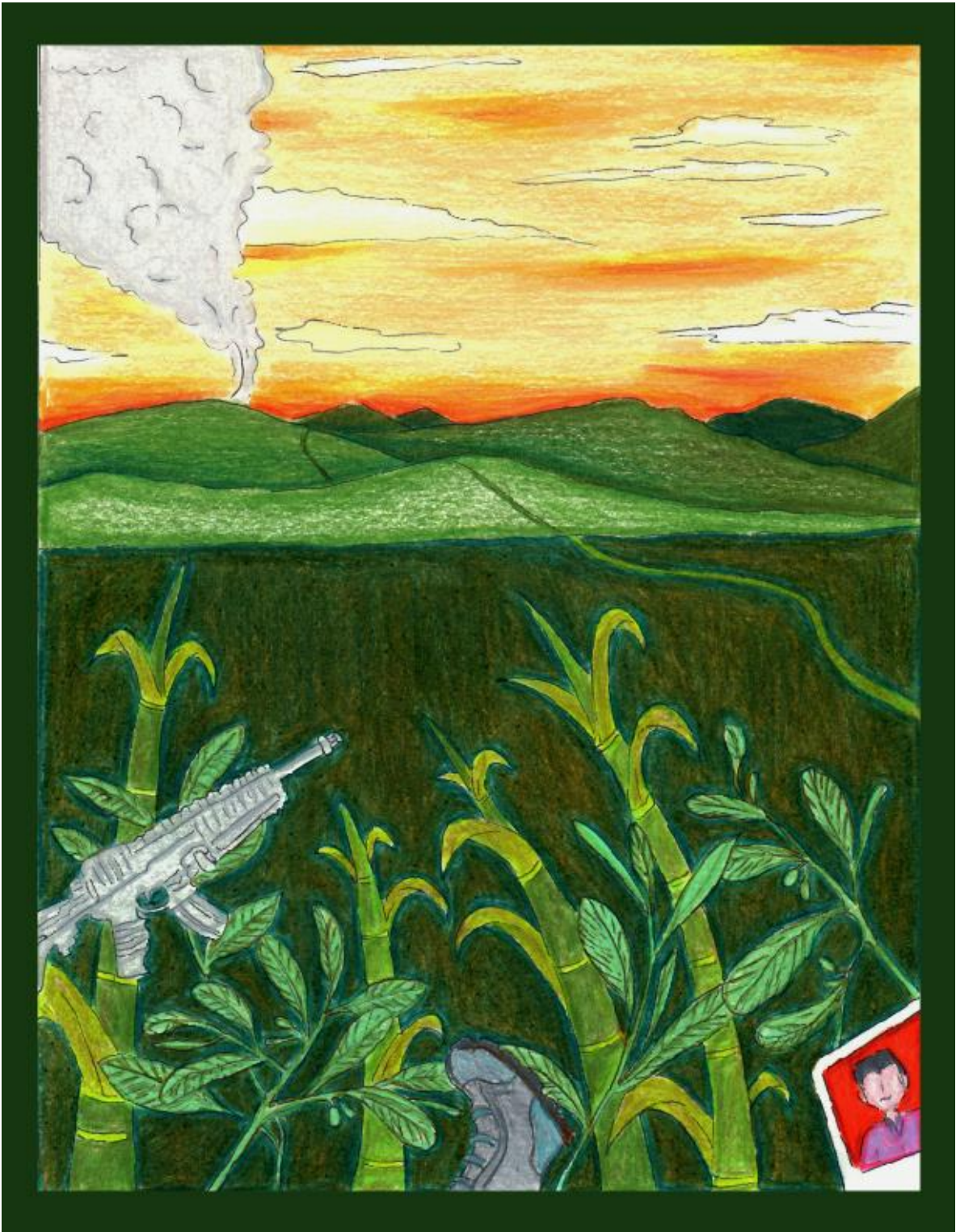


Figura 3. Asolamiento. Lápiz de color sobre Cartulina Durex.

CAPÍTULO III

¿HÉROES O SERVILES RESIGNADOS?

Ningún bastardo ha ganado jamás al morir por su país.
Ganó por hacer al otro pobre bastardo morir por su país.

George S. Patton

La vida está llena de etapas. En el lento acontecer de estos días, culminaba una de ellas. No era cualquier etapa, era la mejor, y, ¡caray, qué etapa! Uno simplemente debe aprender a romper vínculos y enfrentar la siguiente.

—¡Malditos gritos! Sueños inconclusos. Órdenes escandalosas. Dianas psicóticas. Golpes innecesarios. Marchas interminables. Duchazos fugaces. Soeces acciones... Allí me hallaba... —oía que relataba un experimentado reservista.

Mientras hacía memoria de aquel relato ligero, una escena como esta se sobreponía a mi mirada: un gigantesco alojamiento rectangular, catres uniformemente atalajados, hombres de todos los puntos cardinales, un armerillo que sostenía fusiles ordenadamente, la tricolor de mi patria, otra de las fuerzas estatales, un escudo con el lema: “Patria, honor, lealtad”; una guitarra melancólica y un coro de voces masculinas que entonaban una canción titulada: “Amigos”, acompañaba la tarde oscura y desconsolada, en la periferia de una ciudad helada y desconocida.

Vi cómo, en un patio de tierra seca y polvorienta, había un cúmulo de gente. Hombres de todas las tallas y de todos los tonos de piel se hallaban dispersos sobre la figura rectangular del patio. Hombres vestidos con uniforme se paseaban de lado a lado. Uno de ellos, sobre el que, para mis adentros, me decía:

—Ha de ser un comandante, —salía y entraba por un pasillo que conducía al dispensario y, con una lista enorme entre sus manos, llamaba de cinco en cinco a los hombres de la multitud, para llevarlos hacia el interior. Un hombre vestido de blanco, de estómago pronunciado, con lentes enormes, que desdibujaban sus ojos, hacía que se pusieran en fila los tímidos hombres y les ordenaba se quitaran la ropa. Éstos, con recelo y cruzando las miradas entre todos, cumplían con la orden. Solo oía:

—¡Apto, apto! —De pronto, ya era mi turno. Sentí una mano tosca, cubierta por un guante de látex, que tocaba mis testículos. En seguida, exclamó:

—¡Apto! —Así, uno a uno íbamos pasando lo que llamaban exámenes; por cierto, muy mediocres en mi concepto. Después de unos minutos, el que suponía era un comandante, desde el fondo de un pasillo, nos hizo señas de ir hasta donde estaba y esperaba una respuesta ágil. Así lo hicimos. Al final de dicho pasillo, había una puerta y, justo al frente de ella, un escritorio pulido de buena madera; detrás de él, una hermosa rubia sentada, que diligenciaba unos formatos. Uno a uno fuimos pasando. Oí, en baja intensidad, una serie de preguntas, entre las que recuerdo:

—¿Fumas?, ¿ingieres algún tipo de alucinógeno?, ¿has tenido intentos de suicidio?..., —entre muchas otras preguntas, sobre las cuales no doy clara fe. Las mismas me repitió la rubia, cuando pasé hasta su escritorio para el interrogatorio. En ese entonces, supe que la rubia era de apellido Valencia. Justo al lado derecho de su bata, color azul verdoso, leí: Doctora Valencia. De modo que se trataba de una doctora que, al final, dijo:

—¡Bienvenido a la milicia!, —seguido de pasarme su mano y estrechar la mía, que extendí en un gesto casi involuntario. Apenas entendía lo que estaba pasando.

Una fila infinita de hombres, asustados, veía delante y detrás. Hombres de pieles oscuras, mulatas, blancas, de rasgos indígenas; con cortes de pelo a la moda, cabelleras lisas, rizadas y enormes. Unos dragoneantes serviles se burlaban la suerte de los hombres y alardeaban de su miserable superioridad; cortaban mechones de cabellos, los ponían en ridículo ante la mirada de los otros, quienes fingían reír, como si aprobaran lo que veían, temerosos de enfrentarse a lo mismo o a peores ridiculizaciones.

—¡Bienvenidos al infierno!, ¡bienvenidos al comedero de mierda!, —le oí que decía un rolo boquituerto, de apellido Henao. En ese entonces, no supe qué quiso decir con eso, ni sobre la dimensión de sus soeces palabras. Solo objeté, en silencio:

—Debería limpiarse esa boca. —Suficiente fue oírle esas palabras al rolo, para saber que, en adelante, no congeniaría con él.

De pronto, estuve frente a un espejo rectangular que cubría toda una pared. Un hombre de delantal oscuro, con fondillos a lado y lado, con tapabocas, con pantalón de jean azul desgastado, que tenía una mirada seria y dos arrugas pronunciadas en la frente, de pronto sacó una máquina que rechinaba y, como era natural, fastidiaba. Me la pasó desde la frente hasta la nuca. Observé un camino que dividía mi cabellera en dos partes. Bastaron pocos instantes para que me quedara absolutamente sin cabello. Oía que unos hombres, vestidos de camuflado, decían:

—La chuler. —Este era un término nuevo para mí, pero, igual, no les presté mucha atención, pues me pareció más atrayente enfocarme en mi nueva apariencia y el frío que invadía mi cabeza.

Después de la motilada, me vi sometido a otro interrogatorio, como si no hubiese bastado con el que ya me había realizado la rubia. Ahora, el turno de un nuevo cuestionario era para un hombre vestido de civil. Algo nervioso y casi al instante, respondía con monosílabos a sus preguntas difusas e intimidantes.

—Debemos saber de dónde son ustedes, de dónde vienen, a qué se dedicaban, quiénes son sus familiares, por qué están acá, —señalaba el hombre de civil, mientras yo prestaba atención a los cuadros colgados en las paredes, mientras simulaba una aparente calma. Después del interrogatorio, el civil, en colaboración con un uniformado, se dio a la tarea de sacar las huellas dactilares de cientos de hombres, como si se tratase de los peores delincuentes. Bueno, en realidad no sabía en lo que me estaba metiendo, pero disciplinadamente acataba todas las órdenes. En esas actividades, transcurrieron, quizás, tres o cuatro días.

Ya el círculo más cercano a mi familia se había enterado de lo que estaba sucediendo. Ya, en ese entonces, también cruzaba palabras con algunos chicos, de apellidos Paredes, López, Herrera, Nupán y Guamialamag. A la madrugada, cuando la ciudad desconocida era más fría, nos hallábamos agrupados en una zona verde, bajo las órdenes y la vigilancia de los dragoneantes Rincón, Pérez y Henao. La zona verde estaba separada de la calle aproximadamente unos ochenta o cien metros. Cuando levanté la cabeza, vi a esa misma distancia como Franjú y la mujer de estatura pequeña estiraban sus cuellos, como si buscaran algo o a alguien. No buscaban algo, me buscaban a mí. Supuse se les dificultaba distinguirme, pues todos vestíamos de uniforme, por lo que opté por ponerme de pie, levantar la mano y agitarla. Mi gesto tuvo una positiva recepción. Vi como ellos, también, agitaron las suyas; quise salir de prisa a saludarlos, así fuera por unos segundos. Hablé con el dragoneante Rincón y le pedí el favor de dejarme acercar hasta donde estaban; conté con suerte mientras el boquituerto se dio cuenta de que abandonaba el grupo:

—¡Eh, tú!, —oí, por lo que giré y le lancé una mirada, mientras fingía que no era conmigo.

—Sí, tú, paloma, ¿a dónde crees que vas?

—No, a ninguna parte, —le respondí, como si apenas cayera en la cuenta de que era conmigo.

—¡Vuelve a tu lugar!... —Les devolví la mirada a Franjú y a la mujer y, de nuevo, les agité la mano, mientras ellos hacían lo mismo. Vi como partieron sin darme la espalda. La hermosa mujer de estatura pequeña iba alejándose lentamente; parecía que iba luchando con vehemencia, atada de pies, como sin querer dejar que escapara su alma. Ya al lado opuesto de la avenida, entre el ir y el venir de los fugaces autos, vi como su imagen se iba desvaneciendo, como me iba deshaciendo en mi abandono... Juro que fue la primera y última visita que recibí de Franjú, si es que a eso se le puede llamar visita.

Tres de la madrugada, de cualquier día. Aquí el tiempo parece detenerse, mientras afuera el mundo corre a prisa. Enérgicos gritos invadían cada rincón del alojamiento:

—¡De pie!, ¡de pie! ¡Volver a la realidad! ¡Todo ha sido un sueño! ¡Formar frente al catre!..., —se oía, entre otros malditos gritos, que interrumpían el breve descanso. Desde entonces, los sobresaltos no han dejado de acompañarme; es una constante turbación que está presente cada noche, a cada instante.

Uno se niega a concebir cómo puede estar despierto veintitrés horas, de las veinticuatro que tiene el día. Orden cerrado, instrucción, traspasado, obediencia, polígonos, volteo, sudor, consignas, himnos, arengas..., sinónimos de disciplina.

—¡Ay de ti, si yerras! ¡Ay de ti, si te quejas!... ¡Maldita sacadera de mierda!... o, mejor, ¡maldito comedero de mierda! —Recordaba lo que murmuraban días atrás unos serviles dragoneantes. Bueno, para bien o para mal, así es como te instruyen en las instituciones al servicio del Estado. Bien, esto ha sido, es y seguirá siendo así; así se forja la milicia de las instituciones que defienden la soberanía nacional.

En cierta ocasión, cruzábamos palabras con un campesino nariñense y me expresaba la barbarie que le ha tocado vivir por culpa del conflicto interno de este país. Entre lágrimas, me relataba cómo, después de haber tenido una familia muy numerosa y feliz, hoy se hallaba solo; solo y desesperanzado.

—Después de tener una esposa y cinco hijos, de vivir en tranquilidad y armonía, junto a mi rancho, a mis animales, a mis cultivos, rodeados de la magia de naturaleza..., hoy estoy aquí, solo, desamparado, acompañado de los dolorosos recuerdos, de las pesadillas que no me dejan dormir. Amanezco mirando cómo despunta el sol; veo pasar el tiempo lentamente y cómo se lleva consigo mis últimos alientos... cuando el sol se va ocultando, en las mismas circunstancias me veo..., me siento impotente, inútil, despojado de mis anhelos, sediento de verdad, en espera del retorno de los míos o de mi partida al encuentro con ellos; ansioso de que esta situación cambie... pero, por lo que veo, ya de esto mis ojos no darán testimonio... Si repudiamos los horrores de la violencia, ¿por qué nos empeñamos en seguir sumergidos y la alimentamos? Me entero por los diarios de que los diálogos establecidos para salir de esta crisis se han roto y los han mandado a la porra; de que condenan las acciones terroristas, al tiempo que les declaran la guerra a quienes las desencadenan. Claman justicia e invitan a marchar contra el terrorismo, pero unos cuantos ciegos, fanáticos, idiotizados e idólatras, durante esas marchas, actúan semejante o peor que ellos... ¡Pueblo ignorante y masoquista que va cargando el yugo sobre la marcha y le rinde culto a su verdugo, a su opresor!...

Años atrás, a dos de mis hijos varones los reclutaron las Fuerzas Armadas. En obediencia a las leyes del país, ahí estaban prestando el servicio militar...; no sé por qué se llama o se

dice “prestar servicio militar”; ¿acaso, algún día, ese servicio se lo devolverán?... Sí, me devolvieron, pero a mis hijos uno a uno, con los pies por delante... —Vi cómo se le escapaban unas cuantas lágrimas al humilde campesino y corrían por las arrugas de sus mejillas. Ágilmente trató de disimularlas y, con la esquina de su ruana, les cortó el recorrido. Y continuó con su relato:

—Mi esposa, mi hija chiquita y el hombrecito menor, una mañana trágica, cuando se encontraban ordeñando, en el potrero más lejano, infortunadamente cayeron en un campo minado y, ¿para qué continuar?, si basta con decir que ni siquiera pude despedirme de ellos ... —Por un largo rato, se quedó estático, mientras observaba fijamente la lejana montaña, como si me indicara que fue en ella donde pudo suceder la tragedia. Quedé paralizado y quizá más estático que él, con semejante crudeza de relato, con semejante desgracia.

—Con respecto a mi primogénito, aquí, viejo y acabado, aún sigo esperando su regreso. Mírelo, su merced, échele un vistazo, ese es mi muchacho, —y me pasó una fotografía que celosamente traía abrazada sobre su pecho. Mientras observaba cuidadosamente la fotografía y grababa en mi mente el rostro de su hijo, el campesino prosiguió con su relato:

—Llevo siete años esperando a que regrese. Cierta día, le ayudé a aperar su caballo colorado, le di mi bendición y partió para el pueblo a traer el mandado; desde entonces, no lo he vuelto a ver; no supe a ciencia cierta lo que le pudo haber pasado. Unos me dicen que lo secuestraron unos hombres armados. Otros que, por robarlo, le quitaron la vida y desaparecieron su cuerpo. Otra versión, según algunos vecinos, es que lo reclutaron los grupos alzados en armas, pero no tengo certeza de qué grupo lo hizo, ya que abundan, como abundan las plagas en este país... —A pesar de las innumerables lágrimas que este hombre ha debido derramar por su desdicha, noté como aún se le aguaban los ojos. Quise ayudarle a apaciguar su dolor, me dirigí hacia donde estaba y...

—¡Veintidós de pecho!, —estalló la voz de Henao en mis orejas. Con agilidad, seguí cumpliendo la orden, mientras, nuevamente, digería lo que tiempo atrás me había relatado el campesino. Recordé ligeramente lo que un día, en el aula de clases, Samuel, en forma sarcástica e hiriente, me gritó a mis espaldas:

—¡Ubícate vos! ¡Estás en el lugar equivocado!, —a raíz del chasco que viví con la tarea de las planas con la palabra ubicar. ¿Efectivamente, será que estoy en el lugar equivocado? ¿Samuel tendría razón? Y, ahora, peor, el relato del campesino solo empeoraba la situación. No obstante, ahí estaba.

Cánticos, arengas e himnos invadían el largo y ancho del campo de paradas. La espesa noche parecía iluminarse por los fuertes estallidos de voces uniformes, que iniciaban cuando la noche prematura caía y terminaban cuando apenas despuntaba el nuevo día. A lo lejos, un canto de gallo casi imperceptible se abría espacio para ir al compás con el coro de

la tropa. Esa noche hubo una revuelta en el alojamiento. Aparentemente una pertenencia de un comandante había ido a parar a manos de los dueños de lo ajeno. ¡Maldita noche, noche sangrienta!, como las tardes de verano de la Pampada. La consigna era darcientouna vueltas al campo de paradas, hasta que se produjera el vómito de las pútridas raciones, hasta el despenque, hasta que el vil traicionero hablara o, bien, hasta que el mismo responsable confesara para dar cuenta de la pertenencia hurtada y, así, dar fin al injusto suplicio.

—Por uno pagan todos, repetía Rincón. —Junto a Nupán, marchábamos al unísono de los botines, de cueros ásperos, que laceraban los tobillos. Superada la mitad del recorrido, Nupán ya parecía que no podía resistir más.

—¡Vamos, lanza!, —le decía, por lo que cobraba valor y continuaba. Veía como Guamialamag, Herrera y López borraban nuestros pasos.

El coraje, la insolación y la rebeldía, llevan a que tu pecho se hinche más; el apellido que llevas adherido a la izquierda de tu guerrera lleva a que cobraras más fortaleza y no te dieras por vencido, pues, detrás de ese apellido, se representa a toda una estirpe, todo un linaje, toda tu raza. Estos sucesos te recuerdan de lo que realmente estás hecho, llevan a que no haya imposibles y ofreces cada gota, hasta cumplir con la consigna.

Tres frases que no puedes infringir:

—¿Qué ordena?

—Como ordene

—Orden cumplida. —Esas frases, para mí, serían tres verbos: oír, obedecer y hacer. Órdenes sin derecho a refutación, asimilación clara, ejecución rápida y eficaz; en oposición, tiempo lento. En esta dinámica, acontecen los días en medio de límites físicos e imaginarios y marcadas diferencias entre superiores y subalternos.

Nupán era un tanto rebelde a todas las órdenes; resultaba evidente que no se hallaba a gusto en ese ambiente. Junto con los demás lanzas, luchábamos para que las cumpliera cabalmente, pues, si se oponía, solo empeoraba la situación.

Una cierta madrugada, en el paso de pistas, vi como Rincón, Henao y Pérez lo adecuaban para realizar lo que correspondía a esa jornada. Una multitud de hombres invadíamos el lugar. Cuando terminó la adecuación, organizaron a todo el escuadrón y procedieron a dar parte de todos los pelotones en el orden correspondiente. Mi escuadra estaba a cargo del dragoneante Rincón y el cabo Cataño, que era un guajiro de dos metros de estatura, delgado y trigüeño, exigente, pero, eso sí, muy correcto en su proceder. Después, cada cuadro o comandante de escuadra dio parte al comandante de todo el escuadrón. El comandante era

el teniente Muñoz, un antioqueño de mediana estatura, fortachón, de piel blanca, estricto y malgeniado.

Procedieron a hacernos pasar por escuadras todas las pistas; mientras le llegaba el turno a mi escuadra, nos tenían saltando, cantando arengas, recitando himnos y volteo que daba miedo. En ese entonces, a todos nos hervía la sangre del puro coraje, lo cual servía para que todo cuanto nos ordenaran lo hiciéramos sin reparo. Mi escuadra estaba muy activa; vi a Paredes, López, Herrera, Nupán y Guamialamag, con sus rostros empapados y encendidos, cuando entonaban fuerte el *Himno del ejército*. Nupán estaba a mi izquierda y no lo notaba tan corajudo como a los demás. Le lancé con la mirada un aliento de ánimo, me sonrió y pareció servirle de mucho.

El momento llegó, pasamos a la pista en cabeza del cabo Cataño y el dragoneante Rincón: iniciamos con arrastre bajo; luego, subíamos y bajábamos unos enormes obstáculos; en seguida, nos sumergíamos en una pista llena de mierda, barro y agua putrefacta, mientras todos los dragoneantes del pelotón se divertían dándonos palo en las costillas. Al final de esa asquerosa trinchera, a todos nos entregaban una granada, para que la estrelláramos en el fondo de un hueco: un estruendo y un estallido de fin del mundo se oía y se veía por todos los rincones.

Una vez terminamos el paso de pistas, obvio que quedamos vueltos mierda. Así que, de regreso a los alojamientos, en el parqueadero de los Abir M-462 y de los Cascavel EE-09, un cabo de otra escuadra, de apellido Bernal, agarró la manguera de lavar esos autos, la activó y procedió a lavarnos, literalmente hablando. ¡Qué bestialidad, qué salvajismo! Era tanta la presión que expulsaba esa manguera que rodábamos por ese parqueadero como insignificantes hojas secas... Después de ese impulso salvaje, se nos permitió ir, en desorden, hasta los alojamientos, pero qué dilema para ingresar: no se debía ensuciar ni desordenar. Nos hicimos en grupo, con Paredes, López, Herrera, Nupán y Guamialamag, y fuimos por el alojamiento.

—¡Qué salvaje ese Bernal!, — le oí decir, en voz baja, a López.

—A lo bien que sí, —le respondió Herrera, mientras Guamialamag y yo, entre risas, les decíamos que no había servido de mucho el lavado con la manguera, pues necesitábamos un buen duchazo, al tiempo que Nupán, cabizbajo, prestaba atención a nuestras reflexiones. Ya en el alojamiento, por grupos, fuimos pasando a las duchas. El mala leche de Henao y el cabo Bernal controlaban el ingreso y la salida. Más se demoraba uno en entrar a las duchas, que el tiempo que se debía permanecer dentro.

—¡Salir en 5, 4, 3, 2, 1..., tiempo!, —gritó Henao y, ¡mierda!, no alcancé a salir en esos breves segundos, al igual que Perlaza y Jacanamejoy. Ya sabíamos lo que seguía: primero, hacer arrastre bajo en esos pisos asquerosos de los baños y, luego, hacer fila frente a la

salida, mientras el cabo Bernal, con una tabla en las manos, nos esperaba, para que recibiéramos la maldita dosis: un tablazo en las nalgas peladas era lo que nos esperaba. Eso dolía en el alma. Pasó Jacanamejoy y, con solo oír el impacto, ya me estremecí; luego, Perlaza; cuando mi lanza Perlaza recibió el tablazo, la tabla se le escapó de las manos al cabo Bernal y vi que por allá debajo de los catres fue a parar. Al instante me dije:

—De las que me libré. —¡Mierda!, ni había concluido la frase, cuando recibí un puntapié en las nalgas. Me mordí los labios, no del dolor, sino de la física ira e invadido por la del momento, giré la cabeza y le lancé una mirada llena de coraje al cabo Bernal. Volví mi cabeza y pude ver como Guamialamag y Nupán se imaginaban lo peor. Sin embargo, a mis espaldas, sólo oí una voz fuerte:

—¿Quieres más? —Hice caso omiso. Había sido un día largo y duro, como de costumbre. Caída ya la medianoche, el dragoneante Pérez leyó el orden del día, ordenaron la recogida y a descansar. Oí, según lo que leyó, que esa noche le correspondía prestar centinela a Nupán, de las 01:00 a las 06:00 horas. Así que solo le restaba una hora para descansar. Mientras conciliaba el sueño, contemplaba la luz tenue que se filtraba por todas las ventanas rectangulares del alojamiento; era una luz rojiza, como la de los veranos de la Pampada...

¡Oh, silueta hermosa, cubierta por un vestido blanco, rodeado por encajes vaporosos que ondeaban ligeramente con el viento! ¡Oh, Soledad, y esa piel de porcelana besada por el rojo vespertino que se robaba mi mirada! Nos tendimos las manos y recorrimos, como de costumbre, el camino lleno de orquídeas y heliconias que llevaba hasta su casa. Maravilloso atardecer nos regalaba la naturaleza. De entre las flores, unas miradas eran cómplices de nuestro recorrido. Diminutas y extrañas criaturas, con sombreros grandes y coloridos, abrían y cerraban los matorrales de heliconias para observarnos. Soledad les guiñaba el ojo, al tiempo que la imitaban... El camino se veía hondo, tanto así que, a la distancia, se iba reduciendo y, hacia su final, de entre dos montañas, se arrojaba al vacío una hermosa cascada. De pronto, allá arriba, justo desde donde se desprendía la cascada, un rayo desbarató la prematura tarde y, en seguida, se oiría el estrepitoso trueno...

—¡Nupán, Nupán! —oí que gritaba, desesperado, el dragoneante Rincón; todos despertaron y corrieron hacia la entrada del alojamiento, tropezando los unos con los otros. ¡Qué doloroso fue encontrar a Nupán agonizando, tirado en el piso, mientras un río de sangre corría escaleras abajo! Todos quedamos paralizados por la escena...; cruzamos las miradas con Guamialamag, López, Herrera y Paredes y nos unimos en un fuerte abrazo. Era evidente que Nupán estaba muy deprimido, con la moral muy baja; su semblante daba cuenta de que el encierro y todo este trajín lo traían mal, pero jamás se nos pasó por la mente que fuera capaz de quitarse la vida. El reloj marcaba las 03:30 horas, misma hora en la que yacía muerto Nupán, producto de un disparo en su pecho...

Todos se enteraron de inmediato y la consigna era que calláramos, que no dijéramos nada al mundo exterior. Nos despacharon para el alojamiento y los expertos hicieron lo propio. Supe que, al día siguiente, entregaron el cuerpo a sus familiares, como si se tratara de entregar cualquier cosa, como entregar cualquier perro callejero. Supuestamente, cuando esto pasa, no hay honores, no hay homenajes, no hay condolencias para la familia y lo justifican en que no se trata de héroes caídos en combate... ¡Qué tristeza! Ese día fue muy triste, al igual que muchos de los siguientes.

A pesar de que el tiempo parecía que se había detenido en ese encierro, ya para la ocasión habían transcurrido más de dos meses. Ese día teníamos la práctica del último polígono nocturno, en las afueras de la ciudad fría y desconocida. Por obvias razones, nunca le dicen al soldado la hora de salida, ni mucho menos el lugar a donde se irá. Solo se debe esperar la orden de salir y así se hace. Eran las 21:00 horas, formábamos todo el pelotón, listos con armamento, municiones y equipos. Los cuadros recibían instrucciones del teniente Muñoz, respecto de la actividad programada.

Aproximadamente treinta minutos después, partimos, en medio de la oscura noche. Solo se oía el sonido de los botines contra el piso, el ruido de los fusiles, las respiraciones agitadas y el coro alterado de unos perros callejeros. Después de hora y media de marcha, habíamos llegado al lugar donde estaba programado el polígono. La noche se tornaba más lóbrega. Por asuntos de seguridad, estaba totalmente prohibido encender cualquier encendedor, cigarrillos, linternas o hacer excesivo ruido.

—¿Y cómo evitaremos el ruido del disparo de los fusiles?, —le pregunté sarcásticamente, en voz baja, a Guamialamag.

—¿Serán con silenciador?, —me respondió con otra pregunta. Igual, en esos instantes nos quedamos con la duda. Pasados unos cuantos minutos, los dragoneantes fueron ubicando estratégicamente los blancos, en la parte superior del espacio donde se realizaría el polígono; eso suponía por el leve ruido que hacían, pues la hondura de la noche no permitía observarlo. Los blancos eran unas siluetas sobre unos pliegos de papel, cuya superficie se dividía en varios círculos, que tenían como función medir la puntuación que se lograba en los disparos, tomando como punto de referencia que el mayor valor era el centro o diana, y de ahí se iba reduciendo ese valor, cuanto más se alejaba el impacto del centro. Fueron organizando por escuadras y la quema de municiones inició. Momentos antes de iniciar, López me preguntó:

—¿Cómo carajos haremos para pegarle al blanco en semejante oscuridad?

—Ojo de lince, ojo de lince, —se anticipó a responder Herrera, en medio de un carcajeo casi silencioso. Bueno, este asunto se solucionó cuando pasó la primera escuadra a realizar los disparos. Eran diez canchas o blancos; obviamente, también diez tiradores. El cabo

Cataño era el encargado de pasar ligeramente la luz de una enorme linterna por todos los blancos, para que cada tirador reconociera la suya y no la perdiera de vista. Así inició el festín de esa noche.

El ruido y el candelero de los fusiles rompieron con la calmada penumbra, al tiempo que se le unían las voces de los tiradores, que habían perdido el blanco. Volteo, cantos y arengas, hasta el despenque. Llegó el turno de mi escuadra; en ella nos hallábamos Paredes, López, Herrera y Guamialamag, entre otros. Segundos después, junto a Paredes, nos encontrábamos nutriendo los cantos y arengas de los perdedores. Para desgracia, Paredes, de los veinte cartuchos solo había pegado tres en el blanco y se había establecido que se debía pegar la mitad más uno, para no exponerse a lo peor. Así que lo vi realizando la famosa pesca, que consistía en agarrar por la boca el fusil, extender los brazos, mientras en la culata le colgaban el chaleco lleno de municiones...

—¡Mierda! ¡Qué asco de pesca!, —y la viví en el primer polígono nocturno.

A las cinco de la madrugada, sudados hasta la última gota de líquido que nos restaba, empezamos la marcha de regreso. Había que ascender una loma desértica; menos mal, aún estaba oscuro. Como las cosas siempre entran por los ojos, si hubiéramos visto la empinada y extensa loma que nos esperaba, muchos hubiéramos desertado.

Transcurridos dos o tres días, después del polígono nocturno, una noche, aproximadamente a las 23:00 horas, observé que formaban uniformemente tres pelotones con su respectivo armamento, equipos y provisiones. El escuadrón se disponía a salir al área de operaciones. Cada pelotón estaba formado por tres escuadras, integradas por diez hombres cada una, a excepción de la primera escuadra, del segundo pelotón, que contaba con nueve; nueve dragoneantes, diez suboficiales y el teniente Muñoz, que recibió el parte a los suboficiales de todos los pelotones, con sus respectivas novedades; luego, se dirigió al coronel Vargas, comandante de la división y procedió a darle el parte. Oí que, entre las novedades, le dijo que faltaba un hombre de la primera escuadra, del segundo pelotón, por las razones que él muy bien conocía; claro que se trataba de Nupán.

—Lanza, que en paz descanses, Amén, —oré íntimamente. En el centro de los pelotones, que formaban una suerte de herradura, se hallaban los suboficiales, entre ellos el sargento mayor Cortés y el teniente Muñoz, recibiendo instrucciones, órdenes y recomendaciones del Coronel Vargas, lo que tomó aproximadamente dos horas, hasta cuando, a las 01:00 horas, llegaron tres turbos NPR y ordenaron embarcar; así lo hicimos, cantando fuertemente el himno *Los comandos ya se van...*

Mientras las NPR, en caravana, nos conducían a las afueras de la ciudad desconocida, en busca de la vía que nos llevaría en dirección del área de operaciones, junto a mis lanzas Paredes, López, Herrera y Guamialamag, reflexionaba... Cuando se ingresa a la milicia,

con la creencia de ir a servir a la patria, defender la legitimidad de las instituciones, luchar por una justa causa, por dejar un mejor país para la descendencia, lamentablemente todo se queda en una simple utopía. Generaciones tras generaciones se sigue repitiendo las mismas escenas; es poco, por no decir nada, lo que cambia... Una vez un soldado se pone las prendas de las fuerzas estatales, llueven enemigos, como llueven víctimas inocentes a lo largo y ancho del territorio. Esos enemigos ni siquiera se han buscado, pero ahora se los tiene y, en adelante, el soldado tendrá que enfrentarlos como tal. Finalmente, termina convencido de que así es, así fuera una acción aberrante. De pronto, la voz grave de mi Cabo Cataño interrumpió mi reflexión, con la orden de desembarcar.

A las 02:00 horas de aquel día, empezamos la marcha rumbo a una región difícil, agobiada por la pobreza, golpeada por la delincuencia, la lucha por los territorios, invadida por los grupos armados al margen de la ley, quienes se habían apoderado de los territorios y, con ello, habían desplazado o ultimado a la población civil. En medio de la noche sombría, cargados con el equipo, el armamento de dotación, las municiones y las raciones, caminamos por casi cuatro horas. Por seguridad, las marchas nocturnas o desplazamientos en el área se hacían en fila, guiados por la luz tenue de los ojos de gato de las gorras, adheridos en su parte trasera. A pesar de que no se puede ir en grupos, con Paredes, López, Herrera y Guamialamag, siempre tratábamos de ir juntos, así fuera en la fila. Eran como las 05:30 horas; sin embargo, un aire sofocante nos daba la bienvenida; atrás había quedado el frío de la ciudad desconocida. Mientras tomábamos un aire, Herrera nos indicaba con su mano derecha una pequeña planicie surcada por montañas.

—Tierradentro, lleva por nombre, vociferó Herrera. Instantes después, conforme el sol iba deshaciendo la poca noche que se resistía a extinguirse; mis ojos apreciaban una exquisita región tropical húmeda... Guamialamag, con la mirada estacionada a lo lejos, lanzó un suspiro profundo, como vaticinando lo que en esa región experimentaríamos... López, interrumpió la contemplación al decir:

—¡Vamos, cursos! o ¿piensan quedarse?... —Ya la larga fila habíase marchado a lo largo del camino, por lo que, de inmediato, recogimos todo y le seguimos los pasos.

Nos acercábamos a Tierradentro. Encontramos grupos de hombres, mujeres y niños a pie, arreando bestias, cargadas hasta más no poder. Gente de piel trigueña, de cabello lacio y oscuro, de nariz recta, ojos sesgados; los hombres tenían una constitución robusta; además, otros grupos de gente de piel oscura, de nariz ancha, de labios gruesos, de cabello negro y rizado; hombres espigados y macizos. Presumí que esta gente iba a sus fincas a trabajar, a realizar sus labores diarias, pues la gente del campo se caracteriza por ser muy trabajadora y responsable. Lanzábamos saludos, pero se estrellaban en el vacío. Nadie nos respondía, ni tampoco éramos dignos de una mirada. Por lo general, esto suele pasar en las regiones donde hay conflicto, donde sus habitantes tratan de no interferir o relacionarse con nadie.

Todo lo que vieran uniformado o extraño para ellos, les resulta indiferente y, pues, en el fondo tienen razón, ya que, si la población muestra empatía con cualquiera de los grupos, eso puede ser causa para echarse encima muchos ojos, de modo que los justificué y seguí engrosando la fila de hombres.

Ya adentrados en la población, era impactante ver un pueblo casi fantasma: calles vacías, solo perros callejeros que nos ladraban, como si fuéramos unos espantos. Recorridas unas cuadras más, vi a la distancia a un grupo de niños que jugaban en la calle. Un par de ancianos: ella sentada en la acera de su casa y él se mecía sobre una hamaca. Todos tenían algo en común: sus rostros eran trigueños, sus cabellos lacios, gruesos y oscuros; de ojos profundamente oscuros. De pronto, la fila se detuvo, pues el sargento mayor Cortés había dado la orden de detenerse. Entre el vacío del pueblo, había encontrado una tienda y permitió que todos compráramos algo. Junto a Guamialamag, fuimos por gaseosas y galletas, mientras Paredes, López y Herrera esperaban y cuidaban de nuestros equipos. Guamialamag entró, saludó a la tendera y le pidió cinco gaseosas y cinco galletas; la señora era una mujer de aproximadamente unos cincuenta y cinco años, trigueña, algo regordeta y con una cabellera larga, lisa y abundante.

—¿Cuál es el comandante?, —preguntó, de repente; con Guamialamag nos miramos y le respondí desde afuera, mientras asomaba la cabeza por la ventana:

—No, mi señora, él no vino. —Ella me guiñó el ojo; era obvio que no me creía. La gente del campo sabe muy bien cómo funcionan las cosas y claro que no me iba a creer que la tropa llegaría sin un comandante a la cabeza. Finalizada la compra, nos despedimos de la tendera y ella, muy cortés, nos respondió:

—Con mucho gusto, siempre a la orden; mi nombre es Dolores y, de cariño, me dicen Lolita.

—Muy amable, muchas gracias; tenga un buen resto de día, hasta luego, —le respondió Guamialamag.

El comandante, por el que había preguntaba doña Lolita, ordenó seguir la marcha. Recogimos nuestras pertenencias y nos movilizamos, pues, abajo, en un cañón, un río nos esperaba. Supe, por el dragoneante Henao, que la cima de una loma, que estaba después del cañón, era nuestra meta. Llegamos al río, muy turbulento, pero debíamos cruzar. El cabo Bernal, como buen llanero, tiró una soga hasta el otro costado del río, atado en su extremo un pedazo de palo rollizo; después de varios intentos, logró enredarla entre un tronco y una piedra enorme y esa fue nuestra línea de vida para cruzar. El sargento mayor Cortés y el teniente Muñoz se cercioraron de que fuera segura; una vez verificada, procedimos a cruzar.

De uno en uno fuimos sumergiéndonos en el río. De pronto, le llegó el turno a mi escuadra. Herrera tenía más o menos mi estatura, lo mismo que López y Guamialamag; López pasó de primero y observé como la profundidad se lo tragaba; por lo que deduje la suerte que nos esperaba a los otros tres. Después de López, pasó Paredes, y observé que el agua le daba al cuello, ya que era el más alto. Cuando el grito del cabo Cataño me ordenó cruzar, me lancé a la profundidad del río; solo el fusil y las puntas de mis cabellos sobresalían a la superficie. Se me hicieron eternos los veintipico de metros del río que había que cruzar, pero el final llegó. Empapados hasta las pepas de los ojos, pero ya al otro lado del río, nos encontrábamos. Tal como lo había anticipado el dragoneante Henao, una loma amplia y empinada nos restaba por caminar.

Veía cómo el sol ardiente se juntaba con el filo de la montaña y quemaba mis pupilas; avanzaba junto con nuestro ascenso, como si jugara a las escondidas, como temeroso de dejarse ver completamente. Iniciamos el ascenso aproximadamente a las 15:30 horas. La loma empinada nos pasó factura. A las 17:00 horas llegamos a la meta. El teniente Muñoz ordenó armar cambuches, mientras el sargento mayor Cortés, organizó, junto con los cabos, la orden del día, para prestar guardia. Con Guamialamag, nos distrajimos por un rato, mirando a la distancia una planicie, unos potreros, cultivos de caña panelera, platanales...

—Mira todo eso, se ve tranquilo, aparentemente en armonía, —señaló Guamialamag.

—Sí, —repuse, mientras giraba para ver el pueblo, por donde habíamos llegado. A lo lejos, se podía notar el vacío del que se hallaba rodeado Tierradentro.

—A López y García les toca ranchería hoy, —oí la voz del cabo Bernal.

—¡Como ordene!, —respondimos al tiempo. López tenía dotes de chef, en cambio a mí se me quemaba hasta el agua, pero poco a poco fui aprendiendo. En el área uno tiene que saber de todo un poquito, jamás dejarse morir. Esa tarde, hicimos o, bueno, López hizo un rico arroz con pollo; yo le colaboré en pelar unas yucas y unos plátanos, que le compramos a un campesino, mientras ascendíamos la loma. En esa monotonía, transcurrieron varios días...

¿Qué tan justificable es el enfrentamiento entre las multitudes y, lo peor, entre los mismos, por obedecer al interés nefasto de unos pocos; de ellos: los poderosos? Esta era una pregunta que poco me pude responder una tarde, invadida por espesas nubes, mientras prestaba guardia, lejos de la ciudad desconocida. ¡Vaya cinismo el de los poderosos, los amos de la guerra..., los líderes y dioses de unos pocos!... Fortalecen su imperio con la necesidad, el dolor, el hambre y la ignorancia del pueblo... Son los hijos más humildes del pueblo, las personas con las más escasas oportunidades de esta patria, los que ponen los muertos... ¡Maldita injusticia! ¡Miserable desgracia!

Días después de habernos instalado en la cima de la montaña, desde donde, estratégicamente, se veía a un lado Tierradentro y, hacia el otro, la planicie con los potreros, los cultivos de caña panelera y los platanales, donde ese día, al observar, nos distrajimos con Guamialamag, el teniente Muñoz ordenó salir a patrullar. El segundo pelotón fue el que recibió la orden. A la cabeza del cabo Bernal, Cataño y Macías, nos dispusimos para salir. Una fila de más de treinta hombres descendimos hasta el cañón y, antes de llegar a la planicie, había que cruzar un riachuelo. Después de hacerlo, poco a poco nos internamos en la estepa.

Tal como lo habíamos observado con Guamialamag, extensos cañales y platanales nos daban la bienvenida. Había hermosas casas en madera, concreto y guadua, con espigadas palmeras, hermosos jardines, patios amplios..., eso me recordaba los paisajes de la Pampada, donde tantas cosas viví, donde sucedieron muchas cosas al lado de mis seres queridos y Soledad..., donde el tiempo parecía lo menos trascendental.

Sin embargo, el vacío de este lugar era muy entristecedor. Eran muy pocas personas las que se observaban y las que se lograba ver, daba la sensación de que nos evadían, nos huían o se comportaban como si fuéramos invisibles ante sus ojos... Aproximadamente unas dos horas después de patrullar planicie adentro, el dragoneante Henao, que iba al frente, dio la señal de detenerse; se regresó y le dijo algo al cabo Cataño. No percibí lo que fue, pero, finalmente, no hizo falta; segundos después, ante mi mirada había una extensa platanera y, en medio de ella, cientos de matas verdosas y frondosas.

—Son plantas de coca, —le señalé prudentemente a Herrera.

—Sí, efectivamente, eso es, —me respondió.

El cabo Cataño procedió a darle parte de la novedad, a través de radio, al sargento mayor Cortés, que le ordenó que nos quedáramos en la zona, mientras tomaban la determinación con el teniente Muñoz. Pasado unos minutos, el cabo Cataño recibió la orden de seguir ahí, mientras llegaba otro pelotón para apoyarnos. El otro pelotón no tardó mucho en llegar, con el sargento mayor Cortés a la cabeza y la orden de erradicar esos cultivos. El pelotón de refuerzo rodeó toda el área, mientras tres expertos en explosivos exploraron toda el área para cerciorarse que no hubiera ningún peligro de minas antipersonas o campos minados. Por fortuna, nada de esto hubo. El sargento Cortés y los cuadros le ordenaron, al escuadrón dos, que erradicara toda la plantación.

Nos tomó más de seis horas hacerlo; eran varias hectáreas, mimetizadas entre las plantaciones de plátanos. Así se dio orden cumplida a lo ordenado; junto con nuestro retorno, al lugar donde estábamos instalados, la noche se aproximaba. A la llegada, los cuadros formaron los pelotones, dieron parte al sargento mayor Cortés que, a su vez, le dio parte al teniente Muñoz.

—Mi teniente, doy parte del personal; forman seis cabos, tres expertos explosivistas y sesenta soldados. Como novedad: se erradicaron ciento ochenta hectáreas de plantaciones de coca, sin ninguna alteración.

—Muy bien, sargento, —contestó el teniente Muñoz, al tiempo que ordenó al personal retirarse y descansar.

Era algo inconcebible, increíble o desequilibrado, tener que ver cómo un sargento mayor del ejército, con más de veinticinco años en las filas de la milicia, debiera formar a la izquierda y le tuviera que dar parte a un teniente, recién desempacado de la Escuela de Oficiales, quien apenas llevaba meses o unos escasos años en las filas... Pero, bueno, ¡qué se le va hacer, así son las cosas!

Desde mi cambuche, que compartía con Paredes, oí que el teniente Muñoz llamó por radio al Coronel Vargas y procedió a darle parte de la novedad. Algo difuso, pero alcancé a entender que el Coronel Vargas felicitó al teniente Muñoz.

—¡Bonita vaina!, —exclamé en mi cabeza; unos son los peones, los que trabajan, los que ponen el lomo al sol y al agua y otros los que reciben los reconocimientos—. ¡Bonita forma de servir! Supongo que ahí no terminaba la cadena de dar parte o rendir cuentas sobre lo que los peones hacen en el área de operaciones; bastará con suponer que eso incluso debió llegar hasta los oídos del inquilino de la Casa de Nariño...

Esto sucedió un sábado, por lo que, al día siguiente, como todos los domingos, todos esperábamos ansiosos alguna visita de un familiar, amigo o conocido. Conté con suerte, así que, después de más o menos un mes en el área, ese domingo vino a visitarme la hermosa mujer de estatura pequeña, con un vestido rosado, zapatos negros y su cabello rubio recogido hacia atrás; lo recuerdo como si fuera hoy; también, vino con ella una de las amigas de Soledad; además, se les habían unido la madre de Guamialamag y Herrera; bueno, de los más cercanos, pues éramos varios lo que ese día recibimos visita. La amiga de Soledad vino y me trajo una carta.

Pasamos horas hablando mucho, contamos anécdotas y conversamos sobre el diario vivir, sobre el de ellos y los demás afuera, en la cotidianidad, y sobre el mío, en la monotonía de ese lugar...; pasado el mediodía, entre abrazos y sonrisas, llegó la hora de la despedida y la mujer bonita de estatura pequeña y la amiga de Soledad tuvieron que partir. Caminaban lento, como si los pasos las detuvieran; muchas veces vi como giraban sus cabezas para observarme, yo sonreía y les agitaba la mano derecha, mientras que, con la izquierda, apuñaba fuertemente la carta. Me consumían las ansias por abrirla, saber de quién era y qué decía..., así que no esperé mucho y lo hice.

Hola,

Deseo de todo corazón te encuentres bien. Paso a contarte que no ha sido fácil dejar atrás todos los encantos que vivimos juntos en la Pampada. Me atormenta sobre manera, no haberme podido despedir como se debe, la última noche que estuvimos en el patio de mi casa... Seré sincera, y, con mis mejillas sonrojadas, también te diré que no ha sido nada fácil alejarme de ti... Y lo peor ha sido tener que enfrentarme a un mundo desconocido; completamente opuesto al que desearía para mí... Mis padres han decidido internarme en un convento; según ellos, ese es mi lugar, el lugar correcto, donde recibiré una formación profesional adecuada; sin consultármelo, sin tener en cuenta mi opinión, mi verdadera vocación, así lo hicieron... Desde entonces, no soy más que una prisionera de cuatro paredes; me la paso recitando letanías inútiles hasta el cansancio, organizando habitaciones, haciendo aseo, sirviendo a las hermanas superiores y a los sacerdotes, que disimulan sus miradas morbosas bajo sus sotanas... En fin, ya te imaginarás, esto es peor que una correccional... Me pregunto: —¿Qué error he cometido para merecer este suplicio?... Bueno, lo que me hará feliz y lo verdaderamente importante es que esta nota llegue a tus manos y que al menos sepas dónde me encuentro.

Espero pronto poder verte, aunque esto es como pedir un imposible, pero guardo la esperanza de que esto suceda...

Soledad.

Desde: Surprise City.

Simplemente, el mundo se me volteó patas arriba, pues en todo pensaba; todo se me pasaba por la cabeza, pero nada podía hacer, me sentía atado de pies y manos... Guamialamag se me acercó y me preguntó:

—¿Te sucede algo?

—No, debe ser por la despedida, por la partida de los seres queridos, —le expresé.

—Está bien; moral, lanza, —me replicó, mientras nos disponíamos a regresar al cerro, pues a las visitas se las había recibido en el poblado.

Antes de emprender el cruce del río y el ascenso, pasamos por la tienda de la señora Lolita a comprar algo de verduras; ella, muy atenta, nos saludó, y sin mediar reparos, le preguntó a Herrera:

—¿Verdad que, al otro lado de la loma, sus mercedes pelaron una plantación ilícita? Si es así, ¡qué bueno!; mejor que las hayan arrancado. Fíjense que suelen venir avionetas y hacen fumigaciones y eso acaba con todito lo que encuentra, eso sin contar con las enfermedades que también les causan a todos. —Herrera, antes de responder, miró ligeramente a Guamialamag y al dragoneante Pérez; sin embargo, lo hizo:

—Sí, señora; algo así pasó, —y me quedó la inquietud, pues quizás esa no debió haber sido la respuesta. Igual, supuse que la señora Lolita ya lo sabía y solo quería corroborarlo.

Todo volvió a la normalidad. Ya para mitad de la siguiente semana, se planeó una patrulla hacia el norte del pueblo. Le correspondía salir al pelotón tres, al mando del cabo Macías. Así lo dispuso el sargento mayor Cortés, con el visto bueno del teniente Muñoz. A las 05:00 horas, la misma hora en que se tocó la diana, el pelotón partió a su patrulla. El día se tornaba oscuro, amaneció invadido por neblina hasta el piso. Al norte, justo entre dos lomas, hasta donde el cabo Macías con su pelotón debía llegar, estaba como a unos tres o cuatro kilómetros, pasando el pueblo. Después de las 10:00 horas, oí que el teniente Muñoz recibió una llamada del cabo Macías, que procedió a darle parte de la novedad de la patrulla.

—Mi teniente, estamos al norte del pueblo, justo en las coordenadas que nos dio; ¡vaya sorpresa, mi teniente; tenemos un objetivo a la vista! —Luego, se supo que justo en la unión de dos riachuelos, que dan origen al río que pasa por Tierradentro, había una devastación de aproximadamente treinta hectáreas de selva; allí se podían ver cinco retroexcavadoras, un rancho enorme, herramientas, entre palas, picas y machetes, lo que, sin duda, era una explotación minera ilegal—. ¿Usted que ordena, mi teniente? ¿Qué debemos hacer?

El teniente Muñoz dio la orden de destruir y quemar todo lo que habían encontrado en la explotación minera ilegal.

—Como ordene, mi teniente, —oí al otro lado del radio. Transcurridos unos minutos, vimos cómo una columna de humo se elevaba al norte de Tierradentro. Supusimos que ya el cabo Macías, junto con sus subalternos, había cumplido la orden. Así lo corroboramos, cuando el cabo Macías llamó de nuevo al teniente, para ponerlo al tanto de la orden cumplida.

Había pasado más o menos una hora y, de pronto, el ruido de una gran explosión, que se difundía por todos los rincones de esa área, nos sorprendió. Aunque muchos, o la gran mayoría, supusimos que era producto de la quema de los elementos encontrados para la explotación minera, todos reaccionamos. De inmediato, el sargento mayor Cortés pidió calma, mientras llamaba por radio al cabo Macías. No obtuvo respuesta; después de unos segundos, el radio sonó y el teniente Muñoz contestó apresuradamente; ese era el cabo Macías, que reportaba que la tropa, a su regreso, había caído en un campo minado, al tiempo que solicitaba refuerzos. El teniente dispuso del pelotón dos y los explosivistas para ir hasta donde se hallaban, mientras el sargento mayor Cortés reportaba la novedad al coronel Vargas. Así se hizo y, en tiempo récord, se llegó hasta el lugar. Con Paredes, nos imaginábamos el peor escenario, mientras marchábamos apresurados. Llegamos. A lo lejos se oían los gritos desesperados de hombres heridos; por fortuna, si así se lo puede llamar, no era tanto como lo llegamos a imaginar.

Perlaza, uno de los soldados, había pisado la mina antipersona; obviamente, de su cuerpo nadie daba fe, pues había quedado esparcido en átomos...; otro soldado, de apellido Marín, el que había ido más cerca al lanza Perlaza, estaba gravemente herido. El llanto, los quejidos y gritos que se escuchaba al arribo, eran del desespero y el aturdimiento de los demás hombres del pelotón; por fortuna, solo era la reacción del momento, lo que acrecentaba la cruel escena. Tomamos a Marín y salimos inmediatamente de esa zona; en una camilla improvisada, era inconsolable y desesperante oír sus gritos.

Cuando logramos salir a un potrero, a la cabecera del pueblo, ya se oía el sonido de un helicóptero de la FAC que se acercaba. Desde el batallón habían enviado personal de apoyo y enfermeros de combate para asistir la emergencia. El dragoneante Rincón procedió a agitar una sábana de dotación, de color azul claro, para que el piloto del helicóptero supiera dónde estábamos y dónde debía aterrizar. Así se hizo.

Para ese entonces, el teniente Muñoz, el sargento mayor Cortés y el pelotón uno ya se hallaban en el lugar a donde salimos. Aterrizó el helicóptero Bell CH-146; de inmediato, los paramédicos y enfermeros de combate estabilizaron a Marín y despegaron hacia la ciudad fría y desconocida. Estirados sobre el potrero, con angustia, dolor, tristeza y ayudando a los lanzas que estaban aturcidos por la explosión, vimos como el helicóptero se elevó, sobrepasó las montañas y poco a poco se sumergió en el infinito cielo.

Ya un tanto calmados, seguimos avanzando hasta adentrarnos en el pueblo. El resto de esa tarde y la noche, por orden del coronel Vargas, recibida desde el batallón, debíamos acampar en Tierradentro. Con Guamialamag, Herrera y López, solicitamos permiso al teniente Muñoz para ir a comprar agua a la tienda de doña Lolita; era algo difícil que nos lo concediera, no obstante, algo escéptico, respondió afirmativamente. En estos territorios, las noticias corren más veloces que el mismo rayo. Así, los pocos habitantes que se dejaban ver, mientras espían entre las cortinas de sus ventanas, ya sabían de lo sucedido. Con mayor razón Lolita, la tendera.

—Buena tarde, señita; lo hago por costumbre, pues esta tarde no tiene nada de buena, —dijo Herrera.

—Buenas tardes; es verdad, tienen razón, hijitos; yo creí no volverlos a ver más, —respondió la tendera.

—Pues, aquí nos tiene, vivitos y coleando, aunque con el corazón arrugado, —añadió López, mientras yo pedía tres botellas con agua.

—Aquí tiene, m' hijito, —dijo la tendera. Con unas gracias de baja intensidad, le agradecí a la doña. Pasé las botellas con agua a mis lanzas, mientras nos sentamos en el andén de la

casa. Ella, detrás de una rejilla de madera color café, relató algo que empeoraba la situación:

—Pese a lo doloroso que tuvieron que vivir hoy, bendita la hora que sus mercedes llegaron al pueblo y destruyeron eso de la minería aguas arriba, pues dicen que esos hombres malos, quienes se enfrentan a otros grupos de la misma calaña, por quedarse con esos territorios, están haciendo estragos por allá arriba, allá donde nacen las aguas que llegan hasta nuestras casas. Dizque echan unos líquidos muy peligrosos y que eso está causando muchas enfermedades y muertes en nosotros. Mi familia y yo ya lo hemos vivido en carne propia. Mi esposo, Gerardo, alma bendita, que en paz descanse, dijeron los doctores que murió por ingerir agua contaminada...; dijeron que era cianuro y mercurio.

—Mercurio, —dijo Guamialamag, para hacerle la corrección.

—Sí, eso mismo, —afirmó Lolita, y continuó—: Dijeron que eso le dañó los riñones y los pulmones y murió el pobrecito...

Vi como se le hizo un nudo en la garganta, que lo disimuló con una tos fingida. Sin embargo, continuó:

—El hijito de mi comadre Esperanza, también, se le murió. Según me contó la comadre, que un día le empezó a doler la cabeza, el pecho y que no podía respirar y así murió el chiquillo.

—Así es, madre; esos químicos, que emplean las organizaciones criminales en la minería, son mortales; eso acaba con todo: humanos, flora, fauna y fuentes hídricas—le dijo Herrera, mientras que Lolita meneaba tristemente la cabeza y se agarraba la quijada.

—Pero, bueno, Ustedes ya están por acá para ayudarnos a combatir con semejante maldad, —dijo Lolita, y continuó: —por eso, no en balde mucha gente ha salido de estas tierras y lo ha abandonado todo; otros, porque los obligan a hacerlo; otros tantos, porque no pagan las *vacunas* que les exigen...; yo me he librado de dejar mi rancho y mis cosas, ya que los tengo contentos a esos bandidos dándoles cada ocho días un mercadito; por eso, sigo aquí tranquila; si no, ¿ya dónde estuviera?...

—¡Qué injusticia!, —le dijo Herrera; a doña Lolita había que interrumpirla y huírle; si no, no había poder humano que la callara. Así que nos fuimos levantando y despidiendo cortésmente.

Al día siguiente, ya un poco más calmados, recuperados y al asumir mejor lo sucedido, después del mediodía, el teniente Muñoz y el sargento mayor Cortés dieron la orden a los cabos para que organizaran los pelotones y regresaran hasta el puesto de mando, esa loma empinada donde nos habíamos instalado desde el principio y así se cumplió.

Ya arriba, sobre el cerro, caída la noche, leyeron el orden del día y cada cual a sus deberes. Del total de hombres que llegamos al área, dos de ellos ya no estaban con nosotros: Perlaza, un hombre más de los custodios del dios de los ejércitos; ahora, quizá desde la eternidad nos esté observando, en tanto Marín, en el Hospital Militar, luchaba por quedarse entre los terrenales. Al final de este día, el teniente Muñoz recibió la cruda noticia sobre la amputación de los miembros inferiores de Marín, que dio a conocer a todo el escuadrón, al tiempo que aprovechaba para recomendar que fuéramos más prevenidos, cuidadosos, sigilosos y desconfiados...

—¡Maldita guerra mezquina!, ¡deplorable suerte de este país hermoso!, —fueron los pensamientos que me dije interiormente.

Pasada una semana de los sucesos vividos en el norte del poblado, me encontraba justo al frente del pueblo, en una garita, mientras prestaba guardia. Recibí turno a las 18:00 horas e iba hasta las 00:00 horas. Lánguidamente, la oscuridad deshizo la poca luz que quedaba, mientras las escasas lámparas de Tierradentro iniciaban a titilar a lo lejos. Reflexioné sobre los relatos de Lolita: hasta ahora podía entender el porqué de las caravanas de los grupos de personas que encontrábamos a las afueras del pueblo.

Para ese entonces, había pensado en que se dirigían a trabajar a sus fincas o algo por el estilo, pero, con los relatos de la tendera, era más que obvio lo que estaba sucediendo; además, también eso explicaría el aspecto fantasma del pueblo, el temor de los pocos que quedaban para relacionarse con los extraños y hasta el recelo a que los miraran, cuando ojeaban las tropas desde el interior de sus casas, recurrentes escenas que de seguro a diario se viven a lo largo y ancho del territorio: escenas de gente amenazada, desplazada, desterrada, asesinada, despojada de sus seres queridos y sus pocas pertenencias. Múltiples asesinatos de líderes sociales, periodistas, educadores, estudiantes, reclamantes de tierras, opositores... Así, por la constante repetición de estos hechos, ya se nos han vuelto hasta comunes; por eso, cada vez más nos portamos más insensibles e indiferentes. ¡Maldito cáncer!

La noche continuaba con su lento caminar. El brillo de las bombillas era más intenso. El frío más agudo. Yo, quizá más confundido, mientras me negaba, una vez más, a que tal vez Samuel tuviera razón cuando me gritó a mis espaldas:

—¡Ubícate vos!, ¡estás en el lugar equivocado!... —... Alrededor de la escuela, nos ubicábamos estratégicamente en puntos determinados. Armábamos dos grupos, integrados por un sinnúmero de chiquillos inquietos. Armados con pistolas de madera, elaboradas por nosotros mismos, unas diseñadas y acabadas con mayor creatividad; eso quizá mostraba inconscientemente el dominio y poderío de los unos sobre los otros. Con la debida presentación de todos los integrantes de cada grupo y a la cuenta de tres, el combate iniciaba...

¡Maldita sea!, un estruendo demoníaco me sacudió y me regresó instantáneamente a mi puesto de guardia. Vi, entre la oscura noche, como los fatales cilindros bomba llovían desde la parte más alta a la loma en la cual nos hallábamos. Gritos confusos y desesperados de todas direcciones, órdenes tras órdenes, fusiles Galil 5,56 mm enfurecidos, MGL's MK 40 mm graves y ametralladoras agudas, despertaban la noche.

—Nos cayeron los “dueños” de las plantaciones de coca y de la minería ilegal, que habíamos destruido, —pensé... El teniente Muñoz y el sargento mayor Cortés, desesperados, pedían refuerzos al batallón. El coronel Vargas informó que inmediatamente salían tres escuadrones de apoyo, desde el batallón... Herrera, a lo lejos, pedía auxilio desesperado, para socorrer al dragoneante Henao y los cursos Rosero y Bastidas, que habían sido alcanzados por la metralla de uno de los cilindros. Los lanzas que tenían el curso de enfermeros de combate atendieron de inmediato el llamado, pero infortunadamente no hubo mayor cosa que hacer. Yacían y nadaban en el piso inundado por su propia sangre... De todos lados, se oía el silbido de los balazos del enemigo. Todos los demás, atrincherados, respondíamos a los disparos. Era como la una de la madrugada y los refuerzos nada que llegaban.

Para ese entonces, el teniente Muñoz había insistido decenas de veces al batallón por el apoyo; sin embargo, nada. Tiempo después, el coronel Vargas informó que las tropas de apoyo iban por tierra, pero que les había sido imposible llegar, ya que los subversivos habían dinamitado los puentes que conducían a Tierradentro. Pidió combatir sin desfallecer, hasta que el día regresara, para trasladar las tropas de apoyo por vía aérea. Así se hizo. Pese al duro enfrentamiento, pensaba en la población de abajo del cerro que, ahora, permanecía en tinieblas, pues, en simultáneo a la lluvia de los cilindros, se oyeron fuertes estallidos de dinamita en las lomas del norte, donde se levantaban las torres de energía. Llevábamos aproximadamente siete horas de combate y el día aún nada que se ponía de nuestro lado.

Mi escuadra, por fortuna, contaba con todos sus integrantes; nos dirigimos cautelosamente hacia arriba de donde cayeron los cilindros y tomamos control y posición de esa zona. Rayaba el sol. Por entre la espesa selva, tras un árbol, vi de espaldas a un subversivo; el cabo Cataño lo sorprendió con una descarga de fusil. Es algo tonto decirlo, pero recordaba que, en las instrucciones, nos habían reiterado que, al enemigo, pese a la condición de enemigo, se le debe respetar la vida, persuadirlo a rendirse y no dispararle. En esas circunstancias, es casi imposible e inútil aplicar las instrucciones; total, implícitamente, a eso te arrojan...

Ahora bien, en el caso de ocurrir eso, de ver al enemigo herido, se lo debe socorrer, así fuera un adversario; por lo que con cuidado me acerqué a ver en qué estado estaba; toqué su pulso, nada había que hacer..., pero, ¡vaya sorpresa!, al observar detalladamente su rostro, recordé la imagen de la fotografía que el campesino me había enseñado de su hijo... Ahí

pude corroborar una de las versiones que tenía el campesino, de que a su hijo lo había reclutado uno de los grupos alzados en armas. Me sentía tan culpable, como si lo hubiera asesinado con mis propias manos. Ligeramente, me vino a la mente el llanto y la esperanza que el campesino guardaba por el regreso de su primogénito. —¡Qué horror!, ¡qué miserable me sentí!...; no hice más que terminar de cerrarle los ojos y apartarme de esa cruel escena.

La mañana hizo su arribo y, con ella, el rugir de helicópteros. Vi como, por el norte, aparecieron nueve helicópteros, seis con tropas, UH-60 Black Hawk, y tres de combate, Arpía IV. Mientras descargaban la tropa en el cerro, los Arpía IV daban seguridad al realizar vuelos radiales. Los oficiales y suboficiales organizaron las tropas rápidamente, mientras los helicópteros se perdían en el horizonte. La tropa se nutrió y ahora sumábamos aproximadamente trescientos setenta hombres, entre oficiales, suboficiales y soldados. El enfrentamiento continuaba. Los Arpía IV formaban fila en el cielo, escasas millas más arriba del cerro y descargaban sus ráfagas, que hacían eco por toda la planicie surcada por montañas. Sobre una trinchera, a mi izquierda, estaba Paredes y, a mi derecha, Guamialamag; nos miramos y continuamos con la defensa.

—¡Maldita sea! ¡Qué mierda es esto! ¡Parece el infierno!, —fueron los gritos, desde distintos lugares, que se oyeron de todas partes. Los delincuentes habían tenido dinamitada la tubería, el oleoducto, por donde se transporta el petróleo hacia la Costa Pacífica y, en esos instantes, acababa de hacer explosión. Una llamarada infernal se levantaba desde el cañón del río y sobrepasaba los cerros; era tanta la altura que alcanzaba, que las llamas sorprendieron y envolvieron a los tres Arpía;... era apenas media mañana, pero el día se hallaba entre tinieblas y el rojizo de las explosiones; gritos desesperados, gemidos de dolor de las tropas, exclamaciones y llantos de la gente de Tierradentro...

¡Macabra escena! ¡Malditos acontecimientos!... Los verdes campos ardían entre llamas, los gritos iban agonizando; abajo, en el cañón, el río seguía su cauce, dividido en dos franjas, pintadas de negro y rojo, por el petróleo y la sangre derramada por los cientos de víctimas producto de este nefasto suceso... Me vi solo y derrotado; en la desértica Tierradentro, abatido por una lucha sin sentido, por una asquerosa guerra que quizá ni me corresponde. Ya nada quedaba de Tierradentro, de las tropas, de los verdes campos que un día me acogieron...

—¡Ubícate vos! ¡Ubícate vos! ¡Ubícate vos!... ¡Estás en el lugar equivocado! —De nuevo, la maldita voz de Samuel me interrumpía, para tratar de ganarse su espacio; ese que se lo negaba, ese que me resistía a concederlo. Entonces, abrí los ojos y pregunté:

—¿Dónde estoy?, —y, al frente, el coronel Vargas, cruzado sus brazos sobre la espalda; sus pechos exhibían numerosas medallas e insignias; junto a él, el hombre de blanco, de estómago pronunciado, con lentes enormes, que desdibujaban sus ojos, me respondió:

—Estás en el dispensario del batallón, —mientras firmaba la orden de salida, al tiempo que el coronel Vargas me entregaba la miserable tarjeta y conducta militar.



Figura 4. Consumación. Lápiz de color sobre Cartulina Durex.

CAPÍTULO IV

INMERSIÓN

Probablemente solo fuimos un efímero capítulo, de la monumental obra que pudimos llegar a ser.

—Sí, el sometimiento, las ideologías, la religión, los prejuicios, la moralidad, la misma academia, la cultura machista, anticuada y castradora, producen una fuerte indignación; al igual que la falta de oportunidades, los sueños mutilados por la imposición, los poderes autoritarios de la sociedad; en fin..., pero no por eso se debe dejar de luchar por lo que se quiere; se debe nadar río arriba, tomarle la delantera al tiempo...; es decir, pese a las adversidades, al vacío, al desierto, a la ausencia de los sueños, a la soledad persistente, a las innumerables caídas..., es deber ponerse de pie y continuar..., —me platicaba una señora muy joven que, para su edad, sabía mucho de la efímera vida. Me encantó que la vida me la hubiera puesto a compartir asiento en el bus que me traía hasta *Surprise City*.

Casi en el mismo instante en que la compañera de viaje finalizaba su plática, me sorprendí al tener ante mis ojos, mágicamente, a la hermosa Villaviciosa; en medio de imponentes paisajes y montañas, seductora con sus atractivos turísticos ecológicos y religiosos, cautivadora con su cultura, tradiciones y maravillosas artesanías; custodiada por el Urcunina, surcado de nubes, entre el gris y el blanco. Ciudad asentada entre su infraestructura antigua y moderna, erguida por el espíritu combativo y rebelde de sus gentes, arropada por el calor de sus habitantes, engalanada por la arquitectura de sus templos, perfumada por el tufo del carnaval y lo exquisito de su gastronomía andina...

Respiré la historia colonial, el aroma de la tradición religiosa, la profusa espiritualidad, emanada desde las cúpulas arquitectónicas de las iglesias, que sobresalen entre las demás edificaciones; según los otros: casas del papito Dios, por su praxis religiosa, tradición, cultura, fe, creencias y costumbres; para mí: puro turismo teológico, por la contemplación del arte, sus manifestaciones artísticas y sus indiscutibles estilos arquitectónicos...

—Quizás una de esas iglesias, o tal vez todas, suele frecuentar Soledad, —me dije.

Contemplé una noche inundada de abrazos, de perdones y olvidos, de reuniones y regocijos familiares, de deseos iterativos con efectos casi nulos, lágrimas sin explicaciones coherentes, brindis humildes y sofisticados, olor pestilente de pólvora, luces fugaces devoradas por la noche en lo alto, sonidos escandalosos arrojados al vacío, música alegre y melancólica, muñecos exagerados, tallados y maniobrados por los artesanos que bromeaban y se burlaban la suerte del prójimo, el que finalmente corre con peor suerte que la suya misma, para ser arrojados al fuego inclemente; personajes con investiduras que no le son

propias, que desnudan las apariencias e instauran una nueva vida, disfrutan de la emancipación ligera, unifican y eliminan las jerarquías sociales, donde se ven claramente las relaciones libres de estigma: del pordiosero y el acomodado, el ignorante y el letrado, el ateo y el teólogo, la reverenda y la prostituta...; donde se nutre la tertulia del foráneo y el paisano, del vecino estrato seis y el vulgo de la periferia, las damas mastica goma y las chicas devoradoras de chunchullo..., que extinguen el conformismo y el acomodamiento pasivos del pueblo... En tanto ella y yo, solos; sí, la soledad y yo, mi única compañera, ahí juntos, mientras no imaginábamos estar en medio del desierto indiscutible...

Observé ríos de gente, que revoloteaba y jugaba, los blancos empeñados en ser negros y los negros en ser blancos. Rostros mestizos, campesinos, africanos e indígenas, todos eran uno solo; muñecos gigantes, con caras diabólicas; seres míticos y deidades arraigados en la memoria del pueblo; ritos y ofrendas como tributo a la Pachamama; personajes sarcásticos, con los que se ridiculizaba a diferentes personalidades locales y nacionales, en especial a los gobernantes ineptos de turno, para sacarles a la luz su innegable anomia. Danzantes eufóricos, bombos ensordecedores, flautas andinas placenteras; calles inundadas de vivos colores; muchedumbres bajo disfraces y máscaras, que desnudan y pregonan su inconformidad; extranjeros y propios que distraían sus penas. Todos, abolían las diferencias sociales, en un mundo al revés... El mundo al revés, manifestación posible de lo imposible. Uno, dos, tres días..., una semana o más, para arrojar al carajo la inflexible cotidianidad. Pueblo eufórico, libre de prejuicios, ataduras, moralidades e investiduras. Renovación, sí; esa renovación, la de los hijos del sur, hecha a principios de cada año, con la esperanza de que fuera menos aflictivo que el anterior.

La Michita da el aval, al recibir ofrendas como pago por parte de sus fieles, quienes, más tarde, profanarán lo sagrado en un sincretismo homogéneo descomunal; todos envueltos en medio de la pintica, del talco, la música sureña, la espuma, el coro nutrido de propios y visitantes: ¡que viva Pasto, carajo!... Todos sumergidos en medio del tufo carnavalesco. Al tiempo que ella y yo soportamos el vaho del festín y vemos elevarse una columna blanquecina desde el centro de la ciudad, en dirección al infinito. Sí, ella y yo, esta soledad ineludible, inmersos en nuestro mundo...

Multitud de gente veloz, en todas direcciones, pero como sin rumbo fijo, tropiezan unos con los otros, autos de todos los modelos, tamaños y colores esparcen a más no poder humo y ruidos fastidiosos, luces inteligentes empeñadas en poner orden, edificaciones que trata de besar el cielo, tiendas atiborradas de productos y clientela, asfalto sofocante, vías polvorientas; caos, todo... Así, me preguntaba: ¿será fácil encontrar aquí a Soledad?... ¡Vaya, Soledad en medio de tanta cosa y gente!..., al tiempo que un taxista me pitaba obstinado y me echaba la madre; instintivamente, un salto me regresó a la acera, que me conduciría al nororiente de la ciudad, donde una casa, de enormes paredes, me abría sus puertas:

—Buena tarde, bienvenido, —me dijo la dueña. Una señora de estatura mediana, contextura delgada, que llevaba lentes claros, sobre sus ojos cansados; había nevado en su cabellera; usaba una falda colorida que le llegaba hasta los tobillos y un delantal a cuadros, adornado por dobladillos de encajes en sus extremos.

—Mire, las llaves; arriba queda su habitación, —me indicó con sus dedos artríticos—. Mi nombre es Cecilia, por si algo se le ofrece.

—Muchas gracias, —le contesté, mientras empecé a subir unas escaleras perpetuas. Una cantidad de escaleras, tantas puertas como seguros y llaves...

—¡Vaya, qué exagerada es la seguridad en las ciudades!, —me dije.

Ya en la que sería mi habitación, por una ventana estrecha observé como, al occidente, el guardián Urcunina, de los ancestros quillasingas, se encendía por la puesta del sol, situado justo en su cima, para, luego, precipitarse al vacío por el occidente destruido, para, por último, su sombra majestuosa recaer sobre el valle del caudillo Agustín Agualongo. Un haz de luz entraba hasta una cama de madera y reposaba sobre una colchoneta rayada de colores blanco y azul y, sobre ella, yo...

Al otro día, el reloj de péndulo, que colgaba en el corredor, dio seis repiques. Salí a la puerta, empeloto, y Santiago, uno de los inquilinos de al lado de mi habitación, me saludó:

—Buen día, vecino, —saludó.

—Buen día, vecino, —le respondí, afónico. Supe que ese era su nombre, porque estaba colgado en su puerta, tallado en madera, en una forma particular. Santiago me dio la espalda, mientras aseguraba su puerta, pues iba de salida.

—Hasta luego, —escuché, en seguida.

—Hasta luego, que tenga buen día, —repuse, mientras empezaba a descender las escaleras. Era un chico de aproximadamente veinte años, alto, delgado, de piel blanca, cabello liso, ojos cafés; me supo algo extraño, pese a que era la primera vez que lo veía.

Afuera, a mano izquierda de mi habitación, había un lavadero estrecho. En él, a pesar de la prematura mañana, una chica lavaba ropa. Era pequeña, trigueña, de cabello liso y negro; su constitución física era gruesa. Entré a mi habitación, fui por un vaso para ir por agua al lavadero; ese era mi pretexto para dirigirme hasta allá y presentarme a la chica.

—Buen día, —saludé.

—Buenos días, —respondió.

—¿Me permite tomar un poco de agua?, —pregunté.

—Sí, claro, —respondió.

—Mucho gusto, soy nuevo en la casona, —le dije.

—El gusto es mío; mi nombre es Daniela, —me contestó.

—Gracias, —repose, mientras me dirigía de nuevo a la habitación.

—¡Desigualangados!, sacarán la basura a la calle y en los horarios que son; —oí de una voz que procedía desde el primer piso; era la señora Cecilia, que sermoneaba a los inquilinos necios. No me asomé, solo escuché desde el interior de mi habitación; sin embargo, pasados unos instantes, salí al corredor y pude ver a la señora que cruzaba de espaldas la puerta que la llevaba a la agitada calle; iba con sus folleras largas, ahora un tanto más arriba de los tobillos, como la había visto el día anterior, sus canillas cubiertas por medias verdes oscuras y gruesas que se perdían falda arriba, un chal oscuro, un paraguas y, bajo el brazo, una gran Biblia.

—La hermanita Cecilia, —me dijeron mis adentros.

Durante varios días recorrí *Surprise City*. Visité iglesias, conventos e internados en busca de los rastros que quizá hubiera dejado Soledad, pero el reencuentro parecía incierto. Cierta día me enteré que el hermano de Daniela, Mateo, era monaguillo de una de las tantas iglesias de la ciudad. Escasas veces la visitaba, pues permanecía internado en la iglesia y las salidas eran casi nulas. Sin embargo, me propuse estar atento a su próxima salida y, por ende, a la visita a su hermana. Para ese entonces, entre Daniela, Santiago y yo ya existía una buena relación de vecinos y amigos y nos teníamos un cierto grado de confianza. Entre otras cosas, Daniela me contó que estudiaba Derecho, que cursaba el quinto año. Por su parte, Santiago, que estudiaba Biología, que cursaba sexto semestre y los fines de semana trabajaba en un restaurante como auxiliar de cocina. En cambio, yo, por andar tras los pasos de Soledad, apenas comenzaba a estudiar.

Entre esas andanzas, cierto día, cuando me dirigía a clases, también fui testigo de la visita de un político a la ciudad. Al ser testigo de esa visita, recordé que, en una festividad de fin de año, a un gobernante de extrema derecha lo habían invitado a la ciudad. ¡Vaya sorpresa la que se llevó, al ver que el desfile estaba lleno de muñecos alusivos a los políticos de su partido! Según él, esa era la peor ofensa que les podían hacer.

—Oiga, usted, que ostenta y presume de ser culto, déjeme decirle unas pocas palabras: pues, lea, investigue y entérese que ese es el fundamento y el verdadero significado de estas festividades de este sur, desde donde inicia esta nación. Es el día o, mejor, los días en los que los hijos de Urcunina se vuelcan a las calles. Utilizan vestidos viejos, con disfraces, máscaras y sonrisas de oreja a oreja, cargan unos muñecos enormes con las mismas sonrisas, solo que congeladas..., para expresar, libremente, el sentimiento de un pueblo

rebelde, de la casta de Agualongo, para dejar en evidencia la inconformidad y la incompetencia de los líderes que conducen el destino de estos territorios. Por cierto, aquí le dejo este ligero pensamiento, para que se vaya poniendo a tono:

Soy de aquí, soy del sur,
del sur de mi patria...
¡oh tierra hermosa!,
¡oh Nariño de mis ensueños!

Aquí comienza esta patria,
aquí terminan las penas;
aquí somos rebeldes,
aquí no tragamos cuentos quiméricos.

Estirpe bravía de ancestros
que siguen vivos en la memoria,
como la sangre que irriga el cuerpo
del aguerrido mestizo, Agualongo.

Mestizos, negros e indios,
pueblan todos los puntos cardinales,
incansables labriegos traen la abundancia
de los tapetes de todos los colores.

Urcunina es tu escudo,
tu himno La Guañena,
Carnaval es tu banquete,
trajeado de cultura y tradición.

Achichuy, si hace calor,
Achichay, si hace frío,
turistas y propios dicen:
¡que viva Pasto, carajo!

Urcunina: majestad vigilante,
Tu rugir nos despierta;
pedazo de mar sereno,
sosiego de las costas sureñas.

Mientras tanto: ¡estos son
los hijos del sur, quienes
merecen su respeto!

Después de dejar este breve mensaje para ese encopetado, seguí con mi recorrido e intenté abrirme espacio entre la multitud y el ajetreo del evento. Un enorme sistema de sonido traía las voces hasta todos los espectadores. Fui testigo, sí, pero solo de oídos, pues la muchedumbre no me permitió observar al político; total, no hace falta verlos para comprender sus verdaderos intereses. Gritos, arengas y ovaciones, se oían de los fanáticos y seguidores. Sucedió, mientras trataba de cruzar la atiborrada plaza.

—Los politiqueros corruptos, los de doble moral, los que no tienen sangre en la cara, — como diría mi abuela Encarnación—, buscan reescribir la Historia, —ese era el claro mensaje que pude percibir y, obviamente, lo hacen con la omisión de sus crímenes y, luego, se proclamarán salvadores de la Patria... y, como la peor desventura de esta sociedad es carecer de memoria, habrán ganado sin ni siquiera iniciar la partida.

Llegué a la academia. Cientos de estudiantes entraban y salían, como todos los días; por lo general, unos en grupos, otros en parejas; otros, como yo, solitarios...; en fin, había que continuar y así sucedió por mucho tiempo. Pese a las circunstancias, a las dificultades y sacrificios, al mundo indiferente, a la terquedad de la sociedad, a los maestros tradicionalistas, a las instituciones pasivas, a la sociedad indiferente y obediente..., pero, al menos, pude concluir que mi única arma, en adelante, serían las letras.

Una tarde, en que el mundo conspiró a mi favor, cuando regresé de la academia, oí en la habitación de Daniela que hablaba con alguien; supuse que era su hermano; sí, efectivamente era él, ya que Daniela lo llamó por su nombre. No sabía cómo hacerles la visita; sin embargo, solo fui hasta allá. Daniela ya sabía de mi historia con Soledad, por tanto, Mateo, por boca suya, también ya se había enterado. Llamé a la puerta y Daniela me hizo pasar.

—Buenas tardes, —dije y, al unísono, respondieron a mi saludo.

—Te tengo buenas noticias, —me dijo Daniela.

—¿Y eso?, —pregunté, mientras disimulaba lo que ya me suponía.

—Para que veas, ¡los milagros existen!, —expresó. Miré a Mateo y me hizo una señal positiva con la cabeza.

—Cuéntale, hermano, —le dijo Daniela y Mateo procedió a relatar:

—Conozco a una chica que hace algún tiempo llegó a un convento que queda por el norte de la ciudad. Según me ha contado mi hermana, físicamente responde a su descripción; por otra parte, también obedece al nombre de Soledad. Estoy casi seguro que debe ser ella.

—Sigue, sigue, —le dije.

—La chica es muy aplicada en sus estudios y en todo lo que le ordenan; pero de algo sí estoy seguro: ella no está a gusto en ese lugar. Se le nota en sus ojos, su semblante revela inconformidad, ganas de salir corriendo de ese encierro. Cierta día, la visitó una amiga y, con ella, envió una carta para un chico que se encontraba en el ejército; lo sé, porque somos muy buenos amigos. Cuando la estaba redactando, yo le hice guardia, para que ni la Madre superiora ni nadie se diera cuenta. Así, lo hicimos y, al fin, logró redactar la carta. Ese mismo día, la amiga le dio una noticia que la puso muy mal. Esa noticia tenía que ver con

su otra amiga: que, cierto día, cuando sus padres la habían dejado sola en casa, había decidido quitarse la vida. Según relató su amiga, se había ahorcado... dizque porque tenía una razón muy poderosa para hacerlo, por la cual ya no podía más... Soledad estuvo muchos días sumergida en la depresión, la tristeza y el llanto...; poco era lo que yo podía hacer; sin embargo, al menos estuve al pendiente de ella y le hice compañía... —Este relato me puso muy mal. Paradójicamente, por una parte, estaba feliz, pues, por fin, había dado con el paradero de Soledad, pero, por otra, la noticia que le había dado su amiga me arrastró a una situación similar a la que debió experimentar Soledad...

—Pero, bueno, eso ya pasó hace unos meses y, por lo que sé, Soledad ya se encuentra mejor, —concluyó Mateo.

—Bueno, dígame, ¿será muy difícil establecer contacto con ella?, —pregunté.

—Sí, —respondió Mateo—, pero creo que...

Unos gritos inesperados interrumpieron el relato. Era Santiago, que pedía ayuda desde su habitación. Corrimos tan rápido como pudimos. Cabeza amortiguada, convulsiones, manos paralizadas, mirada fija, como la del santo de tez morena y gran calvicie, ligeramente empolvada, que se hallaba en la sala de casona de la señora Cecilia; por cierto, era algo paradójico saber que la hermana Cecilia tuviera una imagen de esas; bueno, seguro era herencia de sus antepasados o algo por el estilo y por eso quizá la conservaba.

Ahí se hallaba Santiago, solo e impotente. Una cama desordenada y una habitación en los mismos términos, era lo único de lo que siempre podía dar cuenta, ya que estas escenas se repetían muy a menudo. Daniela, como de costumbre, impotente, repetía unas plegarias, las mismas de todos los días, por cierto, ya desgastadas de tanto repetirlas. Segundos, minutos, quizá horas debía marcar el reloj de péndulo en el corredor para que Santiago moviera sus pupilas y sonriera.

—Apriétame fuerte la cabeza. Hazme masajes en las piernas, se me están paralizando. Tengo las manos heladas, ¡Ayúdenme!..., —decía. Sin perder tiempo, trataba de ayudarlo y atendía sus peticiones, en tanto Daniela no dejaba de orar. Para cuando Santiago volvía en sí, las plegarias que había dicho Daniela se habían convertido en confusos murmullos carentes de significado, unidad, principios y finales.

Santiago padecía una enfermedad que lo había aquejado desde muy joven; bueno, desde más joven, pues apenas contaba con veinte años. Era muy desesperante verlo en esa situación; sin embargo, de haberla experimentado algunas veces, ya no nos afectaba tanto. Cuando se hubo recuperado, lo acomodamos en su cama y salimos al corredor.

—Bien, ya me tengo que ir, —dijo Mateo.

—Dígame, ¿cómo hago para comunicarme con Soledad?, —le pregunté, afanoso.

—Una vez llegue al convento, le cuento a Soledad y vemos cómo hacemos, ¿vale?, —respondió Mateo.

—Está bien, —repose, mientras se despedía de su hermana, y así abandonó la casona.

Más tarde, reflexioné, al acordarme de la escena que había vivido con Santiago y del padecimiento silencioso de Franjú. En este país del Sagrado Corazón, los únicos que tienen derecho a enfermarse son los ricos. Los pobres no tenemos derecho ni siquiera a morir. ¡Miserable Sistema de salud! Padecer una enfermedad y tratar de buscar ayuda se transforma en toda una odisea... Las enfermedades crónicas se vuelven las más lucrativas para los carteles de las EPS, del capitalismo consumista, pues no les importa para nada el lado humano de los pacientes, por lo que los someten a tratamientos eternos, que resultan poco efectivos y, en consecuencia, solo desencadenan otras afectaciones secundarias. Santiago tomaba siete medicamentos diarios, supuestamente para combatir su padecimiento; sin embargo, su salud se deterioraba más y más con el paso del tiempo. Hasta ahora, ningún efecto positivo había producido nuestra ayuda, al radicar tutelas para solicitar una mejor atención. ¿Acaso la salud no es un derecho? ¿Por qué tener que mendigar una atención más adecuada, efectiva y oportuna?...

Además, vino a mi cabeza la expresión del rostro de Mateo, pues su semblante revelaba a un chico cabizbajo y temeroso, que sentía como pena de mirar y que lo miraran fijamente a los ojos, por lo que, para dialogar, desviaba la mirada. Bueno, supuse que haría parte de su personalidad. Quizá fuera un tanto tímido, pero esa expresión me había dejado algo inquieto.

A la semana siguiente, Mateo había salido a comprar velas para el convento, por lo que aprovechó para venir, de pasada, hasta la casona. Para ese entonces, me relató que ya Soledad estaba enterada de mi presencia en la ciudad, lo que me puso feliz y más ansioso de que llegara el día de verla...

—Tenemos un plan, —dijo Mateo.

—¿Qué plan?, —le pregunté.

—Por lo general, los fines de semana, el padre y los seminaristas salen a decir misas, al igual que las madres tienen muchos compromisos, por lo que hemos pensado en que esa sería la oportunidad para que Soledad saliera y se encontraran.

—¿Y eso no será muy riesgoso?

—Claro que lo es, pero vale la pena intentarlo, ¿o no?, —preguntó.

—Por supuesto, —le dije.

—Deja todo en nuestras manos y ya verás que lo lograremos, —concluyó Mateo, mientras me pedía la dirección de la casona, que le entregué con pelos y señales, al tiempo que Mateo abandonaba la casa apresurado.

Rogaba porque la espera no se prolongara más y que el fin de semana que llegaba trajera consigo hasta la casona a Soledad.

Efectivamente, así aconteció. El día de volver a verla llegó. Ya no importaba la larga espera soportada, era insignificante todo lo que había sucedido a lo largo de ese tiempo. Lo que realmente importaba era ese reencuentro, tenerla tan cerca...; recordé una de las frases del escrito, que aún conservo, en que habla sobre las almas gemelas. Soledad y Mateo habían planeado la salida, para que el encuentro se llevara a cabo. Un 23 de mayo en la noche, así sucedió. La salida del internado no era tan fácil. Por boca de Soledad, supe que Mateo se hizo pasar por ella, recostado en su cama, para que, cuando pararan revista, no se dieran cuenta de su ausencia.

Hacia las 9:00 de la noche, de ese 23 de mayo, Soledad estaba frente a la puerta de la casona. Después de tanto tiempo, al fin volvía a ver de nuevo, entre las luces de las lámparas amarillentas, la hermosa silueta de la mujer que fascinaba. Su piel de porcelana, sus labios gruesos, sus cejas pobladas, sus pestañas rizadas, sus ojos profundos..., perfeccionaban el encanto de aquella noche. Un abrazo cálido y prolongado envió al carajo todo el tiempo que había pasado. La cantidad de escaleras que había que subir para llegar hasta mi habitación, por vez primera, había sido poca y fácil de ascender. Soledad, por horas, permaneció entre mis brazos; nos contamos todo lo que habíamos pasado durante nuestra separación. Entre esas cosas, me contó sobre su amiga, la que se había ahorcado.

—¿Recuerdas el relato que quedó inconcluso en el patío de mi casa, cuando mi madre nos interrumpió?, —me preguntó.

—Sí, sí, claro, —le respondí.

—¡Repugnante sociedad excluyente!... creo fue la última frase de mi relato, —dijo Soledad, mientras continuaba..., para iniciar por la familia, los seres más cercanos, los compañeros de estudio, las y los abuelos conservadores; todos, con mentes retrógradas y cerradas, ideologizados, carentes de juicios objetivos—: esto me pone mal y simplemente desearía no haber nacido. Pero, ¿qué culpa de tener otros gustos, otras preferencias? No creo que, por eso, merezca ser tratada como la enferma, la anormal, la escoria de la sociedad...

No hizo falta que Soledad dijera la frase, o la palabra final, para saber de lo que se trataba. Esa fue mi reflexión, mientras Soledad concluía su relato, que tiempo atrás había quedado inconcluso.

—Pues, sí, esa orientación sexual, que ella había tenido, quizá fue la causa que la llevó a quitarse la vida. —Suspiré hondo y no supe qué decir. Simplemente, la abracé más fuerte, como si le expresara un pésame tardío.

Entre una y otra charla de variados temas, como las que acostumbrábamos a tener en la Pampada, el reloj, desde afuera del corredor, nos indicaba que ya era medianoche. Acomodados en mi lecho, nuestras miradas se deleitaban con la panorámica que nos ofrecía la noche, en la medida en que nos lo permitía la ventana estrecha. Afuera, en el infinito, cientos de cuerpos celestes saltaban inquietos, mientras otros, de vez en cuando, se desprendían y descendían fugaces.

Soledad tomó mi rostro con sus manos y las deslizaba sobre él, una y otra vez; después, con su delicado pulgar, recorrió circularmente mis labios, hasta detenerse... De pronto, acercó los suyos a los míos... para, luego, fundirnos en un impulso de deseo desbordado que ya no daba más espera. Su silueta, cual montaña rusa, sus labios gruesos cual lindt suizo, sus pestañas cual abanicos en cálida costa, su piel porcelana de ternura infinita, su sudor cual rocío en el desierto, sus gemidos cual pieza de Beethoven... Mi cuerpo, sí, este cuerpo hecho fuego, mi corazón palpitaba con más fuerza, mi respiración era incontrolable, mi deseo surgía por cada poro; mi piel sedienta de la suya, la suya de la mía; su cuerpo y mi cuerpo, sí, los dos uno solo... ¡Oh increíbles instantes! ¡Oh irrepetibles sucesos!... La madrugada, cómplice, había legitimado para siempre el más sublime momento vivido. Seis toques, luz sutil, calor y aroma leves; sus besos recorrían eternamente por mis venas, huella de su cuerpo marcada eternamente sobre el mío, partida simultánea a la pretérita noche, humedad excitante sobre las sábanas, espacio ya vacío... Su huida, su ausencia me cubría.

En la tarde de ese día, sorprendí a Daniela orándole al santo de tez morena, que se hallaba en la sala de la casona de la hermanita Cecilia. Me entretuve quitando las hojas secas de las flores del jardín de la señora, mientras Daniela terminaba sus oraciones, para que saliera y así hablar un rato. Al cabo de unos diez minutos, salió:

—Hola, Dani, —le dije.

—Hola, —contestó, al tiempo que nos sentábamos en una banca de madera que había en el primer piso. Se quedó un largo rato callada, mirando hacia el jardín. Se notaba triste, inquieta; era evidente que algo la preocupaba. Después, mientras exhalaba un hondo suspiro, me dijo:

—Mateo me ha contado algo, que me tiene muy mal, —inició.

—Él ha servido por muchos años en el convento como monaguillo. Mi familia y yo hemos estado orgullosos de ese gesto. Sin embargo, después de su relato, no sé qué pensar, qué hacer, ni cómo actuar; siempre he notado algo extraño en su comportamiento.

—¿Será el mismo que yo he notado?, —dije para mis adentros, mientras Daniela proseguía.

—Tengo confianza en ti; te voy a contar, pero quiero que seas discreto con ello; ¿puedo confiar en ti?, —me preguntó.

—Por supuesto, —le respondí.

—Mi hermano está siendo víctima de abuso sexual en ese lugar. No sé si eso es lo peor o lo peor es saber quién lo está haciendo. Quizá las dos cosas sean igual de indignantes e imperdonables. Quien ha hecho y está haciendo esta canallada es el mismísimo padre del convento, —concluyó Daniela, al tiempo que sentía como si me hubiera caído un baldado de agua fría por esa horrenda novedad.

—Según lo que me dijo Mateo, esto está sucediendo desde que él contaba con siete años de edad y que no lo contó por miedo. Ahora tiene 16 años. ¿Te imaginas todos los años de sufrimiento que ha padecido mi hermano, por culpa de un desadaptado y enfermo como ese?, —me dijo Daniela, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Tiene razón, —le respondí, con un nudo en la garganta. Daniela se levantó y corrió apresurada a su habitación, como a ocultar su llanto, por lo que no insistí en ir tras ella. Y el resto de esa tarde-noche, me desentendí de eso.

Al día siguiente, a primera hora, Santiago tenía una cita con el especialista, por lo que me había pedido el favor que lo acompañara. Entre tantos intentos y tutelas, al fin habían tenido efecto positivo nuestros esfuerzos.

Nos subimos en una ruta aglomerada de gente. Solo conseguimos un asiento, por lo que hice que Santiago lo ocupara, mientras yo iba de pie, para recibir los empujones, los pisotones y hasta los manoseos de los demás usuarios. Santiago, agarrada su quijada con la mano derecha y mirando hacia afuera por el vidrio del bus, parecía invadido por múltiples pensamientos, suposiciones y, quizá, oraciones...; llegó el momento de descender y tratamos de hacerlo rápido, ya que el conductor iba presuroso, como alma que lleva el diablo; sin embargo, me logró arrastrar unos tantos metros más, después de la parada. Llegamos a la clínica; Santiago tenía como los pies atados o cargados de plomo; le pesaban, lo detenían; parecía que no podía avanzar más. Trataba de alivianarle el peso de sus pesares, por lo que le hacía alguna broma, pero poco era el efecto que causaba. Una puerta grande y transparente teníamos a nuestra vista. De pronto, se abrió, ayudada por un vigilante. Nos enfrentábamos al primer filtro, el vigilante que nos saludaba y llevaba puesto un uniforme azul oscuro, camisa blanca, una tonfa o bastón de mando y sin gorra. Era algo extraño ver a este guarda; tenía el cabello semilargo y lleno de fijador y parado hacia arriba:

—¿Cómo se ha perdido la disciplina en estas instituciones!, —pensé, pero, bueno, ahí estábamos.

—Buen día, ¿hacia dónde se dirigen?, —preguntó.

—¡Buenos días!, —respondimos conjuntamente y, luego, Santiago le dijo que tenía cita con el doctor Díaz, al tiempo que le mostraba una serie de documentos.

—Sigán, fondo a la derecha, consultorio 107, —dijo el vigilante.

—Gracias, —le dije y nos dirigimos hacia donde nos lo indicaba.

Ya en la sala de espera, quizá pasaron aproximadamente unos treinta minutos, pero parecía como si hubiera sido medio día. En estos lugares, la espera se hace eterna; peor aún si se está a la espera de resultados de laboratorio. Santiago esperaba los resultados de exámenes muy minuciosos, pues su salud se había deteriorado en demasía.

—Lástima que aquí se tuviera que esperar a esta situación para recibir atención adecuada, —me repetía, mientras lanzaba un suspiro y veía disimuladamente la preocupación que reflejaba el rostro de Santiago.

De pronto, se abrió la puerta del consultorio 107 y de allí salió una voz que llamaba a Santiago, que hizo caso omiso al llamado, como si no hubiera oído nada. Lo puse al tanto, que debíamos pasar al consultorio del doctor y obedeció, como si apenas se enterara del llamado; nos dirigimos al consultorio, pero continuaba como fijado al piso, como si lo detuviera, como si calzara zapatos de plomo. No supe, en realidad, qué estaba experimentando en esos instantes, pero supuse que la angustia lo estaba consumiendo.

—Buenos días, —saludó el doctor.

—Buenos días, —respondió Santiago.

—¿Cómo sigue?, —le preguntó.

—Ahí será bien, en la medida de lo posible, como para no preocuparlo, —le respondió Santiago, mientras se esforzaba por sonreír.

—A ver, permítame su documento, —continuó el doctor y Santiago sacó la cédula de su billetera color café y se la pasó al doctor Díaz.

—Vamos a ver qué tal están sus resultados de laboratorio, —expresó el doctor, mientras tecleaba el número de identidad en su computador. Revisó, con detenimiento cuidadoso; se tardó como unos dos minutos en hacerlo; pinchaba varias veces el mouse, hacía desplazamientos de arriba abajo y viceversa. Procedió a escribir en su computador una serie de cosas, que no sabía qué eran; luego, me interrogó:

—¿Qué parentesco tiene con el paciente?

—Primos, —le dije, sin dar espacio a que Santiago respondiera algo distinto. Creo que el doctor así lo registró, pues, al fin, apoyó su codo sobre el escritorio, al tiempo que se llevaba su mano a la mandíbula; echó la última mirada al computador y, luego, a nosotros; Santiago estaba cruzado de brazos, mientras hacía esfuerzos sobrehumanos para tratar de mostrar tranquilidad, hasta cuando dijo:

—Bien, los exámenes no son buenos, pero tampoco son malos, así que tranquilos, —nos dijo. Quedé algo desconcertado. Y continuó:

—Ahora, el procedimiento para su tratamiento requiere de observación, por lo que debemos realizar hospitalización, —nos dijo. Luego, se dirigió a mí y me expresó:

—Usted, como el acudiente y/o familiar, encárguese de las diligencias para la hospitalización. Vaya a facturación, allí están todos los documentos y órdenes que envíe para ese procedimiento.

—Bueno, —repuse. Miré a Santiago y salí pidiendo permiso. Iba a mitad de pasillo, cuando el doctor Díaz me alcanzó.

—Los resultados de Santiago no son nada alentadores, —expresó sin vacilaciones—. La verdad, solo me estaban confirmando lo que suponía; el semblante de Santiago daba cuenta, por sí solo, de que su enfermedad era muy compleja y, además, estaba muy avanzada.

—Bien, doctor, diga solo lo que hay que hacer e inmediatamente procedo, —le expresé, casi con una súplica.

—Realice inmediatamente todos los trámites de hospitalización y, de ahí, ya es cuenta de la clínica y el personal profesional; ya todo está ordenado para la hospitalización y los procedimientos que Santiago necesita, —concluyó el doctor.

—Gracias, así lo haré, —repuse, mientras el doctor regresaba al consultorio.

... Camilla, cables, sueros transparentes y amarillentos, oxígeno, equipo de monitoreo, sonidos repetitivos y desesperantes..., pacientes por doquier, unos aparentemente tranquilos, otros pálidos, con turbantes en sus cabezas, cabezas rasuradas..., enfermeras, enfermeros, doctoras y doctores cubiertos hasta más no poder, como si fueran momias..., mi mano estrechando la mano de Santiago durante siete eternos días... Una noche de lunes, cuando el reloj marcaba las siete en punto, Santiago apretó con tanta fuerza mi mano, que casi rompe mis huesos; instantes después, antes de que los rompiera, su apretón iba disminuyendo...

¡Maldita sea!, si ni siquiera la ciencia había logrado hacer mayor cosa por Santiago, peor yo, un infeliz desdichado... Caminaba como en el aire, por esos pasillos helados, tropezaba

con gente vestida de blanco, pacientes con miradas lánguidas, acudientes ojerosos y desesperados...

Una vez afuera, la casona me esperaba fría y triste, quizá afectada por lo sucedido. Llamé a la señora Cecilia, no encontré respuesta, quizá ya dormía, pues lo acostumbraba a hacer muy temprano. O, quizá, aún no hubiera regresado de uno de sus repetitivos cultos o, a lo mejor, fue a dejar el diezmo al pastor y se le hizo tarde. En fin, lo que contaba era que no se encontraba en casa.

Como desubicado, quise llamar a la puerta de la habitación de Santiago, pero, ¿para qué?... Lo hice en la de Daniela, tampoco conseguí respuesta... Mi habitación fue la única que atendió a mi llamado. Y me acogió entre sus paredes una vez más, con la luz ligera que se filtraba por la ventana.

A la madrugada, cuando apenas se alcanzaba a distinguir la ciudad, alarmas, sirenas de bomberos y una columna de humo, oía y miraba en dirección norte, justo por donde se ubicaba el internado de Soledad. Salí tan pronto como pude. La media hora que solía gastar en la distancia de la casona al convento o internado se redujo a unos pocos minutos. Llegué al lugar de los hechos, todo estaba acordonado, no podía creer que justamente era la cuadra donde se ubicaba el convento. Gente desesperada, gritos de auxilio y otros tantos solicitaban apresurar la extinción del fuego; policías y bomberos impedían el paso de las personas que querían ayudar y averiguar por la suerte de los familiares que se hallaban dentro. ¡Bendito lugar, cómo ardía entre las malditas llamas!... De un lugar de siete enormes ventanales frontales, con doce a sus costados, salían llamaradas infernales... Vi como una imagen de San José y su hijo en brazos ardía indiferente entre las llamas, sin ni siquiera mosquearse, sin ni siquiera hacer nada para socorrer a sus devotos. Mis piernas no me pudieron detener más, por la angustia y la fuerza que hacía sobre el acordonamiento, para entrar a apoyar y buscar a Soledad, por lo que me vine al piso. Nadie pudo hacer nada. Todo lo que existía en la cuadra se consumió en unos pocos minutos.

Vagué, como errante, durante tres días por toda la ciudad. En medio del llanto incontenible, la esperanza agonizante, la tristeza agobiante y el vacío que me inundaba. En la esquina de un parque, me detuve. Observé a un anciano que vendía diarios amarillistas; adquirí uno. Las noticias y las investigaciones de lo sucedido, como es natural, no se habían hecho esperar. En ese entonces, ya estaban en todos los medios de comunicación. Sentado sobre la acera, en la esquina del parque, vi en primera página la primicia del incendio del convento y toda la cuadra.

... al menos 70 personas perdieron la vida en un incendio, presentado hace tres días, en una de las cuadras de *Surprise City*, la mayoría de ellas religiosas, religiosos e internos de un convento del norte de la ciudad.

Según reporte de medicina legal, entre las víctimas fatales identificadas hasta el momento se hallan la Hermana superiora, Teresita, María de Jesús; el padre Daniel Rosales Moreno; las internas Deisy, Soledad y los monaguillos Juan y Esteban. Por otra parte, según el reporte de los investigadores del siniestro, el incendio fue causado por tres sujetos, de los cuales ya se identificó plenamente a uno, quien responde al nombre de Diego Fernando Maya, y ya se judicializó, mientras que de los otros dos, aún no se conoce su identidad y se desconoce su paradero.

Según el judicializado, fueron contratados por una mujer joven, de nombre Daniela, quien buscaba cobrar venganza contra el padre Daniel Rosales Moreno, quien presuntamente había abusado de su hermano por muchos años y que, además, lo había contagiado de una enfermedad venérea.

Las autoridades competentes estarían tras las pistas de los otros dos autores materiales y la presunta autora intelectual, para dar con su paradero y judicializarlos. Según informe de la Fiscalía, los otros dos hombres y la mujer quedaron registrados en cámaras de seguridad, ubicadas en edificaciones vecinas al convento, cuyos registros serán pieza clave para las posteriores investigaciones. De la mujer, se conoce que, unas horas antes del siniestro, estuvo en el internado y salió acompañada de un chico, quien se presume sería su hermano, de quienes también se desconoce su paradero.

—Eso puntualizaba el redactor.

Doble y triple era mi tragedia. Primero, ante la pérdida de Santiago; luego, la de Soledad y, por último, por enterarme que quizá Daniela fuera la autora intelectual de ese deplorable suceso.

... Una lancha colorida me conducía por un río hacia una *cocha*, según la lengua quechua. El río se hallaba adornado a ambos costados por casitas de madera, muy hermosas, de estilo suizo, con unos acabados increíbles, adornadas por flores de múltiples colores. Sobre la superficie de un extenso lago, en compañía de una tarde helada y gris, me encontraba abrazado a un cofre, en cuyo interior se hallaban las cenizas de Soledad. La lancha me desplazaba alrededor de una pequeña isla. Mientras meditaba en todas mis desventuras, una mancha gris salía desde el cofre y se esparcía para formar los mismos círculos del recorrido de la lancha. La mancha gris, en forma de espiral, cada vez se extendía más y más a lo ancho de la *cocha*. El gris, al entrar en contacto con la superficie del lago, originaba un brillo intenso, que iluminaba la opaca y helada tarde.

... Inmerso en *Surprise City*, sí, en ella, en su agitado diario, me sorprende, me asombro, me asusto, me aterro cuando se me cae la máscara, el disfraz. En mis andanzas y desenfrenos a lo largo y ancho de la urbe, juro que perdí la cuenta de las veces que me ayunté; solo una vez hice el amor, sí, solo una vez, la noche que, con Soledad, fuimos uno solo. Lo urbano absorbe, transforma. Así como puede llevar a la gloria, también puede arrastrar al abismo. Al sur, al norte, al este y al oeste, la gente bien, pero, también, los indigentes. Señoras y señores elegantes, que presumen sus más finos trajes; los otros, los indigentes zarrapastrosos, en las esquinas, huelen bóxer; chicas uniformadas, lucen jardineras pulcras, arriba de las rodillas e intoxican la atmósfera con los más finos perfumes; las otras, sí, “las niñas”, las putas huelen a horripilante jabón barato; chicos bien,

tinturados los cabellos merodean los mejores centros comerciales; los otros, los chiquillos huérfanos arrojados a la calle, en los semáforos mendigan una limosna. Los dueños de lo ajeno hacen de las suyas con los más indefensos, mientras los “tombos” chatean imparables, cotizan sus “jopos”. Los integrantes de comunidades diversas se menean por las concurridas avenidas; las beatas conservadoras, asombradas, se tejen cruces y entregan dádivas a los que visten trajes eclesiásticos. El político, en la plaza pública, alardea de su cargo, mientras sus electores, ciegos, se lamentan por la situación crítica que los consume. Los universitarios marchan, luchan por mejores inversiones, en tanto en los ministerios se codean con los pseudoartistas... ¡Vaya paradojas!, contradicciones irresolubles que, desde hace mucho tiempo, la sociedad negligente no ha resuelto; antes, por el contrario, con sus viles actos, las legitiman día a día. Bueno, aunque como hijo innegable de esta sociedad y, al obedecer a la interpretación de Spengler sobre los contrarios, del pensador de Éfeso, en la antigua Grecia quizá, también siga creyendo que se trata de una dinámica de la vida, donde ningún opuesto puede ser posible sin el otro.

En la contemporaneidad, ¿seré merecedor de linchamiento? Quizá sí. O acaso, ¿solo por mera vagancia de pensar estaré diciendo que todo se trata de una dinámica? Seguro que sí. De ser así, pues resulta muy cruel, pero es innegable que Heidegger tiene razón al decir que aún no pensamos, en el sentido en que, incluso en la postmodernidad, no superamos la metafísica; es decir, la religión, la totalidad, el tiempo, la cultura..., pues nos sentimos cómodos en ella, dormimos plácidamente con ella. El confort nos seduce. Es engorroso entrar a navegar en estos pensamientos; es que, precisamente, al haber escrito: *la dinámica de la vida*, estoy legitimando el mismo *devenir*, pues resulta innegable que todo está en movimiento, en cambio perpetuo. El *Oscuro* de Éfeso, habla del *fuego*, pero como una metáfora; es decir, el fuego entendido como movimiento. En fin, todos, hijos del mismo pueblo, arrojados a la agitada urbe, sobre las faldas del león dormido, ahí permanecemos.

La luna sonámbula se había animado, una vez más, a hacer de las suyas; acataba el *retorno cíclico* de Mircea Eliade; errante, surcaba el cielo, al tiempo que me mostraba la salida, iluminaba el río, le daba un aspecto de cristal resplandeciente. Es verdad que, al finalizar el período lunar, en seguida llegan las tinieblas, pero no para quedarse para siempre. Así mismo, la desaparición física de Soledad no será definitiva. Todo deviene, se transforma. Nace y se destruye; nada escapa. Al pensar arcaicamente, simplemente regresó a su estado natural. Soledad, la deidad de mis ojos, ahora solo era una fracción de ceniza. Ha vuelto a su lugar, a lo que fue, es y seguirá siendo. Pero yo, aquí estoy, voy a ayuntarme con otro semejante y perpetuaré la existencia, legitimaré el giro cíclico, el *eterno retorno* o el *devenir* nietzscheano. Sumergido en estas rumies y, una vez más, sin haberla fumado, espero y me crean; la lancha se había quedado sin combustible, por lo que debí armarme de paciencia y esperar que las olas me arrastrasen hasta el puerto.



Figura 5. Delirio. Lápiz de color sobre Cartulina Durex.

CAPÍTULO V

CLAUSTRO

Las emociones no expresadas nunca mueren.
Son enterradas vivas y salen más tarde de peores formas.

Sigmund Freud

Para esos días, el repetitivo arribo a *Surprise City* del negro, Edymar y Franjú, se acercaba de nuevo.

Paredes blancas saturadas por avisos e imágenes, puertas y pasillos innumerables; gente con miradas lánguidas, pacientes inquietos y quejambrosos, otros que sonreían entre su inocencia y su padecimiento, familiares tristes y cansados, con los párpados humedecidos y pronunciados igual o peor que los de sus seres queridos, daban cuenta de lo que este mal produce. Sanatorio enorme, dividido en pabellones. En ese momento Edymar, el negro — de cariño, así le decíamos—, Franjú, el hombre de la voz apagada, y yo, nos hallábamos en la sala de espera. Arriba, en lo más alto, observaba una pantalla gigante, en cuyo centro pasaba de derecha a izquierda un letrero que decía:

Bienvenidos al Sanatorio: El Buen Samaritano.

Odié leer y releer no sé cuántas veces esa bienvenida. ¿Cómo pueden dar la bienvenida a un lugar tan deprimente como este?

Observé muchas otras cosas. Supe que, al lado de la sala de espera, más exactamente a mi lado izquierdo, quedaban dos consultorios de trabajo social; bueno, eso decían los avisos que descansaban en la pared. A nuestro frente se hallaba una oficina dividida por tres grandes ventanales de cristales, que daban la sensación de ser, más bien, una urna de cristal. En la parte superior de las ventanas, colgaban dos letreros, en cuyas letras de color negro sobre fondo blanco alcanzaba a leer: *Urgencias-ingresos*, y, *Activación consulta externa*. Adentro del cuadro de cristal, había dos chicas hermosas y un chico, que no puedo negar, también era guapo. De vez en cuando revoloteaban, se miraban, se preguntaban, sonreían, escribían eternos minutos en sus aparatos; bueno, eso concluía qué hacían. Una de las chicas era de tez morena, de una cabellera ondulada y enorme que le llegaba hasta las pantorrillas, un tanto malgeniada, por cierto. La otra, en cambio, un amor a flor de piel. La amabilidad se le salía por cada poro y ni hablar de su deslumbrante belleza. Edymar cabeceaba a uno de mis costados, el negro observaba hacia afuera entre la ventana; pude darme cuenta que su mirada se perdía en el infinito difuso. Franjú, a mi otro costado, parecía tranquilo. La mano derecha sostenida por su axila, mientras que la izquierda le

servía de soporte a su quijada; tenía la mirada estática en el piso, justo en uno de los cuadros que establecía la unión de las baldosas. Edymar suspiró y dijo:

—¡Qué demorados estos procesos!

—Sí, —repliqué—, en tanto el negro se levantó, nos observó y nos lanzó una sonrisa silenciosa, mientras buscaba un mejor panorama del infinito, donde volvía a perderse su mirada.

—Franjú!, Franjú!, —oí entre los pasillos.

—Es nuestro turno, —dije, en seguida. Edymar, como si acabara de despertar, replicó:

—¡Sí, vamos! —Entonces, pasamos a una estrecha recepción, donde estaba una chica, en quien ni siquiera nuestro saludo encontró receptor. La chica hizo una serie de preguntas y medio examinó a Franjú, diligenció unos formatos y, por último, le pasó al negro un pequeño trozo de papel, en el que se hallaban los datos recolectados de Franjú.

—Esperen en la sala al llamado del doctor, consultorio número 7, —e indicó la sala con un gesto de su boca. Al unísono respondimos:

—¡Gracias!

Otra sala de espera nos acogió. Las sillas, de tres en tres, estaban ubicadas a los costados de la sala. Eran enormes, agujereadas y grises. Hacia una de las paredes estaba una señora de aproximadamente unos 45 años y, junto a ella, un chico de corta edad, quizá contaría escasos 17 a 20 años. Sus miradas nos escanearon a todos al instante. El chico se notaba inquieto y fatigado, su respiración acelerada, cruzaba los brazos; al instante, lo deshacía. Sacaba de los dedos de sus manos unos leves sonidos, las coloquialmente llamadas “yucas”. Era apenas lógico, el chico no estaba en sus cinco. Como las sillas contaban de tres en tres, yo me ubiqué en el otro costado. Edymar, el negro y Franjú quedaron al frente. Desde allí observé que Franjú, con una mirada disimulada, no perdía de vista al chico y a la señora.

—¿Qué se preguntaría de ellos?, —quizá—: ¿correrán la misma suerte que yo?

No lo supe. Total, poco me incumbía. El negro, cruzado de brazos, me sonrió y dijo:

—Ya el color del sol marca el mediodía.

—Sí, —le dije, entre un bostezo. Las claraboyas perfectamente permitían el paso de la luz exterior.

Por la ventana, pude observar a un hombre que regaba el jardín en pleno mediodía. Recordé que la mujer hermosa, de estatura pequeña, me insistía:

—El jardín se debe regar al rayar el día o cuando caiga la noche. —Confundido, me repetía una y otra vez:

—Eso echará a perder el jardín de blancos y exuberantes cartuchos. —El hombre que regaba el jardín llevaba un overol enterizo azul oscuro, una cachucha rojiza mal ubicada en su cabeza y unos zapatos negros. No pude ver su rostro, pues me daba la espalda, pero sí pude observar, entre las rejas, la enorme casa que estaba justo al frente, al otro lado de la calle. Era una casa de color verde, con sus costados de ladrillo, en color original. De su balcón, colgaban unos largos y poblados musgos, que servían de cortinas a las ventanas y, de donde se desprendían, había unas orquídeas amarillas, que hacían juego con el sol del mediodía. Era un amarillo resplandeciente, que me envolvía; me sentía pleno, en un mosaico de vals: danzaba libre en las puntas de los pies, giraba como tantos giros ha dado la tierra en su coqueteo al astro rey. ¡Maldita libertad! La libertad no es un ente abstracto, es una fuerza real, pero, ¿quién soy yo danzando libre allá en el infinito? Soy una utopía, una nada. ¡Triste realidad!

La libertad es el fundamento del ser; hay ser, porque el hombre es libre. El hombre comienza por el existir, como lo consideró Sartre; es decir, el hombre no tiene esencia, puesto que inicia por el existir; entonces, no tiene un linaje que lo precede, ya que su esencia y su ser se los da por sí mismo. Ahora bien, ¿cómo el hombre se da su ser? Pues se lo da a través de sus elecciones, sus acciones libres y su praxis; o sea, el hombre no está determinado, se determina. Es libre y libre de ir eligiendo y esa libertad será su responsabilidad y lo más embarazoso es que sabe que será el responsable de toda la humanidad. Si por una parte se carga con el propio peso de la responsabilidad y se cae en la cuenta de que se lleva a costas la de los demás, el individuo se va a angustiar. Así, llegué a la conclusión de que, al danzar en medio del infinito, no era nada. Ahora bien, —¿Cómo se manifiesta la nada? La nada se revela a través de la angustia. El verdadero hombre, es decir, el hombre auténtico de Heidegger, navega en esa angustia y va tras el encuentro de sí mismo con el propósito de constituir su esencia y darle sentido a su mundo y al de los demás. Asimismo, ser nada es muy triste, pero si ser libre es atreverse a pensar por sí mismo y hacerse a sí mismo responsablemente, entonces no será una vana tristeza, pues el hombre realmente libre se proyecta, se mantiene activo y está en constante realización.

... Al danzar libremente el vals, supe que soy una libertad que escoge, pero, al mismo tiempo, que, entre esa multiplicidad de elecciones, una no puede ser posible: la elección de ser libre. La libertad no puede entenderse como sinónimo de libertinaje. Me reprocho una y otra vez cómo puedo ser tan cruel conmigo mismo...; cómo mi otro yo, si lo sacara a la luz, espantaría... ¡Vaya desenfreno el que me causó la pérdida de Soledad, Santiago, mis lanzas!... Evoco, como por primera y única vez lo hice, el amor con Soledad, pese a haberme ayuntado cientos de veces, después de su pérdida...

Inmerso en esta secuencia de pensamientos, el contacto de una mano tibia interrumpió mis reflexiones. Sobre mi hombro estaba la mano del negro, que me señalaba la hora; apenas habían transcurrido tres rayas más en el reloj.

Miré a Edymar, a Franjú y todo estaba en total sosiego. Al lado derecho, en la pared que conducía a los pasillos, vi tres cuadros, ubicados simétricamente. En el centro, había el retrato de un hombre de calvicie pronunciada y sotana negra. Los bordes del cuadro eran de un negro profundo. El retrato de ese hombre tenía de fondo una pintura difusa; el hombre estaba ubicado entre un círculo y un cuadrado, al igual como está el hombre de Vitruvio, de Leonardo di ser Piero da Vinci; bueno, no supe quién era ni tampoco me di el trabajo de averiguarlo. Al costado derecho, en el otro cuadro, había un hombre con lentes, bata negra y su cuello dejaba escapar los extremos de una camisa blanca; de sus labios surgía una leve sonrisa congelada en el tiempo; los bordes del cuadro eran de color café. El retrato descansaba sobre un fondo blanco, en cuya parte inferior se leía: Hno. Jesús Etayo Arrondo, O. H., por lo que supe que él era el Superior General de la Orden Hospitalaria *El Buen Samaritano*.

Por último, presté atención al tercer cuadro. Al igual que el anterior, tenía iguales sus extremos y el mismo color. Después de los bordes, el primer fondo, donde estaba el tercer retrato, era de un beige envejecido, seguido de un fondo negro, donde sobresalía la pintura del Papa, con su mano derecha levantada, para saludar y lanzar una sonrisa eternizada. En su parte inferior, en letra cursiva, decía: Papa Francisco. Además, en la parte superior del mismo cuadro alcancé a leer una frase, quizá del mismo Papa, digo quizá porque no estaba entre comillas ni nada por el estilo: Al servicio de los humildes. Pasé mi mirada por la sala de espera y la mujer y el hijo ya no se hallaban en ese lugar. Edymar tenía cerrados los ojos y su cabeza descansaba sobre el hombro del negro, en tanto Franjú, cabizbajo y cruzado de brazos, se notaba algo inquieto.

—¡Franjú! —Una voz fuerte se deslizó ágil a lo largo de todos los pasillos. Al fin, ese era el turno de pasar al consultorio número 7. Todos nos levantamos afanosos, excepto Franjú, a quien Edymar y el negro ayudaron a levantarse para dirigirnos en busca de la voz. Pasamos al consultorio y saludamos al hombre del llamado.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes; sigan, tomen asiento, —replicó. Había dos sillas, ¿cómo pretendía que cuatro almas nos sentáramos allí? Franjú y Edymar lo hicieron, el negro y yo nos ubicamos a los dos costados. En el escritorio que, entre otras cosas, era enorme y tosco, había un papel en forma triangular con un logo, que poco alcancé a descifrar, y el nombre: Dr. Pérez.

El doctor Pérez sólo se dedicó a plantearnos un cuestionario, tan largo como el mismo Santo Rosario. Una tras otra pregunta para el paciente, pero contestábamos nosotros en su

lugar, ya que Franjú, desde aquel suceso, permanecía sin pronunciar palabra; además, es, o se hacía, el sordo. Bien, como quiera que hubiera sido, esa fue la dinámica, mientras el Dr. Pérez escasamente nos miraba y solo se dedicó a escribir y escribir en su equipo polvoriento. Reflexioné y me dije:

—¿Cómo hace falta recuperar las Ciencias Humanas? ¡Vaya práctica de las Ciencias Naturales a la que hemos llegado, con la complicidad de la nueva tecnología! Aquí se le sobrepone el objeto al sujeto. Quizá es cierto que tienen normas y esas normas les indican que pusieran en práctica el distanciamiento; es decir, que solo se trata de indagar y platicar de lejos, pero no interferir, que tengan cuidado. Como diría el viejo y conocido adagio: Juntos, pero no revueltos. En fin, después de oír y responder el interrogatorio distante del Dr. Pérez, para terminar, dio su diagnóstico y, con voz más baja, como si evitara que Franjú escuchara, expresó:

—Hay que internar. —Entre todos, solo cruzamos las miradas y un suspiro acompañó ese gesto. Así, los trámites para internar nos esperaban.

Luego, aparecieron dos hombres de batas blancas, que despojaron al hombre de bigotes abundantes de sus pertenencias, les pasaron ruana y sombrero a los estáticos hijos que, entre lágrimas, apenas empezaban a comprender lo que sucedía. Al cabo de unos segundos, Franjú nos daba la espalda, hizo gestos de regresar a vernos, pero pudo más la fuerza de los dos hombres, que lo sostenían de lado y lado. Apenas vi que su cuello torcía, con su mirada baja y triste, que penetraba en mi costado, oí:

—¿A dónde vamos? Pero... ¿Y mis hijos? —Alguien murmuró:

—Todo estará bien. Ellos ya vienen. —Me estremecí. Lloré. Lloramos. Al fondo del pasillo solitario y frío, al doblar a la izquierda, desapareció Franjú con los dos hombres de blanco a lado y lado. El abrazo fraternal fue el único que pudo dar consuelo a la entristecedora escena que acabábamos de vivir.

Edymar y el negro, acongojados, al igual que yo, abandonaron el recinto junto conmigo, como, también, al caer la noche, dejaron la ciudad.

La noche no dio tregua. La vigilia estuvo presente desde la puesta del sol, hasta su regreso. Un coro de perros le ladraba a la noche de media luna. El eco se confabulaba con ellos para hacer más nutrido su ladrido. El perro más cercano parecía tranquilo; el otro, a medio camino, parecía más agitado, en tanto que, en los más lejanos, sus ladridos parecían desdibujarse y confundirse con la espesa noche, que daba cuenta respecto a cómo devoraban la presa carente de defensa. Pudo más mi conciencia y me repetía:

—¿Qué hiciste? ¿Cómo estará? ¿Qué sentirá? —La angustia me corroía. Apenas rayó el sol, pude pasar el trago amargo de los acontecimientos vividos. Sentí que era hora de partir para ver cómo se hallaba Franjú.

Me hallé frente a un portón enorme, custodiado por un hombre de traje gris, quien, entre sus manos, tenía y hacía sonar un racimo de llaves, que irritaba a cualquiera. Después de una justa espera, cuando el reloj marcaba las 10 en punto de la mañana, entonces el custodio eligió la llave correcta lo que hizo que la fila se moviera. Ya ingresado, el panorama no era alentador: una sala de visitas con sillas y mesas Rimax azules, que habían aislado estratégicamente; mientras elegí una, un hombre de uniforme blanco me preguntó a quién necesitaba:

—A Franjú, —repliqué, de modo que se acercó a una puerta que daba a un patio rectangular y gritó en varias ocasiones a Franjú. Al obedecer al llamado, Franjú apareció de entre varios internos que vestían prendas uniformes. Llevaba puesta una sudadera ancha, en la que el color azul oscuro predominaba; las mangas de los brazos eran de un gris enterizo, mientras las mangas del pantalón tenían a los costados unas franjas del mismo gris. Afanoso, se acercó y lo saludé, pero no recibí respuesta. Franjú no dejaba de caminar; su cabeza, inclinada hacia abajo, revelaba que su noche no había sido diferente a la mía; sus pasos eran acelerados pese a que llevaba horas y horas en las mismas circunstancias. Observé sus brazos cruzados, paseaba impaciente, se notaba agitado y solo repetía:

—Sáqueme de aquí!, ¡sáqueme de aquí!, ¡sáqueme de aquí! —No sabía qué decir. Llevaba tiempo que no le oía palabra alguna a Franjú, sin embargo, al menos esa frase repetida varias veces me reconfortaba. Finalmente:

—Es lo mejor. Sólo será unos días, —le contesté. En el fondo sabía que no era así y esas palabras me habían lastimado aún más que el desprecio a mi salud.

Los minutos transcurrían y la situación para mí era un verdadero suplicio, seguía siendo lo mismo. ¡Maldito martirio! ¿Por qué debía cargar con esa cruz, si sabía que no era el reo? Cuando un pariente sufre, lo padecemos, ¡y de qué manera! Al parecer, esa es la condena con la que cargamos.

En la misma sala había una dama, que visitaba a un caballero; su semblante revelaba juventud y lucidez. En una de las tantas vueltas que Franjú dio, le susurró:

—¿Cómo está? ¿Ya está mejor? —Eran la segunda y tercera frase que le había oído en mucho tiempo, lo que me animaba un poco, pese a que lo había hecho en un tono muy bajo, apenas perceptible.

—Sí, —le contestó, con afecto, mientras le dirigía una sonrisa. ¡Vaya dosis de medicina que me regalaban!

Intenté tantas veces que Franjú pasara a la mesa, se tranquilizara, descansara y que quizá comiera algo; en tantos intentos, todos fallidos. A ver, a ver, ¿cómo así?, ¿cuáles intentos y cuáles fallidos? ¿Pasar a la mesa? Pero si la hora del banquete aún está muy lejos; con tantos discursos y protocolos baratos, ya el sueño y el apetito se habían apoderado de mí a más no poder. O sea, ¡claro!, pero si sigo aquí sentado y veo la celebración del centenario de la Pampada y, además, obvio que habrá banquete y, efectivamente, aún falta mucho para llegue la hora de degustarlo.

Pero, ¿qué está sucediendo? La primera, la segunda y la tercera frase de Franjú... ¡Cuál Franjú!... ¡No!, si son más y las he entablado con los otros dos asistentes que, también, han venido al evento y los tengo a mis dos costados. ¡Qué va! ¿Qué es lo que estoy imaginando? ¿Me estás traicionado, inmunda conciencia? Háblame, respóndeme... ¡No! ¿Cuál centenario? En efecto, sí estoy sentado, pero en un puto piso helado, mientras recibo un baño frío con una manguera de regar jardines o lavar autos.

¡Hum! ¡Qué mierdero es éste! Si cuando ingresé a este tétrico lugar creyeron que estaba rayado, ahora sí que les doy la razón. Pero, y entonces, ¿quién dio, da o daba el discurso del centenario? ¿Quién se ilusionó en la escuela con Soledad? ¿Quién estuvo en la batalla de Tierradentro? ¿Quién se sumergió hasta la perdición en *Surprise City*?...

Estos duchazos diarios de agua fría con mangueras de regar jardín o de lavar carros no han ayudado mucho, ni siquiera a quitar mi olor pestilente y el de los otros internos. Antes, por el contrario, solo han empeorado mi desgracia. ¿Será que estos verdugos ineptos, es decir, a los doctores, las enfermeras, los guardias, incluso hasta a la misma sociedad indiferente y excluyente les hacen falta unas clases de formación humana? Porque, ¡qué atención tan inhumana en este sitio! La estancia en este lugar, lo único que me produce es escalofrío y náuseas. Estoy casi seguro que todos estos verdugos se encargaron de llevarme a la verdadera locura. Yo, que me la he pasado pensando todo lo que llevo de mi efímera vida o, al menos, eso es lo que me hecho creer la sociedad retrógrada, que el infierno es fuego puro, pero, ¡qué va!, ¡pura mierda!

Agua helada, pisos fríos, colchonetas plásticas desnudas y la mía propia; rejas que separan a los supuestos lúcidos y a los “anormales”; los supuestos lúcidos que observan los comportamientos, desde sus tronos, a los excluidos, castigos para reprimir y supuestamente erradicar las anomalías y otras tantas prácticas erróneas, que contrastan, completamente opuestas a las creencias e ideologías que del infierno tenía hasta ahora. Sin duda, el encierro y el sometimiento a todo tipo de vejámenes desencadenan las verdaderas perturbaciones que llevan a perder el control, el equilibrio y la noción de la verdadera “realidad” de quienes vivimos en estos lugares.

Cierto día, vi, desde mi lujosa suite, cómo, al lado opuesto, dos de los internos se hacían cariños inconscientes; se daban besos involuntarios; digo inconscientes o involuntarios, al

obedecer al diagnóstico de los entendidos que están a nuestro cargo o, bueno, quizá sea producto de su necesidad fisiológica, al estar encerrados tanto tiempo o, mejor, simplemente están más lúcidos que todos ellos juntos y solo se expresan, se demuestran y sacan a flote sus verdaderos gustos, deseos y preferencias sexuales.

—Déjalos que sean felices, —me dijo mi conciencia, pero, ¡qué va!, no era el único que estaba mirando esa tierna escena; también, un guardia y dos enfermeros se percataron de lo que estaba sucediendo y lo que siguió, obviamente, no era apoyo, aprobación o indiferencia. Inmediatamente, corrieron a separarlos y darles el escarmiento que, según ellos, era lo correcto. Lo que siguió, no lo pude ver, pero sí oír. Lamentos desesperados, súplicas vanas y gritos estremecedores llegaban desde el sótano, donde se purgaban nuestros “ataques” y faltas. Los custodios y enfermeros hacían lo propio en el sótano.

Al oír todo eso, me imagino que estaban haciendo “justicia”, al tomar como base el castigo al cuerpo, algo deplorable y sádico. El encierro, la privación de la libertad y el suplicio del cuerpo dan fe de las malas prácticas, para ayudar a la liberación de los padecimientos que nos aquejan. Los médicos, los psiquiatras, los enfermeros, los vigilantes, no son más que los mismos verdugos, los mismos monstruos que tratan de normalizar el caos interno y externo generado por los pacientes. Mierdero puro el que se vive y padece en el llamado: Sanatorio el Buen Samaritano; el que incluso tiene como lema del mismísimo papa: Al servicio de los humildes; sí, claro, cómo no, vaya servicio el que, por caridad, brindan. Bueno, quizá el inquilino de la Casa de Santa Marta, allá en la ciudad del Vaticano, ni se dé por enterado de lo que acá, en realidad, sucede, así que es mejor dejarlo tranquilo, allá, quietico, mientras levita y se concentra en sus rezos eternos.

Como ya lo expresé, si antes no estaba loco, en este lugar sí que se encargaron de que, en realidad, lo estuviera. Pero ¡qué bien!, creo que esto de estar loco es mejor que estar engrosando el montón de los supuestos lúcidos. Es mejor, porque mi lucidez ahora es superior a la que tenía anteriormente; por eso están leyendo este vago relato, pero no les digan nada a los custodios y enfermeros, porque son capaces de doparme, encerrarme, amarrarme y castigarme. Así, puedo darles una ligera idea de lo que sucede al interior de estas paredes horripilantes. La memoria a veces es frágil, se olvida de muchas cosas; por ejemplo, se me olvidó el nombre del ilustre maestro que expresó que: *al loco hay que darle la palabra*; los amantes de las letras podrán hacer un alto en el camino y decir sin titubeos el nombre de quién se trata. Sí, ustedes, los que están leyendo estas caóticas palabras de este loco irreversible. Sí, ustedes, aquellos a quienes su memoria aún no los traiciona.

La *Alquar*, sí, la locura; esa maldita locura, que es el pensar diferente; bienvenida sea a mí reino; creo que ahora lo estoy viviendo a plenitud; para poder denunciar ligeramente e ir en contra de las repugnantes prácticas que se llevan a cabo dentro de estas paredes. Trato de

derribar el sistema y el orden aparente que hay en el Sanatorio el Buen Samaritano; le doy gracias al maestro Foucault, que me permite hablar del orden-caos; de la lucidez-locura. Este maestro señala que para que haya desorden es necesario que haya orden, un sistema. Y, efectivamente, aquí, en el Sanatorio el Buen Samaritano, sí que los hay y trato de derribarlos.

Inevitablemente, el tiempo pasa. El que transcurre y deja estragos sin clemencia. El que acontece, se vuelve difuso, se empeña en abandonar, ese que enmaraña el sueño y la vigilia, la lucidez y la locura. La partida llega. Sin ninguna esperanza, sucede.

Giré por enésima vez. Con la mirada gacha, la boca áspera; con un nudo en la garganta, alcé vuelo, pero una pared, sucia y grasienta, me contuvo. A paso lento, un giro más. Chanclas negras, aplastadas y polvorientas sostienen mis débiles pies; trato de echar mano a la cabeza y rascarme, olvido los amarres que me atan; como si se tratase de algo inconsciente, como si se tratase de algo aprendido de memoria, lanzo devoradores bostezos, mientras contemplo afuera, como ausente, el llanto de la tarde que pone a todos a dar pasos más acelerados. La mujer hermosa, la de estatura pequeña, allá, después de los muros y las rejas, ahí estaba, sin importar la lluvia, sin importar el frío; la que se desvelaba tras las cortinas, en espera de mi regreso, la que me visitaba en Tierradentro con su traje rosado, la que, de seguro, daría lo que fuera por ponerse en mi lugar, la que sin titubear daría la vida misma por mí, ahí estaba, velaba por mí como de costumbre; quizá deseaba llenarme de besos y abrazos. Señales de cruces me arrogaba desde la distancia. Lágrimas recogía con su pañuelo blanco.

Devuelvo la mirada. Al ojear la última página del álbum familiar, que se hallaba tirado en el piso, supe que no había hijos, amores, hombres de blanco. Santiago y Franjú estaban de intrusos en mi cabeza. Soledad era producto de mi aislamiento, de lo antisocial que me había vuelto a lo largo de mi vida. El amor solo era una quimera inventada frente a mis ojos. Las dianas psicóticas y los alaridos facinerosos de los que alardean de sus investiduras son solo el resultado de esta sociedad tóxica. Las guerras, las minas antipersona, los cilindros letales, las amputaciones son solo las secuelas de vivir en medio de un asqueroso conflicto. Las enfermedades físicas y mentales son las consecuencias de la repugnante incompetencia de un Estado corrupto e indiferente...

Pese a la lucidez, que creo poseer, difícilmente, puedo dar difusa fe de cuatro paredes que me acompañan, una lumbreira estrecha con barrillas cruzadas horizontal y verticalmente, por donde entra media luz, por donde puedo ver a la mujer hermosa de estatura pequeña. Creo que, al final, Samuel me ganó esta vez, porque, así fuera en contra de mi voluntad, en efecto estoy en el lugar equivocado, pero ya no hay vuelta atrás, pues desandar lo andado es algo imposible.

Una camisa de fuerza sostiene mis extremidades, en tanto, entre parpadeos acelerados, como para lograr la obtención de una mayor nitidez en mis observaciones, veo una palabra en la deteriorada pared, quizá trazada por algún iletrado de turno que, seguro, vivió en este mismo lugar, en la que puedo leer: *soledad*.